

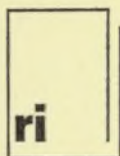
cuadernos de

ruedo ibérico

19

junio
julio
1968





c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

Ayuntamiento de Madrid

número

19

junio-julio 1968

sumario

| | |
|---|-----|
| Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo | 3 |
| Problemas actuales del análisis leninista del Estado burgués y de su derrocamiento | 5 |
| La democracia socialista y la extinción del Estado | 20 |
| Quaderni rossi : La revolución cultural socialista en China | 37 |
| Fines y criterio de esta carta | 37 |
| Riesgos de degeneración capitalista en un país socialista | 38 |
| Los aspectos nuevos de la « revolución cultural socialista » | 44 |
| Importancia de la revolución cultural para el movimiento obrero de occidente | 56 |
| Julio Cerón : Política y neocapitalismo | 61 |
| Neocapitalismo... | 61 |
| ... y política | 66 |
| Leon Trotsky : 1789-1848-1905. Revolución y proletariado | 71 |
| Luis Maristany : 6 poemas | 79 |
| Florentino Martino : En torno al estilo de Juan García Bacca | 95 |
| M.P.E. : La democratización de la enseñanza en España | 97 |
| Ramón Serra : Política económica y el problema de la vivienda en España | 107 |
| Dibujos de Julio H. Zapata | |

Condiciones de suscripción en la página 106

Con este número – el 19 – empieza nuestra cuarta serie anual. El número 20/21] doble este] : España, comisiones obreras, economía, se halla en este momento prácticamente terminado. Pero la crisis financiera que atraviesa nuestra revista sigue sin haber encontrado solución. Nuestro llamamiento solicitando ayuda obtuvo respuestas muy alentadoras. En los números 15, 17 y 19 hemos publicado los resultados. Pero han sido insuficientes. Cuadernos de Ruedo ibérico es la única revista española de formación política, de abierta oposición, independiente de grupos y partidos políticos. Sólo el esfuerzo de muchos puede vencer los obstáculos que se oponen a tal empresa. Si no obtenemos una base más amplia de suscriptores, si no recibimos más ayuda, los días – los números – de Cuadernos de Ruedo ibérico están ya contados. No podremos prolongar su publicación más allá del fascículo 20/21, cuya aparición es inmediata. Lector amigo : si consideras que Cuadernos de Ruedo ibérico deben seguir siendo publicados, ayúdanos en la medida de tus posibilidades.

Ayuda recibida (tercera lista)

| Número | Francos | Donante |
|--------|---------|----------------------|
| 46 | 100 | José María Castellet |
| 54 | 150 | Anónimo |
| 100 | 50 | F.M. |
| 114 | 185 | Ramón Aboy |
| 144 | 490 | Luis Seoane |

Lucio Magri

Hacia un nuevo realismo*

Encuentro completamente justificada la interpretación que ha dado en su intervención Lucio Colletti: el tema fundamental de **El Estado y la revolución**, la causa de su elevación ideal y su originalidad teórica, es la crítica radical del Estado burgués, la afirmación de que el proletariado debe destruir dicha máquina estatal, sustituyéndola por una forma de poder cualitativamente distinto, un «Estado que inmediatamente empieza a extinguirse». Me parece que hoy, esta obra de Lenin es la más actual y la peor comprendida: encontramos en ella toda la riqueza de la inspiración revolucionaria de Marx, el punto de vista más eficaz para hacer una crítica radical de la sociedad presente, pero también es la obra de la que más se separan actualmente el horizonte teórico y la praxis política del movimiento obrero. ¿Pero vamos a limitarnos a reconocer y denunciar el divorcio entre los principios y la realidad? ¿Es que —peor aún— sólo vamos a ver en ello el producto equivoco y una desviación? Creo que no es esto lo que la situación exige.

La raíz histórica y objetiva de este divorcio está clara para todo el mundo. La teoría marxista del Estado burgués y su desaparición, estaba íntimamente ligada a la hipótesis de que la revolución tendría lugar allí donde el desarrollo de la sociedad capitalista determinara las condiciones de su propia crisis y, al mismo tiempo, la promesa de su superación orgánica. En el verano de 1917, cuando Lenin escribió **El Estado y la revolución**, podía repetir inmutable aquella teoría porque la hipótesis seguía en pie: la revolución rusa se limitaría a abrir paso a la revolución occidental, y sólo de este modo el socialismo encontraría las bases necesarias a su desarrollo lineal e ininterrumpido. Pero el hecho de que la historia tomara, sólo unos meses más tarde, otro camino, que la revolución prendiera en un país atrasado y pasara después por un largo periodo de aislamiento, cambió profundamente los datos del problema.

¿Qué instituciones exigiría, por ejemplo, la transición al socialismo en un país atrasado y aislado? ¿Cómo impedir que la escasez de bienes, la dureza de la acumulación primitiva, la debilidad de la vanguardia obrera, e incluso la acentuada «violencia», la centralización necesaria del poder, condujeran al despotismo, al burocratismo, a la formación de nuevas capas dirigentes privilegiadas? ¿Cómo interpretar la nueva forma que adoptaban los poderes burgueses: el fascismo por un lado y el neocapitalismo

* Este ensayo ha sido publicado en italiano en **Problemi del Socialismo**, nº 22, septiembre de 1967.

por otro? Lenin fue el primero que tuvo conciencia de la complejidad de esta problemática y de su gran importancia objetiva.

Ya antes de escribir **El Estado y la revolución**, en el **¿Qué hacer?**, Lenin elaboró, rompiendo con la teoría menchevique de la espontaneidad, una teoría del partido que respondía a las condiciones nuevas que planteaba el desarrollo del capitalismo, al carácter necesariamente « prematuro » de la ruptura revolucionaria. Aquella concepción del partido no concordaba fácilmente con el esquema de **El Estado y la revolución**, y por eso en esta obra se suprime totalmente el problema del partido. Aún es más evidente la elección que hace empujado por la realidad, después de la conquista del poder. En su escrito de 1918, **La revolución proletaria y el renegado Kautski**, el análisis del Estado burgués queda reducido a la denuncia de su carácter represivo y clasista, el concepto de dictadura pierde su aspecto específicamente marxista y se convierte en « violencia sin ley », el problema de la nueva forma institucional y de la lucha con la burocracia pierde gran parte de su relieve. Y aunque es cierto que en los últimos años de su vida, Lenin está casi obsesionado por la preocupación anti-burocrática, también es verdad que esa preocupación no asume la forma de una elaboración teórica superior, ni de un texto legal de importancia. Queda pues, en su pensamiento y en su actuación, como testimonio de la dificultad objetiva del problema, una antinomia no resuelta, que la complejidad y riqueza de su personalidad tendía a conciliar, y de la que no se liberó más que un modo unilateral.

Sabemos cómo resolvió Stalin esta antinomia: tomando decididamente el camino del reforzamiento del poder estatal. (Me parece muy aguda, a este respecto, la reconstrucción de este proceso que Valentino Gerrata ha hecho en una reedición reciente del opúsculo de Lenin.) Pero es difícil negar —y Trotski mismo lo reconoce muchas veces— que en gran parte la nueva tendencia burocrática nacía irresistiblemente de las condiciones mismas en que el poder socialista se veía obligado a actuar. De este modo fue agravándose, en la cuestión del Estado, la ruptura entre un sistema de principios ritualmente codificados pero paulatinamente relegados a puro formalismo (el leninismo) y una praxis política sometida a la presión de las cosas e incapaz de controlar la tendencia que, en todas las partes del mundo, conducía hacia nuevas formas de poder autoritario.

Actualmente, con la decadencia del monolitismo político del movimiento revolucionario y por la presión tumultuosa de una nueva realidad y nuevas fuerzas, el problema de esta ruptura entre la teoría y la praxis va a ser afrontado en cierto modo por la extrapolación de nuevas experiencias: « El Estado de todo el pueblo » del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, la teoría del comunismo italiano sobre el « Estado constitucional » y su « transformación desde dentro », la línea maoísta de la « revolución cultural », aparecen, cualquiera que sea su valor o fecundidad política, como nuevas y diferentes tentativas de plantear el problema del poder. En su estilo afirmativo, en sus comparaciones precipitadas, en su indiferencia hacia una tradición precisa del pensamiento, se

advierten ciertamente el carácter subrepticio de su pretensión teórica, así como la renuncia, a veces consciente, a la teoría en cuanto tal, a la ambición de llegar a un análisis científico de la realidad presente y a una estrategia unitaria del proceso revolucionario; de lo que se deduce su incapacidad manifiesta de contener o liquidar la presión burocrática. ¿Pero nos limitaremos a ver en toda esta fermentación de realidades y de ideas sólo la confusión y el caos? ¿No podemos encontrar en este magma un esfuerzo del movimiento obrero que, en el curso de una crisis grave de su unidad teórica y política, trata de volver a encontrar, en formas nuevas y por métodos complejos, el camino de su inspiración originaria, una lucha real y dramática entre la vitalidad permanente de la fuerza revolucionaria y el gravoso condicionamiento del poder?

Me parece, por todo lo dicho, que urge atacar el tópico de que **El Estado y la revolución** si bien posee un gran valor histórico en el ámbito de cierta fase de la experiencia revolucionaria, es de escaso valor en el presente. La verdad, es lo contrario, pues encontramos en él una inspiración (por su radicalismo libertario), una temática (la destrucción del Estado burgués), una línea (la democracia y la extinción del Estado) en las que hoy, después de una larga experiencia y enfrentados con una realidad diferente, advertimos mejor que nunca su actualidad y valor; pudiendo medir mejor la distancia que separaba aquella teoría, en el tiempo que fue enunciada, de la revolución socialista, del proceso objetivo en el que se colocaba, su relativa incapacidad de dar cuenta de su propio contexto histórico.

¿Pero qué era en el fondo tal incapacidad? ¿No se debía también a un análisis insuficientemente científico de la realidad capitalista y de la dinámica revolucionaria; a una definición harto sumaria de la etapa de transición a una sociedad comunista? Creo que no podemos desechar sin más estas preguntas. Por eso me parece profundamente equivocada la polémica de Libertini y Maitan contra la política del Partido Comunista italiano: la tendencia que no propone nada mejor que el retorno a la ortodoxia leninista. Si un retorno al leninismo, a su verdad permanente, es posible —y yo así lo creo—, no lo será más que a través de una confrontación crítica con la nueva realidad, a través de una labor de investigación, de invención de desarrollo profundo. Sólo de tal forma puede encontrarse teóricamente un equilibrio real.

Problemas actuales del análisis leninista del Estado burgués y de su derrocamiento

No hay ninguna duda de que en estos cincuenta años el capitalismo ha modificado profundamente su estructura, funciones e instrumentos de intervención. Tales transformaciones han dado la posibilidad a la socialdemocracia y al reformismo burgués de emprender una ofensiva contra la teoría leninista del Estado y de la revolución. En la extensión creciente del área de intervención pública y en la creciente articulación de la

sociedad en instituciones y poderes (sufragio universal, sindicalismo, instrucción de masa, etc.) que parecían abrir un paso a la presión organizada de las masas sobre el poder estatal, esta corriente ha creído encontrar las bases para una conquista desde dentro del Estado burgués, utilizando dichos poderes e instituciones contra el ejercicio concreto del dominio del capitalismo y contra las leyes fundamentales del sistema. Durante demasiado tiempo, el ala revolucionaria del movimiento obrero ha respondido disminuyendo la importancia de las novedades que han alterado la estructura del Estado burgués; ha llamado la atención sobre todo acerca de aquellos aspectos clásicos y tradicionales del poder capitalista (que seguían en pie) y con excesiva precipitación ha «desmixtificado» las transformaciones asimilándolas a las categorías tradicionales. Esta actitud no sólo ha dejado el paso libre a las iniciativas de la socialdemocracia, sino que ha sido el fundamento de los equívocos oportunistas más generalizados; muchas de las transformaciones del poder burgués han sido interpretadas como el comienzo de su ruina, como afirmaciones de la hegemonía de la clase obrera, o síntomas de una «neutralidad» del Estado ya en vías de realizarse.

Por eso me parece que, hoy al menos, cuando las características del capitalismo moderno están desplegadas frente a nosotros y cuando muchas significativas experiencias se han asimilado, aquella actitud no es ya —si lo fue alguna vez— comprensible. No a pesar de, sino en función de las características concretas del poder estatal burgués, podemos hablar hoy en efecto, de una crisis radical e irreversible de la ideología y de la praxis socialdemócrata, y encontrar por el contrario confirmados algunos rasgos decisivos del análisis leninista. Es decir:

1) La sociedad capitalista contemporánea se caracteriza en primer lugar por el hecho de tener que actuar en un mundo en el que vastas áreas geográficas, sistemas completos de Estados, escapan a su control o amenazan su hegemonía. Este es un hecho que ha influido sobre el Estado burgués de distintas formas.

Por un lado, ha acelerado el proceso de integración del área económica capitalista que, con ciertas compensaciones políticas e institucionales, va vaciando de parte de su poder efectivo al Estado nacional existente, en beneficio de los centros de decisión supranacionales y sobre todo de mecanismos y tendencias objetivas que por su escala y su fuerza son casi incontrolables por aquél.

Por otro lado, ha obligado al mundo capitalista, y sobre todo a las grandes potencias que lo dirigen, a sostener una competición externa con el sistema socialista y con el movimiento de liberación del área subdesarrollada. Y esta competición, injertándose en su creciente necesidad económica de encontrar colocación a los excedentes de capital, sectores de gastos improductivos para el control del ciclo, han determinado una tendencia creciente a la militarización del Estado y de la economía, distinta por sus características y causas de la analizada por Lenin, pero no menos acentuada.

Hablar hoy en día del Estado burgués, descuidando estos dos fenómenos macroscópicos de carácter internacional, significa empezar por ocultar la realidad en sus aspectos más actuales. Pero ambos fenómenos tienden a liquidar dos de las premisas fundamentales de la línea reformista: la posibilidad de luchar por la transformación social de un país sin que éste asuma inmediatamente en su conjunto el conflicto mundial imperialismo-antimperialismo y sin que en este encuentro no sufra a continuación pasivamente el chantaje o la violencia descarada; y la posibilidad correlativa de sustraer aunque sólo sea en parte, un país capitalista del vínculo con su área, sin determinar una subversión profunda y rápida del complejo de su economía y sin precipitar en la crisis más radical su equilibrio político.

Pero no es esto sólo, pues si se extiende y multiplica en los países subdesarrollados o semisubdesarrollados del área capitalista, una forma de Estado **sui generis**, que es el instrumento, el apéndice de su metrópoli imperialista, y alimenta en ésta su aparato de violencia y su acción corruptora, no podrá ser transformado por una presión reformista ni válidamente combatido con la forma tradicional de lucha política y movimiento de masas.

2) Las instituciones democráticas y representativas caracterizan sólo una parte relativamente restringida del área mundial capitalista. Pero incluso en los países donde existen y parecen consolidadas, hay un proceso objetivo que tiende a vaciarlas de su contenido y a deformar su significado.

En conjunto, se puede decir que el funcionamiento del Estado capitalista pone en peligro el edificio de la democracia representativa en todas sus partes: parlamento, partidos y asambleas locales. Los objetivos que expresan realmente al moderno poder público (decisiones referentes a la inversión, intervención anticonyuntural, administración de los servicios, relaciones políticas internacionales, política de salarios), escapan a la discusión y al control de las asambleas parlamentarias, nacidas y organizadas para desempeñar una función legislativa (que se ha hecho marginal) o para un control político (que es demasiado general). El poder real se transfiere de este modo al ejecutivo, y de aquí a una estructura burocrática que se extiende sin solución de continuidad del aparato estatal o la empresa pública, hasta los grandes grupos privados o las grandes centrales sindicales.

Pero esas decisiones y sus contenidos van haciéndose más y más técnicos, bien porque su substrato político general se esconde bajo un velo de opciones parciales, de cálculos especializados, bien porque su misma naturaleza de decisiones subordinadas a una realidad no modificable del sistema, hace que se presenten como alternativas de eficiencia variada para solucionar problemas parciales cuyo sentido general no está sujeto a discusión. Por esto, toda relación entre el ejercicio del poder estatal y los programas generales o la ideología de las fuerzas políticas se hacen cada vez más formales. A la crisis de la Asamblea se une —imprevista, pero ya general— la crisis de los partidos, su transformación en aparatos

y máquinas especializadas en la gestión del poder y dominados por « élites » burocráticas, su disgregación en sistemas de clientela, y su sustitución parcial por organizaciones de tipo corporativo.

De estas crisis y de las fuerzas centrífugas que originan (inestabilidad, incertidumbre del poder, falta de eficacia) surge una tendencia al reforzamiento del poder ejecutivo en su forma más extrema: el poder personal. La delegación de poderes al « jefe carismático » se convierte en la única forma posible de conciliar el simulacro de la soberanía popular y la realidad del poder burocrático. El carácter delegado de la constitución política va más allá de su forma parlamentaria, asume un carácter consecuente y revela toda su sustancia oligárquica.

Por otra parte, las instituciones democráticas se ven atacadas más íntimamente por la contemporánea y paralela manipulación de la conciencia individual y de la voluntad colectiva. Los instrumentos de información de masa son sólo el aspecto exterior de este fenómeno, que avanza en un frente más extenso y de forma más grave: la parcelación del trabajo y la consiguiente disgregación de la personalidad; la normalización y el control del consumo, y hasta de las costumbres y modelos de comportamiento; la crisis de la capacidad de síntesis y autonomía de la producción cultural; la disgregación del tejido social y la atomización de la vida civil. El control que la clase dominante ejerce sobre la voluntad popular no ataca sólo o especialmente sus manifestaciones, su posibilidad real de imponerse, sino sobre todo, su proceso de formación. Aparentemente existe una mayor extensión del consentimiento, una violencia menor, pero en realidad se trata de la manipulación de dicho consentimiento y de una forma distinta de violencia. La libertad política sobrevive, pero de un modo formal.

¿Qué base real tiene, en esta situación, la esperanza socialdemócrata de transformar la sociedad y el Estado de modo pacífico y gradual, desde dentro y gracias a los instrumentos que ofrece el mismo orden institucional existente, por medio de una presión creciente, de una mayor conciencia de una organización más potente de las masas? ¿No es evidente la contradicción entre capitalismo y democracia, y por lo tanto la imposibilidad de llevar adelante una efectiva lucha democrática en el marco del sistema social y de la organización institucional existente? ¿No se impone la necesidad de dar a la lucha por la democracia un contenido directamente anticapitalista; y a la lucha anticapitalista la forma política de una democracia « diferente », de un nuevo tipo de relación entre el poder y las masas?

3) El Estado capitalista al asumir el papel de regulador de la vida económica, se ha hecho responsable de problemas sociales cada vez más numerosos e importantes. La extensión del área de su intervención no significa, sin embargo, un crecimiento real de su poder autónomo de dirección del desarrollo social. Por un lado, la autonomía real del poder público, es decir, su posibilidad efectiva de obrar según una línea y exigencia de libre voluntad política, está contrarrestada por lo que el

sistema y sus mecanismos exigen o consienten; su capacidad de orientar realmente según valores propios el desarrollo de la sociedad, en vez de intervenir de modo secundario como elemento subordinado de regulación y racionalización, tiende a reducirse por la rigidez del sistema. El grado de integración internacional, el papel que en la elección de las inversiones de los sectores de vanguardia conserva el capital privado, la dimensión de dichas inversiones y su incidencia sobre la prioridad y la dirección de la investigación científica, la presión de las necesidades inducidas por el sistema, la creciente interconexión entre los diversos sectores y aspectos varios del desarrollo económico, impiden al poder público romper en cualquier punto importante este condicionamiento, sin que se origine un proceso de reacción en cadena, una crisis económica y social que lo ponga frente a la alternativa entre una transformación radical y una capitulación sin condiciones.

Pero además, incluso en su concreta organización, en sus instrumentos de intervención, el aparato estatal expresa la función subordinada a la que se le limita. Los Estados capitalistas más modernos, cualquiera que sea su capacidad para poner en marcha un plan anticoyuntural eficaz en pocas semanas, o de organizar perfectamente su máquina de intervención militar a miles de kilómetros de distancia, se convierten en algo ridículamente inepto, carecen de todo instrumento, de los poderes y del personal adecuado, apenas tienen que obrar fuera de los límites de la lógica que les gobierna; si, por ejemplo, deben sugerir o realizar una reforma de estructura, o promover la transformación social y política de un país que esté sujeto a ellos. Su tecnocracia, como toda tecnocracia, sólo resulta eficaz para aquellos fines a que ha sido destinada.

Eficacia que, incluso en su ámbito, es muy discutible. Así como la sociedad capitalista en su compleja expansión sin sentido, en el circuito cerrado de la producción y del beneficio, y en la contradicción creciente entre la planificación y la privatización, entre la socialización y el monopolio, encuentra siempre un límite a su racionalidad, multiplicando los despilfarros y el parasitismo, en el Estado, la tecnocracia degenera continuamente en privilegios corporativos, **status** de casta, grupos de presión, corrupciones. Se crea así un nuevo diafragma que bloquea la voluntad política, el muro de una nueva resistencia pasiva que sólo el sistema, con su presión subterránea, puede llegar a vencer.

Esto invalida definitivamente la ilusión de los socialdemócratas sobre la posibilidad de utilizar la máquina del Estado para la transformación de la sociedad; así como su esperanza de modificar gradualmente, poco a poco, el conjunto del sistema y su equilibrio general. La experiencia concreta de todos los gobiernos « progresivos » que han llegado al poder en el occidente europeo es la prueba más elocuente.

4) El desarrollo de las fuerzas productivas y de su socialización, la ciencia, la técnica, la instrucción de masa y la unificación de la sociedad, harán, sin ninguna duda, más madura la transformación del orden existente. No tendremos que enfrentarnos en occidente con los dramáticos problemas

de la acumulación primitiva, y será posible emplear las enormes reservas de recursos (conocimientos no utilizados, eliminación de los despilfarros, trabajo y capitales inactivos) que liberados de los vínculos de un orden que los congela, podrán asegurar un desarrollo irresistible de la producción y de la sociedad. No por esto, el paso del capitalismo al socialismo se presenta como el fruto de una tranquila transición, como la afirmación de una nueva sociedad ya madura que se libera del caparazón osificado que la aprisionaba. La contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción tiene lugar de modo mucho más complejo y dialéctico que en el pasado, y las fuerzas productivas (ciencia, técnica, capacidad profesional, necesidades, cultura) llevan de modo más grave e íntimo el sello del sistema, tienen la forma que les ha sido impuesta por su modo de disfrute, están hechas a medida de los fines que el orden social ha seleccionado.

Podemos demostrar concretamente que la contradicción mencionada ni desaparece ni se atenúa; en la esfera de la producción o del consumo, en la ciencia como en la cultura, el dinamismo más abierto, la liberación llena de energía creadora propondrán en una dialéctica objetiva, como alternativa al sistema del disfrute y del beneficio, el control humano sobre los productos y las cosas. Pero la lucha se plantea en todas sus dimensiones tanto dentro del grupo social como dentro del individuo. El socialismo se presenta, tanto o más que ayer, como cambio de rumbo, como derrocamiento de las realidades, costumbres y poderes que informan toda la sociedad. En esencia: como revolución siempre «prematura», resultado de la dialéctica de las fuerzas reales, de las contradicciones objetivas, pero también fruto de la elección llena de riesgos de la voluntad anticipadora de una fuerza revolucionaria consciente, que trasciende a la realidad dada y la reconstruye según su proyecto.

La ideología evolucionista de la socialdemocracia queda herida en su centro vital. El paso del capitalismo al socialismo no puede llegar, por mucho que evolucionen las cosas incluso en sus niveles «más elevados», sin un salto, y sin la presencia en la sociedad de una vanguardia, de un poder real, capaz de romper la mera suma de fuerzas espontáneas, de unificar los individuos y las clases, de convertir el futuro en presente. El poder político sigue siendo la piedra de toque de toda estrategia revolucionaria, y la lucha por su dirección el centro en torno al cual se precipitan las tensiones de la sociedad.

Por todo esto y especialmente por el carácter «nuevo» del Estado burgués moderno, me parece que la antigua discusión entre el leninismo y la socialdemocracia puede plantearse con nuevos argumentos, y que en esta discusión el reformismo y el oportunismo serán derrotados definitivamente. Pero la discusión no puede considerarse terminada ni teórica ni políticamente. El objetivo principal de una fuerza revolucionaria no es el de destruir a la socialdemocracia, sino el de destruir al capitalismo; y poco importa que el error de los socialdemócratas sea refutado victoriosamente si esta victoria no sirve para derrocar al capitalismo.

como sistema, y si la misma fuerza reformista, degenerando en aparato de poder o en organizaciones subalternas y semicorporativas, mantiene su dominio sobre la clase obrera. Es necesario darse cuenta de que esta « novedad » del poder político y social del capitalismo plantea problemas importantes al análisis leninista del Estado.

El Estado capitalista actual ha ampliado enormemente su intervención en el cuerpo social. Incluso aunque tal intervención se desarrolle dentro de los límites del sistema, respetando sus exigencias y sirviéndose de las formas burocráticas, lleva a cabo un papel de mediador entre los diversos sectores de la clase que está en el poder, pero recoge y utiliza también la fuerza de las clases subalternas, ejerciendo una hegemonía real mucho más allá de los confines del grupo dominante. En otros términos, la máquina estatal como « puro ejercicio » de la violencia legalizada, como fuerza especial de represión de una clase contra otra —que es el aspecto sobre el cual Lenin concentraba toda su atención, teniéndole por el núcleo decisivo del poder político burgués en la época del imperialismo—, aparece hoy, como uno de los elementos de un cuadro más complejo, e incluso, en las relaciones internas de la sociedad avanzada, como un factor que no es predominante.

Dos problemas, estrechamente unidos, se plantean ahora: el de comprender a fondo las razones y el significado de la « reducción » que Lenin hizo en su análisis del Estado burgués —el lugar que ocupa en su pensamiento y en la teoría marxista—, y valorar la naturaleza a las implicaciones de las nuevas funciones de « mediación » del Estado capitalista y en qué sentido tal « novedad » exige la profundización o la revisión de aquella teoría.

La « reducción » que nos ocupa no es algo original y constante en la teoría marxista del Estado. Desde luego, Lenin, en su definición del Estado burgués, como fuerza de represión al servicio de una clase, no cometió ningún abuso, ninguna deformación de los textos: se basó fielmente en una serie de enunciados que, sobre este problema, se hallan en las obras de Marx y Engels, especialmente en las que reflejan la experiencia de la Comuna. Pero no es menos cierto que tales enunciados representan sólo una de las fases de una evolución más compleja, e incluso, en cierta medida, un verdadero viraje respecto a análisis precedentes.

En efecto, en la **Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel**, en **La cuestión judía**, en **La ideología alemana** —escritos que, no por casualidad, son aquellos en los que el problema está mejor desarrollado— el Estado burgués en lugar de quedar reducido a una esencia que lo asemeja a todas las formas de poder político precedentes (fuerza de represión), está visto y analizado en su especificidad según aquel procedimiento metodológico, más consciente y riguroso en **El capital**, que se detiene sobre una concreta formación económico-social, la capitalista, en cuanto forma acabada de la sociedad mercantil, captando la verdadera naturaleza de categorías antes incomprendidas y contradictorias (valor, mercado, trabajo y, entre otras, el Estado).

Ahora bien, la especificidad del Estado burgués, lo que hace de él el único Estado en sentido propio y riguroso, es, según Marx, el hecho de ser no sólo una fuerza represiva, sino una fuerza de represión que se opone como « universalidad abstracta », como vida ficticia de la comunidad, como « derecho igual », a la sociedad civil, a la que degrada a dominio de lo particular. La separación entre el Estado y la sociedad no es sino la otra cara de una escisión que se realiza tanto en la sociedad como en la vida misma del individuo: entre público y privado, entre ciudadano y burgués, entre lo individual y lo general. La universalidad del Estado burgués es ciertamente, para Marx, una universalidad abstracta, formal, no sólo porque encubre y deja intacta una realidad social que la contradice y la vacía de contenido, sino porque de semejante realidad representa la premisa y la garantía. Pero por esto, no se trata de una mera fachada, de una mixtificación ideológica, sino de un elemento real y orgánico de la formación económico-social capitalista, a la que está unida íntimamente.

Por un lado, en efecto —el negativo—, en la medida en que el mecanismo de opresión de clase ha terminado por quedar objetivado, hundiéndose en el fondo de la estructura impersonal de las relaciones económicas, el Estado puede reducir su función representativa a « garantizar el orden dado », puede « separarse » de la sociedad no sólo en el sentido, más obvio y tradicional, de « crear un aparato especial de represión », sino en el más profundo, de privarse de aquellos contenidos y funciones sociales específicas para elevarse al reino « de la legalidad y del derecho ». Por otro lado —el positivo— el sistema capitalista no sólo consiente, sino que presupone la liberación del individuo de sus limitaciones particularistas, de las determinaciones naturales de familia, de grupo, un poder de disponer libremente de sí, como comprador o vendedor de fuerza de trabajo, así como la certeza del derecho, la unificación del mercado y de la legislación, la movilidad de los hombres y de los bienes: el Estado debe, no sólo presentarse como el Estado del derecho igual para todos, de la soberanía popular, de la constitución, sino serlo realmente.

El Estado burgués, en suma, es un Estado de clase porque asume, y sólo en cuanto asume realmente, las características « de la universalidad abstracta ». La contradicción que de tal modo se determina entre sus principios constitutivos (soberanía popular, garantía de la propiedad), el carácter ficticio de aquella universalidad que es por su contenido la defensa de unos intereses particulares de clase, se concilia, en su constitución concreta, a través de la democracia representativa (delegación del poder a una sección de la clase dominante) y a través del poder de la burocracia (que por un lado revela —con su transformación en corporación— el carácter ficticio y formalista del principio constitutivo del Estado, y por el otro, correlativamente, se convierte en parte e instrumento de la clase dominante).

De tales análisis teóricos se derivan evidentemente dos consecuencias importantes. En primer lugar, la convicción de que en el Estado burgués

tiende a constituirse una contradicción permanente entre forma y contenido, entre soberanía popular y orden social, que no es más que un reflejo de la contradicción más general del capitalismo entre racionalidad y privilegio, entre socialización y vida privada. En segundo lugar, la convicción de que la « emancipación política » ficticia del Estado burgués, no puede hacerse real sino como superación de su base social, es decir por la supresión efectiva y positiva del Estado en cuanto tal, de la separación entre individuo y género, entre público y privado.

¿ Por qué razón a este análisis complejo, que ofrecía no pocos instrumentos para la comprensión de la realidad más moderna, el mismo Marx y luego Engels y Lenin, le antepusieron la definición sumaria que reduce el Estado capitalista al común denominador de todas las formas de dominación de clase : la fuerza especial de represión ? ¿ Se trata sólo de una exigencia simplificadora más o menos legítima, de un desplazamiento de acento sugerido por la experiencia y la necesidad transitoria, y que no introduce ningún cambio en la esencia del edificio teórico ?

Me parece que no ; que en la raíz de esta evolución hay algo más significativo. En realidad, el esquema definido en *La cuestión judía* no se ha realizado. La burguesía ha resultado incapaz de constituirse en « clase general », esto es de darse efectivamente el ordenamiento jurídico al que el sistema aspiraba. Todas sus tentativas en este sentido terminaron en un callejón sin salida. En el jacobinismo, la afirmación rigurosa de la ideología política más allá de los intereses de clase, conduce, primero a la expresión de una tensión extrema, a una contradicción consigo mismo, en el Terror, y permite luego un compromiso con el *ancien régime*, tan estrecho y precario que contradice la mecánica y el desarrollo del sistema. En la experiencia siguiente de la república parlamentaria —la francesa del 48, o la norteamericana, después de la guerra civil— la burguesía asume directamente el poder en forma de democracia delegada, pero sólo para verlo degenerar rápidamente en algo ficticio e impotente, presa de todos los particularismos, inestable y corrompido. La primera tentativa de salir de este *impasse* por medio de la delegación a un « poder superior y arbitral », de burócratas y militares, naufragó con el bonapartismo, por un lado en la elefantiasis burocrática —es decir en el parasitismo de una fuerza mediadora que oscilaba de modo permanente entre intereses contrapuestos, segura tan sólo de la afirmación de su propio particularismo—, por otro lado, en la aventura nacionalista.

Marx, cuando vuelve a reflexionar sobre el problema del Estado —precisamente en su escrito sobre el 18 de brumario— parte precisamente de esta experiencia, y a ella se unirán los análisis posteriores de la Comuna. Su razonamiento es sumamente rico y complejo : del bonapartismo, por ejemplo, no recoge sólo la función represiva, su canallesco aspecto exterior, sino que analiza con agudeza excepcional el carácter de ese poder « mediador », del poder de la burguesía fundado sobre los campesinos y su ambigüedad social ; reflexionando también sobre la tendencia que, desde hace algún tiempo, manifestaba el Estado burgués a extender

sus funciones, su intervención y su aparato (casi al mismo tiempo, en un esquema provisional de **El capital** recogido en las **Grundrisse**, se proponía dedicar un volumen entero de su obra a las funciones económicas del Estado capitalista). Pero, no ve en la base de todo esto, una nueva serie de contradicciones, de luchas, a través de las cuales madura una forma nueva de sociedad y de Estado capitalista, sino su degeneración y su crisis. Frente a esta situación la burguesía se verá obligada a dirigirse hacia formas de poder político cada vez más opresivas y parasitarias, que a su vez acelerarán y agravarán el proceso. Esta es la « simplificación » que Lenin recogerá : el Estado burgués aparece como la fuerza especial de represión **tout court**.

En la época del desarrollo monopolístico y de la Segunda Internacional, la crisis del orden social parece disminuir. El vacío político que ha dejado la república burguesa parece colmarse, por un lado, por un compromiso generalizado con el militarismo, que encuentra una nueva base en la impulsión nacionalista, y por otro, por la formación de los grandes partidos obreros que tienden a hacer participar a la masa excluida en los beneficios de la expansión productiva. Pero Lenin, cuya actuación política y reflexión teórica se sitúan en la etapa de este periodo, se fija sobre todo en la lógica catastrófica que va incluida en este proceso : bajo este equilibrio estaban, en efecto, la cartelización de la economía y la impulsión agresiva del imperialismo, y tanto la una como la otra llevaban al sistema a la explosión incontrolada de la violencia. Por esto es por lo que, a sus ojos, el fenómeno de la socialdemocratización, la presencia de los grandes partidos populares en el marco institucional burgués, las nuevas funciones estatales de conciliación social, deben ser desenmascaradas cuanto antes, y sólo sirven para acelerar la crisis en la que perecerán. El aspecto represivo de la máquina estatal le parece la esencia sobre la que debe concentrar su razonamiento. La lucha revolucionaria se polariza en torno a la cuestión del poder estatal, y la conquista de dicho poder, al menos parcialmente, se separa del contenido social de la revolución : es la destrucción de una barrera, la conquista de una casamata, que se realiza en un momento de crisis muy aguda reuniendo fuerzas diversas sobre la base de objetivos necesariamente heterogéneos, pero que convergen todos hacia la común y vital necesidad de derribar el Estado existente y el dominio social que artificialmente guarda.

No cabe duda que esta interpretación de la realidad captaba un aspecto fundamental y por lo tanto políticamente decisivo : comprender la salida catastrófica donde se precipitó el sistema capitalista mundial, valorar el peso y el papel de los países atrasados, que expresaban de un modo más directo la realidad del desarrollo desigual, y la importancia de las masas campesinas como aliado fundamental en el momento de la lucha, cuando lo decisivo era establecer a quién iba a corresponder el poder del Estado. Pero esto no quita que, en Marx primero y en Lenin después, hay una simplificación de la realidad, que impide captar, al lado y más allá de la inmediata salida catastrófica —que ofreció al proletariado la ocasión de

formar y afirmar su alternativa revolucionaria —una tendencia más profunda, el proceso a través del cual el capitalismo venía llevando a cabo un nuevo y superior equilibrio social y político.

Las premisas para evitar esta simplificación están, no sólo en la realidad, sino en la teoría marxista ¿o es que no está bien clara en Marx la conciencia de la antinomia profunda entre burguesía y capitalismo, no está implícito el hecho de que sólo por una lucha que contenga y limite la tendencia burguesa a la renta y la privatización, es como puede llegar a desarrollarse el capitalismo por completo, y no es también evidente la necesidad de un poder político que intervenga activamente en la sociedad para resolver esta contradicción? ¿No está también claro en Marx y en el mismo Lenin (en su análisis de la aristocracia obrera y del oportunismo), la conciencia del carácter socialmente « ambiguo » de la clase obrera, hija y antagonista del capitalismo, y no puede encontrarse aquí mismo la base para una teoría del Estado capitalista, como integrador parcial de la clase obrera, expresión de una dialéctica burguesía-proletariado dentro del horizonte del sistema? ¿La misma esencia del análisis marxista del capital, como fuerza impersonal y poder unificador, no sugería la posibilidad de un proceso de integración de los grupos sociales bajo el dominio de esta fuerza y el empleo del Estado como instrumento de su deformada « tendencia social ».

El desarrollo del capitalismo ha reanimado en definitiva todos estos problemas: la máquina represiva no es ya lo esencial del Estado capitalista burgués, porque realmente se han alterado los equilibrios de la sociedad, porque la lógica catastrófica del sistema se expresa de un modo nuevo, más profundo, más articulado y complejo.

Lo que caracteriza en primer lugar al neocapitalismo, es el vertiginoso desarrollo que han alcanzado las fuerzas productivas: la organización monopolística de la empresa y del mercado, a pesar de todos los fenómenos de parasitismo, de derroche, de « maltusianismo » tecnológico, ha podido solicitar e integrar al ritmo que todos conocemos los nuevos descubrimientos de la ciencia, ha hecho dar un salto cualitativo a la organización del trabajo, ha encontrado el camino para planificar a escala relevante, tanto la producción como el consumo.

La mayor importancia de este desarrollo está en su cualidad, esto es, la forma en que se ha expresado, el mecanismo sobre el que está fundado y que a su vez ha puesto en movimiento. Ha acelerado y llevado casi a sus últimas consecuencias un proceso de separación entre la propiedad y la empresa que, sin cambiar la esencia del sistema, ejerce una influencia fundamental sobre la morfología de la clase dominante; no sólo ha consentido sino que ha solicitado nuevos instrumentos de integración en toda el área de la sociedad (consumo inducido, cultura de masa, diferenciación profesional y social dentro de la clase obrera, expansión de un nuevo tipo de clase media, articulación corporativa de la sociedad); ha dado a las fuerzas productivas originales fundamentales (técnica, trabajo, necesidades) un horizonte y una calidad funcionales respecto a los fines

del sistema. Todo esto disminuye la necesidad, que la sociedad capitalista conserva, de un Estado como fuerza especial de represión: el Estado se convierte en una forma de represión entre otras, la violencia se hunde de nuevo en el cuerpo social. Y se hace al mismo tiempo menos explícito y directo el lazo entre el Estado y los grupos dominantes: la naturaleza clasista del Estado pierde en parte su física, inmediata evidencia, no sólo porque queda escondida en un complejo aparato conciliador, sino porque se realiza a través de una dialéctica en la que la clase obrera y los demás grupos no dominantes participan, aunque sea en funciones subalternas.

Crece, por el contrario, la necesidad que el sistema tiene de la intervención mediadora del Estado en la sociedad. La lucha contra la renaciente tendencia al marasmo económico del grupo monopolístico, la necesidad de organizar gastos superfluos para contener el exceso de capital y el aumentar rápidamente el aparato infraestructural, cada vez más decisivo para el desarrollo económico, la promoción de la investigación científica, la regulación de los cambios internacionales, empujan al Estado capitalista, en primer lugar, a ampliar sus funciones de sostenimiento del capital privado para crear las condiciones ambientales necesarias a su dinamismo, luego, cada vez más, como han reconocido los mismos economistas burgueses (Schumpeter, Galbraith) a sustituirlo directamente en sus funciones promotoras y empresariales. En este momento, no sólo parece ilegítima la reducción del Estado burgués de la época del imperialismo a una simple « máquina represiva », sino que no parece posible tampoco el mero retorno escolástico al análisis marxista original de la relación entre Estado y sociedad, que se nos presenta al mismo tiempo confirmado y superado.

Superado, porque la relación entre Estado y sociedad tal como aparece en **La cuestión judía** —así como en su análogo social, el capitalismo de competencia dirigido por el empresario-propietario— aunque haya conocido una verdadera y coherente realización, aparece ya profundamente modificada en una fase nueva, cualitativamente diferente del desarrollo del capitalismo. Este desarrollo ha permitido al capitalismo atenuar, a su manera, la atomización de la sociedad, expresar en la realidad social un verdadero tipo de « interés común », de « contenido universal » (el de la eficiencia y la expansión cuantitativa) en el que participan, al menos en uno de sus aspectos, todos los grupos sociales más importantes, que dan así una base social efectiva a la forma « universal » de su principio jurídico constitutivo (la soberanía popular). La distancia entre Estado y sociedad, en la dialéctica y por la dialéctica del capital, parece atenuarse.

Pero, en el fondo, el análisis de Marx queda también confirmado. En el mismo momento en que el Estado parece « hacerse sociedad », la sociedad, para expresarlo de forma paradójica, se hace Estado. El fin común, el contenido « universal » en torno al que la sociedad se organiza y se integra, pierde todo sentido real, no sólo con respecto a una abstracta

esencia del hombre y de sus valores, sino a las necesidades reales de libertad, sociabilidad y creatividad, que el mismo desarrollo social estimula y defiende. La búsqueda de una eficacia a la que falta la referencia indispensable, se concreta como puro criterio formal. El mundo de la producción y del consumo se convierten en mundos de símbolos, y su contenido material se venga, organizando una sociedad de **status** y « privilegios ». La eficacia degenera en despilfarro. Por uno y otro lado, el principio constitutivo de toda la sociedad —como había anticipado agudamente Weber— se convierte en burocracia, como tecnocracia y como sistema de casta. Las funciones del poder son funciones formales, adecuaciones técnicamente racionales a las exigencias del sistema, o perpetuaciones de los privilegios en los que el sistema encuentra su contenido subterráneo. El « arte de gobernar » se convierte en especialización o pura administración del poder.

En todas las dimensiones y sectores de la sociedad se reproduce así aquella división entre gobernantes y gobernados, y aquella « universalidad abstracta » que caracterizaban la alienación política y el Estado enajenado de Marx. La relación entre « Estado y sociedad » se ha hecho más íntima, la contradicción obra más dialécticamente en el fondo. La oposición entre público y privado, entre ciudadano y burgués, parece haber desaparecido porque lo público no es más que la multiplicación de lo privado; lo privado se tipifica en esquemas repetitivos vacíos ya de individualidad real. El ciudadano no se contrapone al burgués sino como el burócrata al trabajador. El hombre que estaba « lejos de sí » allí donde parecía verdaderamente humano, y « cerca de sí » en los contenidos de su vida que no eran verdaderamente humanos, no está ya, sencillamente, en ningún sitio « cerca de sí ».

No cabe duda de que ha sido Gramsci, entre los marxistas de nuestro tiempo, el que mejor ha estudiado este fenómeno. Recordemos aquella frase, citada hasta el abuso, con la que caracteriza la diferencia entre la revolución rusa y la occidental. « En oriente —dice— el Estado lo era todo y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa, en el occidente [...] en el temblor del Estado se percibía de pronto la robusta estructura de la sociedad civil [...] » Todo su pensamiento, sobre todo en la cárcel, es un esfuerzo unido a esta convicción, convicción que le empuja a desarrollar la teoría leninista en una dirección totalmente opuesta a la de la socialdemocracia, en el sentido de una ruptura total del horizonte teórico de la Segunda Internacional. Es cierto que este esfuerzo, que me parece un punto de referencia esencial, además de estar sólo esbozado, conserva en su formulación literal y en el análisis donde luego se hace explícito, no pocas ambigüedades. La complejidad de la sociedad occidental puede parecer el resultado de una estratificación histórica, el residuo de un pasado, más que un elemento de la dinámica capitalista; el conjunto de las relaciones sociales y políticas unidos a ella puede parecer (y esta es una interpretación bastante corriente, a la que Norberto Bobbio ha dado recientemente una forma sistemática) separado de la estructura funda-

mental de la sociedad, interpretable en un plano meramente ideológico político, o como invitación a un compromiso entre diversas clases progresivas. Así pues, aunque de modo ilegítimo, el pensamiento de Gramsci podría ser utilizado por una corriente revisionista de derecha, entendido como una disolución del marxismo en el eclecticismo historicista, o como base teórica de una política de alianzas genéricamente progresiva. Sin embargo, actualmente, la naturaleza de la complejidad de que hablaba Gramsci, aparece más claramente: es el fruto de la dinámica capitalista en su historia y en su concreta determinación, la expresión de su antinomia interna.

De aquí se derivan algunas características nuevas que todo movimiento revolucionario debe asumir si no quiere faltar a esa cita que en occidente se ha aplazado ya más de cuarenta años.

La conquista del poder estatal, esto es de una mayoría efectiva, suficientemente homogénea y fuerte para afrontar la tarea de una reorganización general de la sociedad, no es posible de ningún modo sin la formación a través de momentos, choques, experiencias diversas y sucesivas, y por la fuerte intervención de la conciencia, de una alternativa positiva, de un bloque de fuerzas en el que esté viva, consciente y articulada la perspectiva de la nueva sociedad que hay que construir. Sin esto, en efecto, la contradicción del sistema que se extiende y se profundiza, no se expresará en un verdadero choque destructor, pues todas las clases sociales, incluso la clase obrera, están envueltas o ganadas al orden existente; las necesidades insatisfechas se degradarán en una neurosis colectiva, en un impulso irracional, en la disgregación individualista, que es la otra cara de la integración.

Tampoco tal perspectiva positiva puede expresarse en el ámbito de la sociedad existente, representando la confluencia de las fuerzas heterogéneas reunidas en la oposición común a un poder que las ahoga: la opresión del Estado, como la de la sociedad, es inherente a su naturaleza capitalista, las tensiones destructoras que fermentan en la sociedad nacen sobre el terreno de la dominación del capital y se oponen directamente a él.

Todo esto abre a la investigación histórica y a la praxis política de la fuerza revolucionaria, un enorme y nuevo terreno de trabajo: no sólo se trata de definir en forma positiva y articulada, los contornos de una sociedad comunista, cuando está ya históricamente madura la fase concreta de transición a la misma, sino de individualizar con una nueva investigación, con una « sociología » de las contradicciones del capitalismo maduro, en todos sus estratos sociales, en todas sus dimensiones reales, las fuerzas que objetivamente apuntan en dirección del comunismo, y los procesos que pueden liberarle, así como la perspectiva de un futuro diferente. Una reflexión sobre el comunismo y no una recitación de **revival** utópico, sino la descripción « de un movimiento real ».

Además, todo esto implica un tipo nuevo, nunca realizado hasta ahora, de partido y de movimiento: partido de masa, articulado, en medio de una

constelación de instituciones y organizaciones autónomas, pero ni un bloque de intereses, ni la expresión de un esfuerzo corporativo, ni un instrumento de poder; un partido homogéneo iluminado por una conciencia prospectiva, sin antagonismo dirigentes-dirigidos, rigurosamente democrático, creador en cada uno de sus militantes.

Del mismo modo, la lucha en el terreno político no puede dejar de asumir nuevas formas e instrumentos. La ambigüedad que caracteriza al sistema, la contradicción que lo domina, hemos visto que tiene su expresión tanto dentro como fuera del Estado. Es cierto que esto no basta para que la máquina estatal se convierta en algo neutro y pueda utilizarse con fines revolucionarios, pero tampoco podemos deducir la negación de las contradicciones evidentes que encontramos en la realidad y en el funcionamiento del Estado: entre la planificación y los intereses sectoriales, entre las necesidades colectivas y el consumo privado, entre democracia y privilegio. El funcionamiento del Estado se basa en la conciliación y en la selección de las fuerzas que se expresan en la sociedad, y sus instituciones son las adecuadas a esas relaciones: pero las fuerzas mencionadas tienden a pasar el límite que les ha sido impuesto, las instituciones a contradecir sus fines particulares. Se abren de este modo, constantemente, nuevos terrenos y ocasiones de lucha, a través de los cuales se hace posible, no sólo transformar lentamente el Estado, sino formar también en este plano, los elementos objetivos y subjetivos de una realidad antagonista, capaz en cierto momento, de imponer y resolver en su favor un encuentro decisivo. Evitar este terreno, significa, no sólo —y no tanto—, aislarse en una negación global impotente y sectaria, sino, en la mayoría de los casos, acabar por aceptar tales como son, sus principios constitutivos, el marco institucional existente, liquidando toda lucha que realmente represente una insubordinación a aquéllos y que postule su transformación inmediata.

La conquista del poder estatal sigue en el centro de un proceso que también, aunque menos que en el pasado, aparece dividido en dos fases, una antes y otra después de la revolución, muy heterogéneas por sus alianzas y objetivos; es la conclusión de un proceso en el cual toma forma, en la sociedad existente, en la concreción de un movimiento político y una realidad social, la alternativa de una nueva sociedad. La crisis revolucionaria sigue siendo, como veía Lenin, una ruptura, una crisis que produce una inversión de las tendencias actuantes en la sociedad capitalista, llevada a cabo por una voluntad organizada y armada de un nuevo poder coercitivo. Pero a una crisis semejante, sólo puede llegarse por un camino más difícil, por medio de un proceso menos « político », de un movimiento más democrático, donde los fines y los medios, el programa y el poder, se hallan en íntima conexión¹.

Es de esperar y está políticamente justificada la siguiente objeción: ¿Analizando así el problema de la revolución en occidente, siendo tan compleja la estrategia revolucionaria, y dado el vacío de las fuerzas y tradiciones que pudieran darle vida, no se convierte la revolución en algo impracticable? ¿No es suprimir de la realidad, dejándola sólo como ejer-

cicio intelectual, el objetivo mismo de la investigación teórica? No es éste el lugar adecuado a la respuesta; la existencia de una efectiva dialéctica revolucionaria en la realidad social del occidente, que es lo que aquí preconizamos, puede y debe ser objeto de una verificación concreta, de un análisis económico, sociológico y político; aquí sólo podemos establecer su necesidad y dirección. No creo que sea posible responder a tal pregunta de un modo puramente teórico, que pueda resolverse salvo por la experiencia de un movimiento que, a través de la lucha, ponga al descubierto las tensiones revolucionarias que, antes de dicha lucha, eran invisibles o inexistentes.

Me parece totalmente equivocada la tendencia que hoy prevalece, de separar el problema de la revolución en occidente de las crisis y tensiones que, dentro de este mismo occidente, se producen y seguirán produciéndose, a causa de la oposición entre los diversos sistemas mundiales. No parece posible que en el viscoso tejido de la sociedad capitalista consiga abrirse camino una alternativa, si no es uniéndose a la explosión violenta de las contradicciones externas más elementales, o sin hallar en la experiencia de los países socialistas existentes un persuasivo banco de pruebas de la perspectiva que propone. Tampoco la lucha de los pueblos oprimidos por su emancipación, o el discutido esfuerzo de renovación de los países socialistas, conseguirán triunfar sin que en occidente madure una dialéctica diferente. Este es un terreno nuevo, esencial para la teoría revolucionaria: el análisis de la realidad mundial, como un complejo orgánico en el cual los sistemas sociales antagonistas conviven, y de la forma concreta de su interacción recíproca.

Pasemos ya al segundo gran tema de **El Estado y la revolución**, el de la democracia socialista y la extinción del Estado.

La democracia socialista y la extinción del Estado

«La socialdemocracia oficial y dominante —escribe Lenin— ha huido siempre del problema de la tarea del proletariado en la revolución con un mero sarcasmo filisteo o, en el mejor de los casos, con esta frase sofística y evasiva: entonces veremos.»

Hoy la revolución tiene 50 años y parece imposible hablar en términos vagos de la sociedad socialista y sus instituciones, e incluso de modo puramente teórico.

1. No puedo adentrarme en un análisis de la situación italiana y de la respuesta que han dado a estos problemas, en su historia reciente, el Partido Comunista italiano y Togliatti. No quiero liquidar la cuestión con un cómodo homenaje. Es evidente que dicha respuesta abre múltiples problemas interpretativos y hoy está unida a un punto de desarrollo delicado. Lo que me parece políticamente estéril y teóricamente infundado es ver en ella, como hace Libertini, una vuelta a las posiciones socialdemócratas sobre el Estado y no un esfuerzo real, aunque incompleto, para dar soluciones nuevas a los nuevos problemas que se plantean en occidente. Lo que allí se dice de modo muy general, deberá aclararse, porque me parece que las reflexiones de Gramsci y Togliatti constituyen un punto de referencia esencial de la actual investigación.

Sin embargo, es esto lo que se hace generalmente. La vieja frase social-demócrata «entonces veremos», es en su versión moderna «veremos dónde». El socialismo, además de ser el fruto del «gran flujo de la historia», será también producto del «genio nacional»: así todo razonamiento científico sobre el futuro, que pueda crear una dificultad a las acciones del presente, se suprime de raíz. En la articulación del proceso histórico, en las fases diversas y en las distintas realidades nacionales o continentales, más que descifrar la peculiaridad —esto es el significado universal, la expresión de un subterráneo mecanismo unificador que gobierna al conjunto— se registra la particularidad, lo que separa a un país de otro, una fase de otra, con lo que toda experiencia aparece cambiada y todo desarrollo imprevisible. En el momento de ponerla a prueba, esta operación, aun en su aspecto inmediato, resulta menos brillante de lo que parecía: el escepticismo en cuanto a los principios, el relativismo sistemático que parece un camino cómodo para salvar la unidad del movimiento internacional y para que la iniciativa política sea más libre en el futuro, se revuelve después contra aquella unidad (por la diáspora teórica y política) y contra aquel futuro (pues no sirve para prepararle). Pero, hay también otro modo de evitar una reflexión real sobre el socialismo. Aquel que —envuelto en ortodoxia y lleno de principios— consiste en contraponer a la realidad del poder socialista, el sistema teórico originario. Por este camino se llega a registrar el divorcio entre aquellos ideales y una realidad que con el tiempo ha cambiado. Ni los principios se verifican, ni la realidad se analiza en su dinámica y componentes; jamás se da una indicación de las cuestiones que hay que resolver, de los objetivos que hay que alcanzar, de la fuerza que hay que emplear para cambiar las cosas después de haber reconocido por qué están allí.

Lo que hay que hacer es aplicar el método y las categorías marxistas a las ideas y las realidades del socialismo existente.

El punto de partida de esta reflexión, nos viene dramáticamente impuesto por la situación. Hace doce años que Nikita Jruschov denunció de modo grosero y brutal las gravísimas degeneraciones en que había caído el poder soviético bajo Stalin, descubriendo, más allá de sus intenciones, a los ojos de las masas, los límites graves y las contradicciones de fondo, de toda la organización política soviética. Esta denuncia no bastó para incitar, ni en la URSS ni en ningún sitio, un auténtico examen del problema interno de la democracia socialista: a la fe sin crítica (o a la condena expeditiva) en la realidad soviética, se sustituyó el acrítico abandonarse al «proceso» de democratización, la confianza en que, superada ya la fase del aislamiento y de la pobreza absoluta, el sistema socialista podría ya por la fuerza de las cosas, darse las instituciones políticas menos dictatoriales, e incluso hacer menos difícil, por menos violento, el camino de aquellos países en los que el socialismo empezaba a dar los primeros pasos.

Pero actualmente esta actitud parece insostenible: no sólo el «proceso

de democratización » se desarrolla con gran lentitud, sino que la realidad induce a preguntarse si se desarrolla y dónde puede conducir. Dos series de fenómenos me parecen muy significativas a este respecto.

En los países socialistas europeos está en marcha, e incluso va acelerándose, una profunda transformación de la sociedad, de su gestión económica, de su cultura, de su situación internacional, que modifica también profundamente la estructura del poder. El resorte parece ser —según todas las evidencias— el desarrollo mismo de las fuerzas productivas, que por un lado exige y por otro determina, la reforma del marco institucional y el cambio de los equilibrios tradicionales. El esquema de Jruschov, que preveía un rápido desarrollo económico en el interior del marco político-social existente, está completamente superado y no podía ser menos: la planificación cuantitativa y centralizada, la superposición de un poder burocrático formalista e ideologizante a la dinámica social, el aislamiento autárquico de la economía, la planificación total del consumo, representaban una serie de estrangulamientos paralizantes de las fuerzas productivas, convirtiéndose precisamente en su contrario, en anarquía, ineficacia, parasitismo, apatía política.

Eliminar dichos estrangulamientos era pues un problema objetivo que no se podía eludir de ningún modo. Pero se podía afrontar en diversas direcciones y bajo la hegemonía de diversos grupos sociales. Se podía, por ejemplo, salir de la autarquía acelerando la integración del sistema socialista, o bien marchando en orden disperso hacia una relativa liberalización del cambio; se podía descentralizar la gestión económica y estimular la productividad, volviendo a introducir como reguladores del desarrollo nuevos mecanismos de mercado, o abriendo un proceso de discusiones políticas sobre el plan y la participación obrera en su realización; se podía estimular la demanda con la expansión del consumo individual, u organizando nuevos sectores de consumo social, y así indefinidamente. Es obvio que todas estas cuestiones no son alternativas esquemáticas, y que probablemente alguna de estas líneas, para realizarse necesita el correctivo y la utilización temporal de la otra (Lenin con la NEP, ofreció un magnífico ejemplo de compromisos que no comprometen). Pero es evidente que en la sociedad socialista europea, las respuestas a estas preguntas se han dado de modo bastante unilateral. Los protagonistas del movimiento de reforma son los nuevos estratos técnicos e intelectuales y el contenido de la reforma reproduce claramente el resultado de tal hegemonía: autonomía de la empresa, diferenciación de los ingresos, consumo privado, etc. El ejemplo yugoslavo, aunque sea precisamente el extremo, aclara muy bien el sentido de este proceso. Es evidente que también este tipo de « renovación » contiene un elemento de « democratización » real: se liquidan las formas extremas de centralización y de arbitrariedad en el ejercicio del poder; se libera al menos una parte de la producción cultural, la que está más unida al desarrollo económico, de las trabas del control político; se sustituye a una burocracia de casta por una meritocracia de los técnicos; se reconoce la iniciativa

individual en la figura del consumo ; se amplía la circulación internacional de las ideas y las técnicas. Pero existe otro aspecto del fenómeno : una **élite** política inestable es sustituida por una **élite** cuyo poder tiene raíces profundas y consolidadas en la realidad social ; la movilidad entre los diversos estratos sociales disminuye ; la nueva dinámica del consumo acumula nuevos elementos de diferenciación entre los grupos, entre las regiones, entre la ciudad y el campo ; la autonomía de la empresa priva de garantía a los trabajadores ; la intensificación de los cambios con occidente refuerza una tendencia concurrencial y nacionalista entre los distintos países socialistas.

El « proceso de democratización » es pues menos unívoco y lineal de lo que parece : se perfila también aunque, en un contexto y en forma completamente distinta, el peligro de una tendencia que ha prevalecido ya en occidente, la de sustituir las viejas formas de burocratismo por otras nuevas, más « socialistas », más « objetivas », más « racionales », pero no menos limitadoras. Más aún : podemos preguntarnos cuáles podrán ser las tensiones futuras entre un poder políticosocial semejante y las estructuras fundamentales del sistema.

En otros países socialistas, en China sobre todo, se está llevando a cabo un proceso completamente diferente, de signo opuesto, pero igualmente destructor del orden existente. Una sociedad menos desarrollada y con menos recursos de lo que la soviética ha estado nunca, con espantosos problemas demográficos y de organización social, unidos a un renovado impulso agresivo del imperialismo, se vuelve a proponer desde sus fundamentos el problema del poder socialista. También, por motivos completamente distintos, está obligada a buscar nuevas y más eficaces formas de lucha contra el burocratismo, para la movilización de las masas, para la educación de la juventud, para la gestión de la economía, sin lo cual sus problemas internos e internacionales no podrán solucionarse.

La respuesta que Mao propone a todo esto es la « revolución cultural ». Y sería absurdo seguir ignorando —como se ha hecho hasta hoy— el aspecto realmente democrático de esta línea, el carácter renovador de una experiencia política de masa, tan gigantesca, el valor del impulso igualitario al que va unida, reduciendo todo a una lucha por el poder entre dos grupos de dirigentes o a la pugna entre dos líneas de política internacional.

Sin embargo, el impulso democrático asume caracteres que le limitan y contradicen en su base : la lucha contra la burocracia se apoya en una dilatación del poder carismático del **leader**, se movilizan políticamente masas desmesuradas, pero en la forma de una tensión ideal acrítica y casi religiosa ; se afirma el derecho a la insubordinación contra la estructura de poder existente, pero desencadenando una multitud de fuerzas espontáneas y anárquicas que corren el peligro de disgregar la sociedad y que inmediatamente exigen una nueva intervención centralizadora ; se destruye el privilegio, pero anulando la autonomía del individuo y la certeza del derecho ; se trata de recuperar la dimensión mundial de la revolución,

pero de tal modo, en formas tan contradictorias, simplistas y de tosco instrumentalismo que resultan incomprensibles y tienden a agravar su aislamiento. Un clima de incertidumbre se difunde así en la sociedad socialista china, que hace precarias y ambiguas las perspectivas incluso a los ojos de todos aquellos que siguen con el mayor interés y comprensión esta nueva, dramática y extraordinaria experiencia.

Tal es, en efecto, la situación compleja y difícil en que se encuentra hoy el poder socialista en un mundo: en pleno desarrollo, la revolución no sólo no ha resuelto completamente, siguiendo la línea de su inspiración primitiva, el problema de la democracia y de la extinción del Estado, sino que las contradicciones que surgen en este terreno ponen en peligro su equilibrio, las estructuras y el futuro de la nueva sociedad que ha edificado.

En esta situación, no es difícil encontrar la confirmación de muchas tesis leninistas, hallando en **El Estado y la revolución** no pocas claves de interpretación de la realidad y por lo tanto de una iniciativa política renovada. En aquella obra, en efecto, Lenin se preguntaba siguiendo a Marx: ¿Qué sustituirá a la máquina estatal despedazada, cuál es el principio constitutivo de un poder de nuevo tipo? La respuesta era rigurosa y perentoria: un Estado en proceso de extinción, constituido de tal forma **que empiece a extinguirse inmediatamente y no pueda dejar de hacerlo.** (Subrayado por nosotros.)

Esto significa, como Lenin aclara después, que la forma política necesaria a la edificación del socialismo es una democracia consecuente, que rompe los límites de clase de la democracia mixtificada de la burguesía (parlamentarismo, burocracia, división del poder) y abre inmediatamente el proceso de extinción del Estado como fuerza especial de represión, como máquina separada de la sociedad: « desarrollar la democracia hasta el final, investigar qué formas ha de tener este desarrollo, ponerla a prueba en la práctica: todo eso constituye uno de los problemas fundamentales de la lucha por la revolución social ». De aquí la definición de una serie de instituciones políticas « democráticas » basadas en la experiencia de la Comuna de París: el control directo de las masas sobre el conjunto del aparato estatal, elegibilidad de todos los cargos y revocabilidad del mandato, « salario obrero » a los burócratas, etc. Por esto ve en el soviét más que una experiencia peculiar rusa, el primer ejemplo de un nuevo tipo de poder, de valor universal.

Ciertamente, la democracia es también una forma de Estado. Y la democracia socialista es la forma del poder estatal que el proletariado necesita « en el periodo de transición de una sociedad capitalista a una comunista », la « dictadura proletaria ». La esencia de la dictadura proletaria, como de cualquier clase de dictadura, es el poder coercitivo, de una clase que « reprime a otra en cuanto clase »; pero semejante dictadura puede y debe asumir la forma de una democracia consecuente, en cuanto la « represión es ejercida por una mayoría de explotados contra una minoría de explotadores » y « el aparato específico del Estado es aún

necesario, pero es ya un Estado transitorio, una democracia que abraza una mayoría tan grande de la población, que la existencia de una máquina especial empieza a hacerse innecesaria ».

Por otra parte, la extinción del Estado no puede ser más que gradual, la burocracia no « puede desaparecer de un día para otro », las formas políticas no pueden adelantarse demasiado a su base social. Si la democracia « implica el socialismo », su completa realización trae consigo aquellas transformaciones de la sociedad (desarrollo productivo, gestión social de la producción, distribución de acuerdo con las necesidades, superación de la división del trabajo) que la harán, en cuanto Estado, superflua. Pero, y esto es importante, a pesar de su gradualidad, pese a que puedan distinguirse fases distintas, la transición al comunismo es un auténtico proceso, que se inicia inmediatamente y avanza sin detenerse. El fin se realiza si está inmanente en cada fase y en cada aspecto de la « transición ». Las relaciones comunistas de producción y la sociedad de los hombres libres, no nacen automáticamente de la destrucción de la fórmula de la propiedad y de la nueva dirección del Estado. Se realizan sólo en cuanto, en cada momento, existen las garantías objetivas que las orientarán en su desarrollo, especialmente, un nuevo tipo de poder democrático y una dirección proletaria del Estado. Tal poder y dirección no pueden definirse sólo indirectamente, a través del contenido de su política, sino que deben expresarse directamente en la forma de las instituciones y en el grado de control que la clase obrera ejerce efectivamente sobre el Estado.

Vemos pues claramente, la permanencia y extrema actualidad de **El Estado y la revolución**, la contradicción que objetivamente representa frente a las formas patentes de autoritarismo de la época estalinista, así como de las nuevas y más sutiles tendencias totalitarias. Lenin contradice de un modo radical lo que ha sido hasta ahora el denominador común de todos los tipos de « transición » al socialismo: la separación entre una fase en la que « se edifican las bases materiales » y en la que, por lo tanto, es necesario reforzar el Estado, y las relaciones de producción mantienen un carácter profundamente ambiguo, y otra fase, que no se sabe como va a venir, en la cual el proceso de extinción del Estado podrá finalmente plantearse. Ataca sin reticencias y radicalmente toda forma de burocracia, incluso aquella que es socialmente más meritoria y políticamente más progresiva, afirma la necesidad de instituciones precisas en las que la democracia se organice; ataca toda delegación de poder de la masa a los dirigentes, de la clase al partido. La democracia en su forma más radical no es un lujo para él: es la condición necesaria para pasar al socialismo. ¿No es algo que está bien claro, después de la experiencia de estos cincuenta años y frente a las transformaciones contradictorias que se realizan actualmente? ¿No vemos que del texto de Lenin se deduce más que una solicitud liberadora y democrática, un preciso afianzamiento de la democracia en instituciones concretas, en definidas características de clase?

Pero nuestra reflexión —también en este caso— no puede quedar en una simple «verificación», en un «redescubrimiento» del leninismo originario. En efecto, hoy se nos plantea un problema al que **El Estado y la revolución**, ni podía, ni puede ofrecer una respuesta exacta. La revolución de octubre abrió un «paréntesis» que no se ha cerrado todavía. No representa una fase después de la cual, el proceso histórico vuelve a recorrer el camino previsto. Por el contrario, la unificación capitalista del mundo ha quedado sin terminar, el desnivel entre los Estados y las áreas geográficas del mundo ha aumentado. La lucha de los pueblos oprimidos por su propia emancipación no ha encontrado en las burguesías nacionales un protagonista válido, ni en las relaciones capitalistas de producción un instrumento eficaz, y por eso ha asumido y viene asumiendo, allí donde tiene lugar, la filosofía de una revolución socialista **sui generis**. De aquí nace un problema específico que exige ser resuelto científicamente: el de la forma de transición al socialismo en aquellas sociedades donde la acumulación primitiva no se ha iniciado aún, las fuerzas productivas están paralizadas por la supervivencia de pesados residuos premodernos, el proletariado representa una minoría privilegiada, la presión económica y política del imperialismo resulta fortísima y eficaz, dado el grado de su subordinación objetiva ¿Cómo puede organizarse en tales condiciones, un poder político capaz de contrarrestar todas estas fuerzas centrífugas, de suplir la debilidad de su propia base social, de quitar de en medio los obstáculos a su desarrollo, sin sucumbir a la centralización despótica y sin dar origen a un sofocante aparato burocrático?

Sabemos cuál fue la respuesta que dio a esta pregunta la sociedad soviética. Liquidada la experiencia del comunismo de guerra, se soltaron las riendas a las relaciones de producción mercantiles, superponiendo para contener las fuerzas disgregadoras, un poder político que ya entonces acentuaba su carácter centralizado y delegado. Más tarde se pasó a luchar contra las relaciones mercantiles con la planificación de la producción centralizada y concentrada en los sectores decisivos, y con el férreo control del consumo. La base de este poder socialista, en lucha por la transformación de la sociedad fue, más que unas nuevas relaciones entre la clase obrera y el poder, más que la difusión de las nuevas relaciones sociales de producción en la industria, la fuerza y decisión de una vanguardia política que tenía sólidamente en sus manos el control del Estado: un esquema sustancialmente jacobino. Pero del que nacían con fuerza creciente nuevos privilegios; la burocratización y su otra cara, la ineficacia productiva y la apatía de las masas. La solución estalinista de este problema fue el Terror, en el sentido clásico del término: depuraciones, poder personal, violencia, como armas para hacer inestable el poder burocrático, para mantener una fuerte tensión en la sociedad, una conciliación entre las fuerzas populares y el aparato, entre el nacionalismo y el internacionalismo. El contenido real del terrorismo era la defensa del primer país socialista, la lucha contra el fascismo, el desarrollo de una nueva y moderna sociedad, y en estos fines, el poder volvía continuamente

a encontrar su propio significado objetivo y un contacto, en la URSS y a través del mundo, con las masas y las fuerzas progresivas. Pero la solución era contradictoria y sin salida. El Terror aceleraba continuamente la espiral burocrática; el poder autoritario tenía que entrar en contradicción con las nuevas fuerzas productivas; la rigidez dogmática obstaculizaba el desarrollo de las otras revoluciones del mundo y por lo tanto el final del aislamiento; la planificación centralizada dejaba sobrevivir zonas vastísimas de producción premoderna y mercantil. Peor aún, el poder burocrático y la debilidad de las relaciones de producción socialistas debían finalmente alimentar fuerzas y presiones de signo oportunista.

De todos modos, la de Stalin fue la única respuesta efectiva al nuevo problema histórico. La discusión de los años 20 sobre la política económica de transición, de la que fueron protagonistas Preobrajenski y Bujarin, no sale esencialmente del horizonte estalinista. El problema común, al que se proponen diversas soluciones divergentes, es cómo hacer frente a la presión cada vez mayor del sector privado de la economía, cómo hallar recursos para mantener la industrialización, qué ritmo dar al desarrollo, y no por el contrario, las formas y modos de contener la tendencia burocrática, cómo reorganizar el poder estatal, cómo hallar, en nuevas relaciones políticas y sociales, las premisas para el desarrollo del sector socialista.

Sólo hoy, en una situación totalmente distinta, y en nuevos países, el problema del poder socialista, en una fase de despegue, en medio de una lucha aún más dramática contra el subdesarrollo, se vuelve a proponer en formas nuevas: en China, en Vietnam, en Cuba. Y, cualquiera que sea nuestra opinión sobre estas experiencias aún en curso, hay una cosa evidente: el problema se afronta y reconoce como tal y no proponiendo soluciones librescas o la temática propia de realidades totalmente distintas; por primera vez, el estalinismo se discute sobre el terreno, utilizando la experiencia de errores y logros que son ya evidentes.

En su nivel de desarrollo aún más elemental, en la fisionomía primitivamente colectivista de la sociedad, en el carácter de larga lucha popular que ha tenido su conquista del poder, y por tanto, paradójicamente, en su mayor atraso, ¿no es posible encontrar las preciosas premisas para una transición al socialismo muy igualitaria, para una «prematura» difusión de las relaciones de producción no individualistas, para un desarrollo ideológico que no pase necesariamente por las fases de la cultura occidental?

Puede contribuir a corregir la unilateralidad de semejante modelo de transición —más inmediatamente igualitario, menos estatal, más directamente imbricado en la sociedad— y a resolver las antinomias que necesariamente se reproducirán en su interior, destinadas a agravarse mientras avanza el desarrollo, el nuevo carácter de la situación mundial. Existe ya un sistema de Estados socialistas desarrollados; las dificultades que surgen en sus relaciones, el renacimiento de las tendencias nacionalistas, la diferencia de sus fases de desarrollo, no pueden hacer olvidar el peso

de esta realidad y la potencialidad positiva que de ella se deriva. También en el interior de la sociedad capitalista occidental, advertimos el madurar de las nuevas tensiones, el inseguro proceder de una nueva tendencia contradictoria. ¿No puede nacer de esta dialéctica, donde se sea capaz de utilizarla positivamente, un tipo nuevo de transición al socialismo de las sociedades subdesarrolladas? Quizás sea su incapacidad de plantear el problema mundial en su unidad y con realismo lo que constituye el límite de esta experiencia.

Toda esta temática debe ser reconocida en su novedad y en su carácter específico, concretamente analizada, y es inútil buscar las respuestas adecuadas en textos clásicos —como **El Estado y la revolución**— a los que es completamente extraña.

En cuanto a su problema específico, el paso al socialismo como conclusión de un pleno desarrollo capitalista, **El Estado y la revolución**, después de cincuenta años de experiencia y sobre la base de una realidad que se ha hecho más transparente, manifiesta reales insuficiencias, deja abiertas interrogaciones que no se han resuelto.

Para todo lo que venga después del desarrollo capitalista, la revolución socialista representa o representará siempre un viraje «prematureo», un salto cualitativo, no será la sanción jurídica de una nueva sociedad ya pronta, sino el inicio de la edificación de una nueva sociedad. Ahora bien, teniendo que gobernar una sociedad que está aún dividida en clases, en la cual subsiste la división del trabajo y la distribución de «tipo burgués», es evidente que el Estado proletario, en su constitución y en su funcionamiento no puede dejar de reflejar el límite de su base social. El radicalismo de ciertas instituciones «democráticas» (la alternancia en la dirección políticsoadministrativa, la revocación del mandato, la eliminación de la burocracia y sus privilegios), por un lado, aparece impracticable, y por otro, puede ser envuelto y vaciado de contenido por los límites y mecanismos de la vida social. Lenin es consciente de todo esto (y por algo insiste, no sólo en la «gradualidad» de la extinción del Estado, sino también sobre la «gradualidad» del funcionamiento real de la democracia: la democracia será consecuente sólo en el momento en que se convierta en algo superfluo), pero no se detiene a considerar todos los aspectos e implicaciones que se derivan.

Dos problemas decisivos se plantean, cuya importancia podemos valorar hoy plenamente. Primero: ¿La crítica del liberalismo y del parlamentarismo debe llevarse hasta el fin, y de tal modo que se suprima el problema de la disensión y su organización en la sociedad y en el Estado? ¿El «poder democrático» puede ejercitarse, la lucha antiburocrática puede conducirse, por el «pueblo» o el «proletariado» como un todo y de un modo directo, o presupone la articulación de la vida política y social en una serie de instituciones y poderes, una competencia real de los individuos y de los grupos, a través de los que la voluntad popular pueda formarse, expresarse, seleccionar sus dirigentes? En **El Estado y la revolución**, todas estas cuestiones se evitan sustancialmente, las instituciones democráticas con

tanta pasión trazadas, no resguardan ya directamente el derecho de expresión de los individuos, de las clases, de los grupos en los que concretamente el pueblo se divide o puede dividirse. Más tarde, en el **El renegado Kautski**, Lenin explícitamente, niega la legitimidad del problema, superponiéndole la dialéctica de la lucha de clases. Rosa Luxemburgo, fue la primera en advertirle que la supresión de la libertad política, aunque se inicie solamente contra la clase enemiga, fatalmente se vuelve contra la misma clase que la decide; está en efecto, destinada a traducirse en una esterilización de las discusiones, en una ruptura entre clase y partido, en un renacimiento de la burocracia.

Lenin primero y Stalin después, se liberaron de esta obsesión, no sólo aduciendo las « condiciones particulares » en las que se movía el poder soviético (lo que habría sido quizás legítimo y ciertamente menos dañoso), sino con argumentos carentes de fuerza teórica. Justificaron la supresión de la pluralidad de grupos políticos, de la libertad de expresión ideológica, basándose en que en la sociedad socialista las clases iban desapareciendo, o en que el socialismo era una « dictadura proletaria » y la cultura tiene siempre un carácter « partidista ». Pero, precisamente estos argumentos contradicen el fundamento mismo de su razonamiento: el reconocimiento, por ejemplo, del carácter compuesto de la base social del nuevo régimen (obreros y campesinos) y, sobre todo, la teoría que niega la espontaneidad de la conciencia de clase y su formación. En la medida en que las estratificaciones de la sociedad subsisten, y la clase obrera no ha sido « suprimida », es imposible que la soberanía popular se forme y se exprese sin un órgano de mediación; el democratismo simplificado se convierte necesariamente en el poder delegado, en un partido jacobino que tiende necesariamente a transformarse en burocracia. Hoy todo esto parece evidente: no sólo porque la experiencia soviética nos ha enseñado bastante, sino porque el desarrollo de la sociedad capitalista avanzada no conduce, ni a una liquidación de las estratificaciones sociales en el interior de las fuerzas revolucionarias, ni a una identidad más espontánea entre la conciencia revolucionaria y la inmediatez proletaria. Pero la solución del problema no es tan fácil como pensaban los que se oponían a Lenin, y como, con ligereza, siguen creyendo muchos revisionistas actuales.

La primera dificultad nace del hecho de que los « derechos de la libertad », cuando han podido existir, en la experiencia burguesa, lo han hecho unidos a la institución de la propiedad privada, que les proporcionaba la necesaria base material y que contenía, en sus mecanismos objetivos, todas las dilataciones anárquicas y destructoras. ¿Cómo encontrar un fundamento a la autonomía de los individuos y de los grupos en una sociedad donde la propiedad es colectiva, pero las « bases materiales » tienen aún el sello de la escasez y de la necesidad, esto es, donde la propiedad no es aún « social » sino meramente « pública »? Y, por otra parte, ¿cómo impedir que la competición política e ideológica no degenera en corporativismo o anarquía, en una sociedad cuyo tejido es unitario y eminentemente político, donde la libertad de los individuos no encuentra aún su verdadero

« límite » en la efectiva composición del antagonismo (sino en la diferenciación) individuo-género ?

Y a esto se añade una dificultad suplementaria. La democracia socialista es también, como todo Estado, el instrumento de una clase y realiza sus propios fines y respeta su verdadera naturaleza en cuanto asegura la dirección del Estado por el proletariado. Ahora bien, el proletariado, incluso en una sociedad socialista, existe como una realidad materialmente determinada, y no sólo como idea y concepto : su característica fundamental es la de representar el polo negativo e inferior de la sociedad. Y precisamente por esto, su liberación incluye su desaparición, y su supresión es la liberación de toda la sociedad. Pero el proletariado, mientras exista, será incapaz de ejercitar una hegemonía social, no podrá ser la « clase dirigente », en el sentido tradicional, de la sociedad. Su poder político invierte así en todo momento la « jerarquía natural » violenta continuamente a la sociedad existente ; su « dictadura » no puede expresar su « violencia » más que en el plano político. Por esto, la democracia socialista no es « el Estado de todos », sino que, en su constitución política, refleja directamente el verdadero carácter de clase. La dictadura proletaria es, por definición, la « dirección de aquellos que no la merecen » y no puede resolverse únicamente en hegemonía. ¿ Pero, cómo evitar que esta violencia se vuelva contra la misma clase obrera, se convierta en la base de un poder burocrático, separado y contrapuesto a la clase en cuyo nombre gobierna, y por lo tanto en el instrumento, no de una expansión de la democracia sino de una consolidación del privilegio ?

Lenin buscó la respuesta en la teoría del partido como vanguardia de la clase, que con la conciencia teórica y la unidad organizativa, invierte en su favor la desventaja del proletariado, trasciende su inmediatez, y se convierte en « clase dirigente ». Pero, de este modo, el problema ni se resuelve ni eleva su nivel, sino que se multiplica. En la vida del partido, en efecto, la cuestión de la articulación y las divergencias vuelve a aparecer, así como se perfila de nuevo la amenaza de la separación entre los dirigentes y los dirigidos : la teoría leninista del partido, como algo que desde fuera, elabora una « ciencia de la revolución » e introduce una conciencia revolucionaria en la clase, y la concepción organizativa del partido centralizado como « órgano de combate », no permite contrarrestar eficazmente la resurgente tentación jacobina o, peor aún, burocrática. La « democracia del partido » parece reflejar las mismas contradicciones que la « democracia en general ».

La más interesante línea de investigación para salir de tal **impasse**, me parece que es la iniciada por Gramsci y que, como sabemos, trata de definir una nueva relación entre el partido y la clase, la conciencia y lo inmediato, elaborando una nueva concepción del partido como intelectual colectivo, como « prefiguración », como sistema hegemónico.

Pero, incluso esta investigación que por una parte se acerca a la solución real del problema específico, por otra, abre una nueva temática. El partido podrá ser y funcionar, según lo concibe Gramsci, si puede

realmente conciliar un movimiento de la sociedad y de la clase, un complejo sistema de organismos, de tendencias, de ideas (el sindicato, la cultura, las costumbres, etc.), sobre el que establece una hegemonía, y tales realidades existirán a su vez, si tienen una dimensión organizativa, si son centros autónomos de poder, y serán conciliables, en cuanto la sociedad que reflejan de modo más directo, haya alcanzado efectivamente un proceso de unificación, es decir, si la sociedad está « dispuesta » a aceptar la hegemonía de la vanguardia.

Llegamos pues al segundo problema que **El Estado y la revolución** deja en gran parte sin resolver: el de la relación entre el poder socialista y su base social, el de la extinción del Estado como supresión positiva, esto es como remoción de los presupuestos económico-sociales a los que está unida su existencia.

Lenin se encara con este problema en la última parte de **El Estado y la revolución**, comentando el célebre razonamiento de Marx en la **Crítica al Programa de Gotha**, que distingue dos fases en el proceso de transición, la fase inferior (comúnmente llamada socialismo) y la fase superior (comunismo), analizando para cada una de ellas la cuestión del Estado en relación con la base económica.

Ahora bien, por lo que se refiere a la « fase superior » tal relación está definida ya en la forma sumamente sintética de Marx, de un modo riguroso: la extinción completa del Estado encontrará sus fundamentos en el nuevo carácter del trabajo, en la abundancia de los bienes, en su distribución « según las necesidades ».

En cuanto a la « fase inferior », las cosas son menos convincentes: aparece bastante menos claro el cómo y el por qué, gracias a qué mecanismos se hará realmente de ella la « transición al comunismo » y sobre qué fundamentos económicosociales se apoyará el proceso de extinción gradual del Estado, el ejercicio democrático del poder.

La sociedad de transición, en efecto, como la define Lenin, se caracteriza, en parte, por el hecho de que « no existe la explotación del hombre por el hombre, porque ha dejado de ser posible la apropiación privada de los medios de producción », y también por el hecho de que la planificación se extiende a toda la economía y « todos los ciudadanos se convierten en los empleados y obreros de un solo cártel que pertenece a todo el pueblo, el Estado ».

¿ Pero basta esto para garantizar el carácter socialista de la sociedad, su efectiva transición al comunismo, la extinción gradual del Estado ?

La propiedad de los medios de producción no equivale en absoluto a su apropiación social. Como el trabajo conserva su carácter « particular » y « alienado », como la acumulación sigue fundándose en el « trabajo inmediato » no pagado, del individuo, y los bienes de consumo son escasos respecto a las necesidades, la gestión de la economía no es ni puede ser « gestión social y directa », sino que se presenta en forma de propiedad y planificación estatal. El contenido social de la planificación, depende de que no existan en la estructura del poder estatal grupos privilegiados

se improductivos que puedan, por otro camino, apropiarse de parte de la plusvalía y fundar de este modo su poder exclusivo; depende del grado en que exista por parte de las masas un verdadero control del Estado y la planificación. Esta es, en definitiva, la diferencia entre un capitalismo de Estado, extendido a toda la economía, y el socialismo.

Para salir de este **impasse**, volveríamos a esgrimir el « carácter democrático y de clase del poder estatal », cuyo fundamento social tratábamos precisamente de encontrar. Lenin trata de romper este círculo vicioso a través de un nuevo concepto: « La contabilidad y el control —dice— son esenciales para regular el funcionamiento de la sociedad comunista en su primera fase [...], han sido simplificadas al extremo por el capitalismo convirtiéndose en operaciones sumamente sencillas de vigilancia y registro, o entrega de recibos, operaciones accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir y hacer las cuatro operaciones ». Por lo tanto, basta destruir la máquina burocrática que perpetuaba el poder, ya completamente arbitrario de la burguesía, para hallar las bases socialistas para una democracia, para un poder no burocrático. Pero la realidad actual capitalista y la experiencia que ha sido realizada en la sociedad socialista demuestran que tal análisis no tiene fundamento: las funciones estatales no tienen en absoluto tendencia a la simplificación, y el poder burocrático demuestra tener raíces extraordinariamente profundas, que le hacen resurgir al día siguiente de la « expropiación de los expropiadores ».

El análisis de Lenin, en efecto, presupone que el desarrollo de las fuerzas productivas, liberado del embarazo de la anarquía de la competencia y de la propiedad privada, se afirma como una positividad unívoca, que tiende de por sí a la realización plena de las relaciones sociales de una sociedad comunista. La planificación se reduce a la administración racional, y la función estatal al control y contabilidad de las fuerzas productivas. Por carecer la burocracia de base social objetiva, el poder burocrático no es sino una mera degeneración superestructural.

Pero la realidad se nos presenta hoy en forma mucho más ambigua. El desarrollo de las fuerzas productivas tiene lugar en el capitalismo maduro, no sólo a pesar, sino también por medio de una alienación más grave y una división del trabajo más acentuada, la subordinación del consumo y la deformación de las necesidades, la disgregación del cuerpo social y su incapacidad de expresarse en fines no formales y valores autónomos. Las funciones estatales, en tal caso no se simplifican, sino que se complican mucho más y se extienden, pues la sociedad para funcionar, necesita finalidades subrepticias impuestas por un ente externo; el poder no se convierte en algo fungible porque la sociedad no prepara « a todos los ciudadanos » para ejercerle, por el contrario, tiene necesidad de una élite que le proporcione un orden arbitrario, y continuamente selecciona y forma con los adecuados mecanismos dicha élite. Se extienden y profundizan pues, las raíces del poder burocrático: la burocracia aparece siempre como la proyección alienada de las contradicciones y de las aporías del cuerpo social.

Ahora bien, como el burocratismo tiene sus raíces en el tejido más profundo de la sociedad, en la naturaleza de las fuerzas productivas y en las relaciones sociales de producción, la estatización de la propiedad y la planificación del proceso productivo no bastan para neutralizar esa tendencia: por el contrario, precisamente porque representan una extensión del poder estatal directo sobre toda la sociedad, el burocratismo se convierte en la amenaza específica, en el enemigo interno peculiar de la sociedad socialista. Quede claro, que esto no significa, como dicen los críticos románticos de la sociedad industrial, que la causa del autoritarismo (« la alienación del individuo ») no sea el régimen social, sino la ciencia y la técnica modernas; quiere decir, que entre el autoritarismo y las relaciones sociales de producción, existe una relación más compleja, debido al carácter que las fuerzas productivas asumen en una cierta estructura social, y que debe ser contrarrestado y transformado a un nivel más profundo.

Resolver, como con frecuencia se ha intentado, tal o cual problema, diciendo que la « democracia » debe de extenderse a la gestión económica, sólo es indicar la dirección justa para definir algunas reivindicaciones inmediatas e importantes en el plano institucional, pero no basta. El análisis de las problemas específicos del plan —no merece la pena demostrarlo de un modo concreto— nos lleva, en efecto, con bastante rapidez a análogos **impasses**; y no por casualidad, la « democratización del plan » tiende a realizarse en la práctica por medio de una vuelta a los mecanismos del mercado.

El verdadero nudo de la cuestión es otro. El Estado puede « empezar a extinguirse » y el plan evolucionar hacia la « gestión directa », pero sólo se « inicia inmediatamente » la realización del comunismo, cuando se avanza sin perder tiempo a lo largo de aquellos procesos reales y objetivos que culminarán en la sociedad comunista. Si el trabajo cambia « gradualmente » de naturaleza, superando su propio carácter especializado y alienado para convertirse en necesidad de universalidad, libre expresión del individuo; si el consumo se convierte « gradualmente » también, en la expresión de la personalidad, en vez de destrucción y derroche, encontrando en ello su propia autonomía y el propio límite natural; si, en suma, el individuo, en su totalidad, adquiere la posibilidad de apropiarse directamente —y « gradualmente »— todas las riquezas sociales, y la riqueza social se alimenta « de la apropiación de la fuerza productiva universal, es decir, del individuo social ». Sólo en este caso, podrá el Estado reducirse « gradualmente » a una « contabilidad y un control », hasta su desaparición completa. Diremos con una paradoja que invierte la célebre frase de Lenin: el Estado « podrá ser dirigido por una cocinera », sólo en la medida en que no haya cocineras.

Evidentemente, no por esto el problema de la democracia socialista pierde su carácter específico, la discusión en torno a la « constitución política » pierde importancia. Precisamente porque la edificación de un nuevo orden social se presenta como un proceso complicado, resulta evidente el condi-

cionamiento recíproco entre los diversos planos de los que la « transición » se compone : el político, el económico, el social y el cultural. Pero es en su unidad como debe de captarse este proceso, corrigiendo la unilateralidad que ha prevalecido hasta hoy, al confiar el desarrollo de las relaciones de producción socialistas al mecanismo de la planificación y al poder estatal proletario, descuidando las transformaciones del orden social, de los contenidos materiales de la producción. Se impone pues una nueva dirección de la investigación política, social y económica, capaz de plantearse los problemas concretos del trabajo, de la producción, del consumo, de la familia, del tiempo libre, de la cultura y de la técnica, en la sociedad socialista. De este modo, la cuestión de la democracia socialista encontrará bases nuevas, objetivas, para una salida real al dilema entre burocratismo o anarquía.

Puede parecer que, de este modo, la cuestión se complica, que ciertas fórmulas simples y reivindicaciones elementales (renacimiento del soviét, libertad de expresión política y cultural, control obrero de la empresa, etc.) se pierden o se hacen impracticables. Es cierto que existe dicho peligro, porque en este terreno casi todo está por hacer, y no han de faltar aquellos que, en esta complejidad y circularidad del problema, encontrarán excusas para su inercia y conformismo.

Pero la realidad, tanto en los países capitalistas como en los socialistas, además de imponer este terreno —en mi opinión— hace también surgir un « movimiento real », los « materiales necesarios » para trabajar teórica y prácticamente en esta dirección. La ciencia y la cultura, por ejemplo, plantean actualmente, en su contradicción interna, el problema de la superación de las « especializaciones » : las mayores conquistas en el campo de las ciencias naturales y sociales, nacen de un proceso de descomposición y reconstrucción de las distintas materias, de una crisis positiva de la división del trabajo. La actitud productiva, al menos en los sectores de vanguardia, forma ya una « personalidad » del trabajador « tendencialmente universal » que contradice el carácter concreto de la profesión y postula un trabajo diferente. En el dominio del consumo, no sólo el aumento de las capacidades excedentes respecto a las necesidades naturales y elementales, ofrece ya la base de un consumo verdaderamente humano, sino que el mismo desarrollo civil hace madurar, con un carácter de emergencia, necesidades colectivas nuevas (sanidad, urbanismo, relaciones entre los sexos y generaciones) que exigen una superación radical de las relaciones sociales existentes.

El horizonte dentro del que se mueve el hombre de hoy es ya el horizonte del comunismo, por atrevida que parezca a algunos esta afirmación en un mundo que vive aún bajo el dominio del capitalismo, el terror de su violencia, la sugestión de su nueva barbarie y el drama del subdesarrollo. Nos acercamos ya, en extensas áreas del mundo, a aquella frontera, al otro lado de la cual —como Marx decía en las *Grundrisse*—, « no es el trabajo inmediato ejecutado por el hombre, ni el tiempo que éste trabaja, sino la apropiación de su fuerza productiva universal, su comprensión de

la naturaleza y el dominio consiguiente a través de la existencia del cuerpo social, lo que aparece como fundamento de la producción y la riqueza ». Y por esto, « el robo del tiempo de trabajo de otro, que es el fundamento actual de toda riqueza es algo bien miserable respecto a la nueva base. Apenas el trabajo en su forma inmediata deje de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo dejará de ser su medida, el valor de cambio de su valor de uso [...] » Y en este caso : « el ahorro del tiempo de trabajo equivale al aumento de tiempo libre, esto es de tiempo utilizable para el pleno desarrollo del individuo que, como máxima fuerza productiva, influye a su vez en la productividad del trabajo. Desde el punto de vista del proceso de producción esto puede considerarse como producción de capital fijo : un capital fijo **being man himself** ».

Estos fragmentos me parecen reveladores. Para Marx, el comunismo no es (a la manera de la sociedad soñada por un Galbraith o de la « filosofía de los valores » marcusianos o neotomistas) el « máximo de libertad y humanidad » que la sociedad, después de haber conseguido un cierto nivel de producción material, y realizado las condiciones para controlar y dirigir tal producción, pueda finalmente permitirse. Su crítica del utopismo es más radical : el comunismo es la organización social objetivamente necesaria cuando las formas productivas han alcanzado tal grado de desarrollo, que un progreso sólo puede venir de una base « menos miserable de explotación », a que por lo tanto implica una plena explosión de la libertad y la creatividad del individuo social. La crítica cualitativa del desarrollo capitalista converge en este punto con la cuantitativa y es su premisa indispensable. El desarrollo no queda suprimido, sino transformado en proyecto revolucionario, en organización consciente de la potencialidad real de un contexto social que toda la historia ha producido. Pero si estamos ya en este momento —y tal es mi opinión—, abrir una discusión sobre el comunismo en términos concretos y actuales, cara a la realidad de los países avanzados, del campo socialista y del capitalista, no significa « aislar » esta realidad de la del resto del mundo o superponer una utopía, una « jerarquía del valores » a la prosa de la realidad. En primer lugar, hay que volver a dar un sentido real y comprensible, al proyecto revolucionario, para las grandes masas de estos países (y no sólo para su capa más miserable), hablar de sus verdaderos y nuevos problemas, explotar las tensiones más profundas del sistema ; pero significa también abrir nuevos caminos, liquidar el derroche en el desarrollo económico, dar a las fuerzas productivas una dimensión y una cualidad adecuadas a las exigencias cada día más dramáticas de la mayor parte del mundo aún subdesarrollada e incluso en plena desintegración.

Es aquí, pues, en un nexo más estrecho entre la calidad y la cantidad, entre la libertad y la producción, entre la democracia política y la organización social, donde podemos encontrar hoy, en mi opinión, el hilo rojo que unifique al movimiento revolucionario mundial. Esto que en la mentalidad estrecha del capitalista o del burócrata puede parecer un « salto en el vacío », es la condición indispensable para un nuevo realismo.

El mérito fundamental de **El Estado y la revolución**, la razón de su modernidad y fecundidad, me parece que está, en el hecho de conducir, a pesar de sus insuficiencias, con el radicalismo de su inspiración revolucionaria, más allá del marxismo empobrecido de la versión socialdemócrata o jruschoviana, directamente a esta problemática que es la misma de Marx y el verdadero centro de la revolución de nuestro tiempo.

Alguno libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Filosofía marxista contemporánea

| | | | |
|--------------------|--|------------------|--------|
| Georg Lukács | Prolegómenos a una estética marxista | (Grijalbo) | 24,— F |
| Georg Lukács | Aportaciones a la historia de la estética | (Grijalbo) | 33,— F |
| Adam Schaff | Filosofía del hombre | (Grijalbo) | 18,— F |
| Karel Kosic | Dialéctica de lo concreto | (Grijalbo) | 24,— F |
| A. Sánchez Vázquez | Filosofía de la praxis | (Grijalbo) | 30,— F |
| Georg Lukács | La significación actual del realismo crítico | (Era) | 15,— F |
| A. Sánchez Vázquez | Las ideas estéticas de Marx | (Era) | 21,— F |
| Georg Lukács | Teoría de la novela | (DEA) | 15,— F |
| Henri Lefevre | ¿Qué es la dialéctica? | (DEA) | 9,— F |
| Louis Althusser | La revolución teórica de Marx | (Siglo XXI) | 15,— F |
| Herbert Marcuse | Eros y civilización | (Joaquín Mortiz) | 15,— F |

La revolución cultural socialista en China*

Fines y criterios de esta carta

1. La « revolución cultural socialista » en curso en la República Popular China es un hecho de enorme importancia para todas las fuerzas revolucionarias internacionales; no sólo porque acontece en una parte decisiva del campo mundial anticapitalista (y, por tanto, repercute sobre toda la estrategia de la lucha por el socialismo en el mundo), sino por las características que ha asumido, en sus **formulaciones teóricas** y en los **problemas que de hecho implica**. En efecto, asume el carácter de una **lucha política** sobre los principales problemas que se plantean a un país socialista situado en un contexto mundial dominado hasta ahora por el capitalismo mundial. Por estas razones, la actitud de quien se halla directamente comprometido en la lucha anticapitalista no puede ser pasiva ni de mera reconstrucción analítica de los hechos, sobre tal o cual particular de la misma. Es, pues, urgente una **toma de posición**, pero ésta no puede consistir en una genérica aprobación o desaprobación de lo que de los acontecimientos en curso se conoce. Es preciso intentar individualizar cuáles son los **elementos cruciales** de la situación, es decir, aquellos que más directamente influyen sobre la perspectiva estratégica de lucha incluso en otros países: bien en forma de **indicaciones y elaboraciones teóricas** generalizadas, bien en forma de **actos políticos concretos**. Es necesario, por tanto, ir más allá de los detalles, a menudo inconexos y contradictorios, referentes a los episodios concretos del movimiento (que constituyen la mayor parte de la información difundida

en los países capitalistas y del área soviética), e intentar ver más claro en dos direcciones:

a) individualizar desde ahora los **elementos (teóricos y prácticos) útiles para nosotros, en la situación de lucha de los países capitalistas avanzados**: ya sea porque constituyan contribuciones teóricas de validez general, sea porque clarifiquen las relaciones entre las diversas fuerzas de la lucha de clases internacional y refuercen el campo revolucionario. Precisamente porque somos parte activa (aunque limitada) de esta lucha, podemos utilizar desde ahora estos elementos, en base a las exigencias de la situación en que operamos, y en modo parcialmente autónomo del desarrollo de la situación en China.

b) es necesario, sin embargo, valorar, después, el **peso** y la **capacidad de predominio** que estos elementos tienen en la **concreta situación china**: esto es, individualizar una **línea de tendencia**, de manera que se pueda prever si los « elementos válidos » se reducirán a algunos **pronunciamientos teóricos** y a algunos **hechos transitorios**, o bien constituirán el **núcleo fundamental de la política de los comunistas chinos en el próximo futuro**.

Esta carta quiere ser una primera, provisional contribución en tal doble dirección (aunque los límites objetivos de la información permitan afrontar el segundo aspecto mucho menos adecuadamente que el primero). Por ello, esta carta se detendrá, de un lado, menos sobre los aspectos específicamente « culturales » de la revolución en curso y más sobre su alcance político e ideológico general; por otra

* Lettera n° 13 de Quaderni rossi, enero de 1967. Traducción de M. Pujadas.

parte, no pretende esclarecer todos los hechos y episodios, a veces contradictorios, todas las posiciones en juego, las relaciones de fuerza entre ellas y su posible evolución futura, sino que intenta destacar los elementos que desde ahora permiten una **consciente toma de posición política**, aplicable autónomamente a las actuales condiciones de lucha en nuestro país¹.

Riesgos de degeneración capitalista en un país socialista

Problemas de la revolución socialista en un país subdesarrollado

2. El hecho histórico de que el capitalismo haya sufrido los fracasos más importantes en sus « eslabones más débiles », o sea, en los países menos desarrollados económicamente, y que tales fracasos no hayan extendido la revolución rápidamente a los países capitalistas avanzados, ha suscitado una serie de enormes problemas allí donde las fuerzas revolucionarias se han encontrado en el poder de tal manera.

En efecto, éstas se han encontrado en el poder en países **económicamente débiles**, en los que la **clase obrera era minoritaria**, en los que el **nivel de conciencia de las masas** era, en ciertos aspectos, « **pre-socialista** »: bien porque, en lo político, se encontraban en buena parte bajo un tipo de explotación precapitalista (por ejemplo, campesinos explotados por el señor o por el Estado o por capitalistas

ajenos al país), bien porque, en lo técnico, su nivel de preparación estaba muy por debajo del que requiere una participación activa en la dirección política y económica.

Estos elementos de fondo de la situación comportaban, a su vez, importantes consecuencias. De una parte, en lo económico, el primer problema era el de **acelerar al máximo el desarrollo**, de manera que se superasen los atrasos más graves, y al mismo tiempo realizar tal esfuerzo **sin ayuda exterior** de los países más desarrollados, por cuanto en manos de los capitalistas: uno y otro aspectos tenían graves consecuencias sobre el **nivel de vida de las masas**. De otra, las posibilidades de que este esfuerzo y estos sacrificios fuesen conscientemente sostenidos y decididos por las mismas masas, se hallaban limitadas por las mismas condiciones objetivas de que se ha hablado anteriormente: el nivel económico atrasado tiende a estimular **exigencias de aumento inmediato del nivel de vida**; el predominio de una masa campesina puede estimular **aspiraciones a la propiedad individual**, etc.

Estos problemas podían y pueden empujar a las fuerzas revolucionarias ya en el poder hacia una serie de soluciones políticas que, en último extremo, llevan de nuevo a la sociedad a una situación capitalista —bien que a un nivel más avanzado de desarrollo. Esta « degeneración » aparece a través de un complejo y contradictorio proceso, del cual intentaremos indicar, muy esquemáticamente, algunos aspectos.

La « fase burocrática »

El primer paso se da con la **organización de la sociedad « desde arriba »**, con una fuerte concentración del poder de dirección política y económica, en el interior; y, en el exterior, con la exigencia de **defensa** y

1. En el curso del análisis se recogerán en forma sumaria elementos que han sido desarrollados de manera más profunda en precedentes publicaciones de *Quaderni rossi*, en particular en los artículos de E. Masi en los números 4 y 6 y en la « lettera » de *Quaderni rossi*, número 5.

conservación del Estado socialista, frente a los peligros (políticos y económicos) que plantea la situación internacional. Estos pasos son, en buena parte, inevitables; pero el modo en que se efectúan y las consecuencias a que dan lugar, pueden aumentar o disminuir y dominar las condiciones y las fuerzas sociales que empujan hacia un regreso al capitalismo. ¿En qué modo estas tendencias «degenerantes» se refuerzan? En el interior cuando la estructura centralizada y burocrática del poder provoca la formación de una verdadera **clase**, interesada en conservar poder económico y político en sus propias manos. En el exterior cuando la exigencia de «seguridad» lleva a **evitar los conflictos** que puedan poner en peligro la existencia (o, a menudo, incluso sólo la estabilidad económica) del Estado socialista, aunque sea a costa de **sacrificar a ello el desarrollo del movimiento revolucionario en otros países.**

La degeneración capitalista

Con ello las bases para la vuelta al capitalismo están ya planteadas en buena parte. Cuando el nivel de desarrollo aumenta, la clase en el poder que se ha ido constituyendo, tiende a mantener el propio **dominio sobre las masas** conduciendo sus aspiraciones hacia **objetivos de bienestar económico y de movilidad social**; y las tareas internacionales del país socialista se definen en términos de **competición económica** con los países capitalistas. Llegado a este punto, soluciones cada vez más cercanas a las capitalistas llegan a ser las más racionales en el interior, tratándose de organizar una **producción en masa de bienes de consumo** en condiciones de **persistente subordinación de las masas**: se crea una especie de círculo vicioso, en el que una creciente productividad es necesaria para satisfacer las

aspiraciones al consumo estimuladas deliberadamente, y en el que una creciente subordinación de tipo capitalista es la solución más fácil para lograr tal productividad. En lo externo, las relaciones con los países capitalistas son cada vez más de colaboración: ya sea porque el menor apoyo a los movimientos revolucionarios internacionales ha hecho posible esta colaboración, ya sea porque, en lo económico, ésta es la vía más fácil para alcanzar los objetivos que se ha fijado (y es ventajosa y buscada por los capitalistas, por que el tipo de producción y de economía del país socialista es cada vez más similar al suyo, abriendo así un nuevo y amplio mercado de exportación).

La degeneración no es inevitable pero depende de decisiones políticas

Este proceso **no es inevitable**; mas no existe tampoco una solución que lo conjure y lo bloquee desde el principio. En efecto, a un país socialista subdesarrollado no le es posible crear desde el primer momento una democracia socialista interna y actuar de manera rigurosamente revolucionaria en el exterior, eliminando todo problema de seguridad y supervivencia. Sin embargo, en todo momento de su desarrollo existen determinadas **opciones políticas decisivas**: de las que depende el que se refuercen los elementos de degeneración (primero burocrática, después capitalista), o en que se mantengan —en modo tal vez difícil y contradictorio— algunas características socialistas fundamentales internas y se refuerce el movimiento revolucionario en el plano internacional.

En nuestra opinión, la **URSS** constituye el ejemplo típico de cómo una serie de decisiones políticas han desembocado en la primera dirección, la de la **degeneración capitalista**, y **China** representa el intento

más importante de decisiones políticas referentes a la segunda, la del **mantenimiento y refuerzo de características socialistas** aunque se halle en la difícil situación de un país económicamente atrasado y aislado en el contexto internacional.

El ejemplo de la URSS

3. No es posible aquí recorrer con detalle las etapas de la involución capitalista de la URSS. Intentaremos, no obstante, individualizar algunas de las **decisiones políticas cruciales**, esto es, las « respuestas a problemas objetivos » que han reforzado —de manera cada vez más deliberada— las tendencias de degeneración capitalista.

Algunas decisiones que han contribuido, aunque sea involuntariamente, a desarrollar tales tendencias, se pueden hallar en la política del partido bolchevique ya antes de la toma del poder.

Dos son importantes, en particular :

a) el problema de la **relación con las masas campesinas**. La falta de un trabajo de formación y de organización de los campesinos **sobre base socialista** (no queremos discutir aquí en qué medida sea ello debido a factores objetivos o a « prejuicios ideológicos »), ha determinado fuertemente el desarrollo futuro, llevando a una **reforma agraria no socialista** poco después de la toma del poder, para conquistar la incorporación de los campesinos a la guerra civil, contribuyendo así a formar una fuerza no socialista en la sociedad, con todas las consecuencias que ello implica ;

b) la **concepción del partido**. En la misma concepción leninista del partido se pueden individualizar elementos del planteamiento de la **relación entre partido y masas**, que han contribuido más tarde a impedir —tanto en lo teórico como en lo práctico— la formación de posiciones políticas y de

fuerzas que contrarrestasen la constitución de una « clase en el poder » y a que se desarrollasen tendencias dirigidas a la vuelta al capitalismo. Sin embargo, es después de la toma del poder, y en particular **después del fracaso de la revolución en Europa**, cuando las tendencias de degeneración del Estado socialista se destacan debido a concretas decisiones políticas. A partir de este momento, el **partido** que, en vez de propiciar los elementos de contracción crítica, de individualización de los límites y contradicciones impuestos por la situación, construye una « **ideología de comodidad** » y adapta progresivamente la concepción del socialismo a las decisiones que realiza de hecho : en vez de propiciar los elementos de orientación para valorar cuánto camino queda por recorrer y qué peligros se deben afrontar, la ideología justifica en tanto que socialista cualquier decisión política adoptada por el partido.

El periodo estalinista

El primero y más importante ejemplo de este método es la teoría del **socialismo en un solo país**. Según ella, en vez de reconocer la contradicción entre fracaso de la revolución internacional y edificación del socialismo en la URSS, afrontando críticamente los difíciles problemas que comporta, se la considera como situación perfectamente adecuada para la construcción del socialismo : con ello, desarrollo del socialismo y refuerzo del Estado soviético se identifican ; las consecuencias en el plano internacional (por las que en ocasiones las exigencias de supervivencia estatal llevan a sacrificar los movimientos revolucionarios) ya no se las considera como límite, sino como perfectamente coherentes con una línea socialista.

Un segundo elemento consiste en la subordinación de los problemas de la **estructura**

stitución de clase de la URSS a las exigencias de la planificación: privilegios económicos y políticos para la burocracia, poder creciente a los dirigentes empresariales sobre los obreros, diferencias salariales crecientes entre los diversos niveles, se desarrollan progresivamente, ignorando las consecuencias de tales elementos sobre la estructura de clase (contribuyendo a la formación de clases privilegiadas dotadas de intereses propios) y sobre el tipo de conciencia de las masas (contribuyendo al desarrollo de aspiraciones y valores de tipo burgués). En ausencia de intervenciones políticas dirigidas a contrarrestar estas tendencias, se va formando un mecanismo de planificación cuya lógica misma comporta su refuerzo.

La fase postestaliniana

Todo esto allana el camino para un tercer grupo de decisiones políticas, que se han dado en el periodo postestaliniano: la definición de la relación con el capitalismo en términos de competencia económica y el planteamiento, coherente con aquélla, del trabajo de educación política de las masas. Así, los gérmenes de aspiraciones de tipo burgués, ya creados por las diferencias salariales y por la jerarquización, se han desarrollado ulteriormente: es fácil, llegados a este punto, presentar la actual evolución en sentido capitalista como « correspondiente al deseo de las masas ». En esta última fase, las consecuencias de tipo capitalista son cada vez menos « consecuencias imprevistas » y no queridas por determinadas decisiones; antes bien, son cada vez más conscientemente determinadas: la actual línea de transformación de la planificación económica, constituye el ejemplo más claro. En el aumento del margen de autofinanciación de las empresas, en el intento de aplicar técnicas capitalistas de control de la

fuerza-trabajo, en el tipo de poder económico y político otorgado a los « managers » (bien respecto a los trabajadores subordinados, bien respecto al poder político central), los rasgos comunes con la sociedad capitalista no son ya aislados o esporádicos (ligados a un particular problema « de emergencia »), sino que se entrelazan y componen en un cuadro cada vez más coherente. Naturalmente, la ideología hace su correspondiente evolución, adaptando la definición de « socialismo » (y de la misma « sociedad comunista ») a las características de la actual política.

No entramos aquí en la comparación detallada de los modos de funcionamiento de ambos sistemas, de las diferencias que subsisten, de cuánto y con qué rapidez tenderán a desaparecer. Los ejemplos sumariamente aducidos, sirven sólo para mostrar cómo un tipo particular de decisión política y de ideología justificatoria han aumentado, y no contrarrestado, las tendencias de degeneración, burocrática inicialmente y capitalista después, siempre latentes en un país socialista que se halla rodeado de un área mundial preponderantemente capitalista. La actual sociedad soviética no es, por lo tanto, el resultado de un proceso inevitable derivado de las condiciones iniciales, sino del modo que se ha elegido políticamente para afrontar tales condiciones; se han adoptado una serie de decisiones políticas que, al menos en sus comienzos, no eran irreversibles pero que se han acumulado progresivamente en una lógica de degeneración en sentido capitalista cada vez más coherente.

La vía china: presupuestos históricos y teóricos

4. La China revolucionaria se ha encontrado frente a problemas muy parecidos a los de los revolucionarios soviéticos: el

atraso económico era incluso más agudo (por el menor nivel de industrialización y por el problema suplementario de la cantidad y crecimiento de la población); la **incidencia de la clase obrera** era menor (como posibilidad de actuar como vanguardia revolucionaria, al ser mermada por las represiones del Kuomintang en los años 1920). Después de la toma del poder, el aislamiento económico de China fue, durante cierto tiempo, menor que el que sufrió el pueblo soviético —pudiendo disfrutar de la ayuda que la URSS le procuró, en aquel momento con un grado más elevado de desarrollo—; pero con el cese brusco de la ayuda soviética en 1960, la situación económica se ha agravado. Las respuestas teóricas y políticas dadas por los camaradas chinos, durante la lucha revolucionaria y después de la toma del poder, han sido sin embargo mucho más adecuadas, y aún hoy son válidas en una serie de aspectos.

En la base de estas respuestas —durante y después de la revolución— se encuentra, en lo teórico, una fuerte y deliberada **acentuación de los aspectos de conciencia política, de educación y de organización de las masas**, como fuerza capaz de afrontar y dominar las dificultades objetivas. En la fase misma de la lucha revolucionaria, a partir de la ascensión de Mao Tse-tung a la dirección del partido, este planteamiento ha tenido una primordial, decisiva traducción práctica en la **capacidad de organización revolucionaria de las masas campesinas y subproletarias**. Este hecho, junto a una serie de **características organizativas de la lucha revolucionaria** y a su misma larga duración, ha permitido **afrontar parcialmente, ya antes de la toma del poder, algunos importantes problemas de dirección y de organización de la sociedad socialista**: el primero de ellos, el de la **organización colectiva de la producción agrícola**.

Pero son de subrayar más aún —en el cuadro de esta « carta »— los aspectos teóricos y prácticos que se refieren a la fase sucesiva a la toma del poder (aunque quizás ya elaborados antes de ésta).

La vía china : país socialista y revolución internacional

5. A nivel internacional, se pueden deducir de las actitudes chinas una serie de referencias de gran valor para definir la **posición y la función de un país socialista en la actual situación de la lucha de clases internacional**, y las consecuencias que de ella se deben deducir **dentro de dicho país :**

a) mientras exista el capitalismo mundial como área económicamente dominante, no es posible —incluso en los países en que los comunistas han tomado el poder— la constitución de un « sistema socialista acabado en sí », de una sociedad sin clases ; **el país en que los comunistas están en el poder debe ser considerado en el contexto de la lucha de clases internacional, es una « zona ocupada » por las fuerzas revolucionarias** : con todas las ventajas que ello implica, pero también con todos los riesgos y consecuencias que tal situación comporta en el modo de « administrar » dicha zona y de organizar a las masas que a ella pertenecen. Las ideologías que no reconocen esto son mistificadoras, ocultan los reales problemas tanto de la revolución internacional como de la construcción de una sociedad socialista.

Esta posición teórica no sólo plantea correctamente la relación entre problemas internos y problemas internacionales, sino que, al mismo tiempo, ayuda a plantear la **relación entre revolución en países capitalismo avanzado y revolución en países subdesarrollados**. En efecto, tal postura da un compacto fundamento

rico al
ya hoy
subdes
posicio
los pa
desarr
lista),
ideolog
llado »
y de m
de los
naciona
teoriza
tos rev
en las
atenua
mas de
en prin
del ci
decir,
países
cia em
chinos
en tér
pueblo
particu
mente
países
nes p
« ignor
ietaria
b) pr
lista »
formac
que s
fuerza
país :
intern
intern
contra
bien c
hallar
acción
país).

La lucha de clases dentro del país socialista

6. Este planteamiento del problema en términos internacionales nos da también un cuadro coherente para una visión de los **problemas internos** en sus **dimensiones de clase**. En la teoría y en la praxis de los comunistas chinos, estos aspectos están clarificados: tanto la reducción de los problemas de la planificación a problemas puramente técnicos, como la reducción de los problemas políticos en términos puramente de partido, abstractos como análisis de clase, son rechazados. A nivel más directamente teórico, el análisis realizado por Mao Tse-tung de las « contradicciones en el pueblo » y de « aquéllas entre los enemigos y nosotros », es un claro ejemplo; otro lo es el rechazo de la **tecnología** y la organización de la producción consideradas como algo ajeno al contexto social, como un campo gobernado por leyes autónomas y necesarias, al que no es posible sino adaptarse, considerándolo, al contrario, como un campo **objeto de decisiones políticas**, de las que, a su vez, dependen las consecuencias sociales y políticas que la tecnología engendra. Pero existen también importantes ejemplos de cómo se ha intentado afrontar, en el **terreno práctico**, una serie de problemas derivados de la situación objetiva china: los riesgos de que las « exigencias de la producción » determinen, en lo económico y en lo político, la formación de una clase privilegiada; los riesgos de que las exigencias de conservación y seguridad del Estado lleven, dentro de las fronteras, a la formación de una tecnocracia militar y, fuera de ellas, a una política basada en criterios puramente diplomáticos y desligada de los principios socialistas; en fin, los riesgos de que el mismo mejoramiento del nivel de vida de las masas contribuya al resurgir de aspiraciones « burguesas »

y haga perder de vista los fines revolucionarios. Podemos enumerar sumariamente algunos de los modos en que se ha intentado afrontar estos problemas :

Igualdad salarial. La política de igualdad salarial, esto es, el intento de evitar la formación de diferencias demasiado fuertes en las ganancias entre ciudad y campo, entre técnicos y obreros, entre burócratas y resto de la población ; esta política, de intensidad variable (por ejemplo, de gran intensificación cuando el « gran salto adelante », para más tarde retroceder), ha permanecido como elemento constante y de importancia creciente en la línea de los camaradas chinos ;

Obligación del trabajo manual. A la anterior medida se une la obligación del trabajo manual, que, en lo inmediato, es uno de los instrumentos con que se quiere evitar la cristalización de « modos de vida » privilegiados, pero que tiene una especial importancia a largo plazo, como primero, aunque inadecuado, elemento de crítica y contraste a las desigualdades sociales derivantes de la división del trabajo como tal (y que indica, por tanto, posibles desarrollos —en un futuro todavía lejano— de una política de rotación de trabajos) ;

El ejército popular. La teoría y la organización del ejército popular, con la polémica contra las concepciones « tecnológicas », con el regreso a la abolición de las distinciones exteriores (los grados), etc., se enlaza evidentemente con el enorme problema de la guerra revolucionaria y de su función, pero tiene también su importancia en la estructura interna de la sociedad ;

Política y producción. El rechazo de considerar la producción como un « reino

autónomo », y, por tanto, la insistencia sobre el papel de la política incluso en este nivel : aunque se esté lejos de haber encontrado los instrumentos adecuados a esta exigencia, y la intervención de la « política » se haya manifestado tal vez en la forma genérica de slogan o en la burocrática de las reuniones o de las intervenciones de los comités de partido. Cada uno de estos tipos de política se une, directa o indirectamente, a la lucha contra la formación de este o aquel grupo privilegiado en tal o cual sector : aquéllos se han manifestado, por tanto, incluso en verdaderas « campañas », más o menos violentas y explícitas, contra uno u otro de tales grupos. Los más frecuentemente afectados (incluso antes de la « revolución cultural ») han sido los intelectuales y las autoridades académicas ; pero, en diverso modo, han sido atacados a menudo los « tecnócratas de la producción », los del ejército, ciertos estratos de la burocracia. Como veremos más adelante, la revolución cultural ha llevado estos ataques a un nivel más explícito y violento.

Los aspectos nuevos de la « revolución cultural socialista »

El análisis crítico del partido y de la función de las masas

7. La revolución cultural se inserta coherentemente en la línea teórica de los comunistas chinos y en el esfuerzo de ponerla en práctica hasta ahora realizado. En particular, constituye un desarrollo y un intento de aplicación de la teoría de la lucha de clases en el interior de un país socialista y de las relaciones entre esta lucha y el contexto internacional.

En términos generales, dos son los elementos nuevos, de importancia fundamental, que emergen de su planteamiento teórico:

—el análisis en términos de lucha de clases de todos los aspectos e instituciones de la sociedad socialista, incluida la organización del partido: ningún grupo o institución es considerado «por definición» inmune al riesgo de desempeñar una función contrarrevolucionaria y la crítica de clase debe, por lo tanto, ejercitarse sobre todos;

—en justa correspondencia, se acentúa enormemente la importancia de la función ejercitada directamente por las masas, por cuanto las fuerzas capaces de derrotar a las tendencias de degeneración antisocialista se definen, precisamente, en términos de clase y no de cualquier institución considerada como portadora y garante por naturaleza de la línea revolucionaria. Este mismo hecho aumenta enormemente el nivel de conciencia política que se precisa en las masas para desempeñar su función, e impone, por tanto, un análisis crítico del nivel de conciencia existente y una acción particularmente rápida e intensa para hacerlo más adecuado.

Por lo tanto, intentaremos ver, ante todo, cómo se plantean estos problemas en los documentos teóricos oficiales del Partido Comunista chino (o sea, en el «comunicado» y en la «decisión» de 16 puntos de la XI sesión plenaria del VIII Comité Central, de agosto de 1966) y en algunos artículos que los completan.

Factores de degeneración en un país socialista

8. Los factores que pueden alimentar una tendencia contrarrevolucionaria dentro del país se definen:

a) grupos sociales y políticos, supervivientes de la vieja sociedad, han conquis-

tado posiciones de poder en la nueva, y quieren mantenerlas y consolidarlas. Para ello empujan hacia una evolución en sentido burgués que es la más adecuada para sus fines: a ellos se refieren como a «aquellos que después de infiltrarse en el partido han conseguido posiciones de poder, pero siguen la vía capitalista» («16 puntos», p. 2);

b) viejas costumbres, ideologías y valores asimilados en el sociedad burguesa que no sólo inspiran a los grupos de que más arriba se ha hablado, sino que pesan en diversa medida sobre las mismas actitudes políticas de las masas («estas resistencias [...] provienen también de la fuerza de viejos hábitos de la sociedad». «16 puntos», p. 2).

La especial acentuación del elemento cultural, en la fase actual de la revolución, deriva precisamente de la conciencia del peso enorme que tiene este segundo elemento. Mas son igualmente importantes las consecuencias del planteamiento dado a la lucha contra los grupos que alimentan el primer factor contrarrevolucionario, y cómo deben ser combatidos tales grupos.

Lucha contra los grupos que detentan posiciones de poder

9. Hemos visto cómo la conciencia de los riesgos de formación de grupos privilegiados, y el esfuerzo en la lucha contra ellos, han caracterizado muchos aspectos de la política china de los últimos años. Sin embargo, esta línea viene hoy precisada y llevada a sus últimas consecuencias. Se afirma con claridad que estos grupos —cuyo lógica de intereses y de poder empuja hacia una degeneración burguesa de la sociedad, en la que tales intereses y tal poder se puedan desarrollar mejor— son grupos que detentan importantes posiciones de poder en el partido y en el Estado, y que, por tanto, su derrota

no puede advenir con normales operaciones de «rutina» burocrática, sino que comporta una verdadera **lucha revolucionaria por parte de las masas** y hacia el derrocamiento de un poder existente. Este poder halla sus raíces, por ejemplo, en muchos niveles de la organización del partido: desde los cuadros más altos hasta niveles «intermedios» muy importantes, tales como comités ciudadanos o regionales dotados hasta ahora de un enorme e indiscutido poder en la sociedad: «el principal objetivo del ataque se encuentra en aquellos que ocupan puestos de mando en el seno del partido y que han adoptado la vía capitalista. Bombardead las sedes centrales y bombardead el grupo de personas en el poder que han tomado la vía capitalista» (del discurso de Lin Piao a los guardias rojos, 15 de septiembre de 1966).

Esto tiene implicaciones muy importantes, explícitamente enunciadas: significa, en particular, que **no es la máquina del partido** quién puede llevar a cabo esta operación, antes bien, ésta es dirigida, en parte, contra tal máquina.

Esta acción revolucionaria, por lo tanto, debe realizarse **directamente por las masas**, bajo la guía de un grupo dirigente revolucionario: la acción de las masas, como la de sus dirigentes, no se legitima por razones institucionales, encubierta por tal o cual cargo, sino por el **contenido revolucionario, de izquierda**, de sus posiciones. A la luz de todo ello se sitúan varias afirmaciones de los dirigentes chinos, en las que se dice explícitamente que si el actual grupo dirigente escogiese un camino oportunista las masas deberían liberarse de él y continuar la vía revolucionaria con una nueva dirección.

Las masas, pues, no debe temer revolverse incluso contra ciertas instituciones o ciertos dirigentes del partido, con tal que sean guiadas, en tales acciones, por

algunos criterios revolucionarios.

La referencia al pensamiento de Mao Tse-tung debería procurar precisamente alguno de estos **criterios elementales de orientación**, que permitan a las masas **juzgar y criticar** al aparato concreto del partido y a sus dirigentes, y deducir las consecuencias incluso en el plano de la acción concreta. Veremos más adelante en qué medida tal referencia (que surge a través de una simplificación del pensamiento de Mao Tse-tung, del que se extraen algunas fórmulas y slogans fundamentales) sea eficaz y suficiente: pero es importante notar aquí la función que aquél tiene en este planteamiento teórico, es decir, la de **procurar a las masas, a todos sus componentes, un criterio de orientación que puedan utilizar directamente y en primera persona.**

La función de las masas

10. La **tarea determinante encomendada a las masas en esta perspectiva** propone de nuevo el segundo orden de problemas: las mismas masas pueden ser, en mayor o menor grado, víctimas de las viejas costumbres e ideologías; de ahí la urgencia de los propósitos **culturales** de la revolución. Pero ello conduce a una situación contradictoria: de un lado, la revolución cultural es necesaria para el desarrollo de la conciencia política de las masas; de otro, aquélla no puede ser «delegada» por las masas a nadie, sino que debe ser realizada por ellas y en primera persona.

Con justeza, los camaradas chinos rechazan una solución «formal» del problema que sólo sería posible bien delegando en el partido las funciones propias de las masas, bien distinguiendo artificiosamente varias «fases» de la revolución cultural (la inicial, en la que las masas «son educadas» por el partido —en cuyo seno la

lucha se desenvuelve con medios exclusivamente burocráticos— y la ulterior, en la que las masas intervienen en primera persona).

En primer lugar, pues, se insiste en que la **conciencia política de las masas sólo puede desarrollarse mediante su participación directa y total en la revolución cultural**, a través de la más amplia libertad de diálogo y el máximo esfuerzo en el razonamiento: el elemento coercitivo debe consistir sólo en la **privación de las posiciones de poder** de los grupos privilegiados que siguen la vía capitalista, y no en limitar el diálogo y la acción de las masas (y ni siquiera la **libertad de discusión** de las minorías o de los camaradas con posturas erróneas).

Las masas deben actuar directamente

«En la gran revolución cultural proletaria las masas pueden liberarse sólo por sí mismas y no se puede actuar en modo alguno en su lugar. Hay que tener confianza en las masas, apoyarse en ellas y respetar su espíritu de iniciativa. No hay que temer a los desórdenes. El presidente Mao nos ha enseñado desde siempre que una revolución no puede realizarse con elegancia, delicadeza, amabilidad, cortesía, contención. Que las masas se eduquen en este gran movimiento revolucionario y distinguan lo que es justo de lo que no lo es, entre las maneras de actuar correcta e incorrecta» («16 puntos», punto 4).

«Es normal que entre las masas populares existan opiniones diferentes. Confrontar las diversas opiniones es inevitable, necesario y útil. En un diálogo normal, sabrán afirmar lo que es justo y corregir lo que es erróneo y se acercarán gradualmente a la unanimidad. El método del razonamiento apoyado sobre los hechos y el de la persuasión, deben ser adoptados

en el debate. No está permitido usar el método de la constricción con la minoría que sostiene opiniones diferentes. La minoría debe ser protegida porque a veces la verdad está de su parte. Incluso si en ocasiones tiene opiniones equivocadas, le está siempre permitido defenderlas y mantenerlas. En una discusión hay que recurrir al razonamiento, nunca a la constricción o a la coerción. En el transcurso de cada debate, todo revolucionario debe saber reflexionar en modo independiente y desarrollar el espíritu comunista de osar pensar, osar hablar, osar actuar. Los compañeros revolucionarios, en el cuadro de una misma orientación general, y para reforzar la unidad, deben evitar las discusiones sin fin sobre cuestiones secundarias» («16 puntos», punto 6).

Este método —por lo demás— se halla ya en la distinción operada por Mao Tse-tung entre «las contradicciones en el seno del pueblo» y «aquéllas entre los enemigos y nosotros» (cf. «16 puntos», punto 6).

La función de las vanguardias de las masas

Concretamente, para actuar todo ello se requiere la acción —en el interior de las masas— de una «**vanguardia**»: no de una vanguardia «institucionalizada», burocráticamente definida (por ejemplo, los dirigentes del partido en razón del cargo que ocupan), sino de una parte de las masas que haya alcanzado una mayor conciencia y operado una toma de posición clara, la cual desempeñe una «función de punta», ya sea en la acción directa contra los grupos burgueses que detienen posiciones de poder, ya sea en el debate político entre las masas.

Parece ser que, actualmente, se ha encomendado, en buena parte, esta función a los «guardias rojos». Discutiremos más adelante los problemas que nacen en

relación con la acción de los « guardias rojos » (por lo que se pueda saber a través de las informaciones extremadamente insuficientes que llegan a occidente), en particular, el problema de la medida en que su acción corresponda concretamente a los rigurosos criterios teóricos expuestos en los documentos oficiales.

No obstante, es útil afrontar enseguida, aunque brevemente, el problema de las **características sociales** de este grupo. En efecto, a menudo suscita perplejidad el hecho de que una función tan importante sea encomendada a grupos de **estudiantes**. Algunos elementos, sin embargo, pueden contribuir al esclarecimiento del problema (dejando abierto el juicio sobre la acción concretamente desenvuelta). Incluso en una sociedad como la china se dan algunos factores que podrían hacer de los estudiantes una fuerza más capaz de absorber las exigencias revolucionarias que impulsan a la revolución cultural: por una parte, están menos influenciados por las viejas ideas y « valores » (asimilados viviendo en la sociedad china antes de la revolución) y más directamente formados por una educación socialista; de otra, su misma condición objetiva contribuye a ello, por cuanto la ausencia de responsabilidades económico-familiares y el no hallarse integrados en el tipo de vida que les corresponde, los mantiene más autónomos respecto a valores de bienestar, de estabilidad y seguridad, etc. Los últimos son factores visibles en otras partes, por la función de punta de los jóvenes (obreros y estudiantes) desempeñan a menudo en los « fenómenos nuevos » de izquierda en los países capitalistas; y pueden tener un peso importante también en un país socialista: indican una particular **posibilidad de utilización revolucionaria** de esta parte de las masas, aunque si no le confieren automáticamente una orientación revolucionaria y si puede ser explotada

tal « disponibilidad », a su vez, por parte contraria. En resumen, la misma imprecisión y fragilidad de la « situación de clase » de estos estudiantes puede ser un elemento explotable para su movilización: y esto tiene aspectos negativos positivos al mismo tiempo.

Indicaciones de democracia directa

Volviendo —en términos más generales— a la relación entre vanguardia y masas, en el planteamiento teórico de los camaradas chinos, dicha relación no se institucionaliza de modo esquemático. Los instrumentos mediante los que debería ser realizada, se individualizan en **organismos de participación política permanente y directa** de las masas: son los grupos, comités y congresos de la revolución cultural, de los que se habla por ahora sólo en términos de indicación programática (cf. « 16 puntos » punto 9), y para cuyo modo de funcionamiento se indican métodos propios de la tradición revolucionaria, que van desde la Comuna de París (a la que se hace explícita referencia) a los Soviets y a otras formas de consejos revolucionarios de las masas; métodos que consisten, por ejemplo, en la propuesta y discusión de los candidatos por las masas, en la continuidad y revocabilidad de los elegidos, etc.²

La lucha de clase internacional

11. En fin, aunque el planteamiento teórico de la « revolución cultural » se refiere ante todo a los **problemas internos de una sociedad socialista**, ello tiene algunas primeras, importantes consecuencias por

2. La creación de los comités revolucionarios inspirados por la llamada « triple alianza » —ejército, cuadros del partido y rebeldes revolucionarios (obreros, campesinos, guardias rojos)— son la expresión más original, concreta y actual de la democracia directa que se intenta llevar a cabo (NDT).

por el modo con que se analizan problemas, pretéritos y actuales, del **movimiento obrero internacional**.

Estas consecuencias son coherentes con la **acentuación del vínculo entre problemas internos del país socialista y problemas de la lucha de clases internacional**, que está presente en los principales documentos de la « revolución cultural »: Estas cuestiones (los problemas internos afrontados por la revolución cultural) son de profunda y extrema importancia [...] para garantizar que nuestro país permanezca fiel al internacionalismo proletario y apoye efectivamente las luchas revolucionarias de los pueblos del mundo » (Comunicado de la XI sesión del Comité Central).

En este cuadro, es particularmente importante el **desarrollo progresivo de la crítica a la Unión Soviética y a su línea**; crítica que —ya antes de la revolución cultural, pero también incluso durante ella— se ha enriquecido con importantes aportaciones teóricas.

El análisis crítico de la sociedad soviética

A finales de 1965 se dan los primeros indicios de un **análisis de la estructura de clase** de la Unión Soviética, en la que se individualizaba la presencia de una verdadera « **nueva élite burguesa** », que no se define ya por propiedad de los medios de producción, mas no por ello menos caracterizada en términos de clase ni menos « burguesa » en sus intereses y en sus objetivos políticos y económicos (editorial de los comités de redacción de **Hongqui** y **Renmin Ribao**, reproducidos por **Pékin Information**, 15 de noviembre de 1965, titulado « De la "unidad" de acción de la nueva dirección del PCUS »).

En los documentos de orientación, y en algunos importantes artículos, ligados a la actual « revolución cultural », se establecen indicaciones útiles no sólo para cons-

tatar el actual oportunismo procapitalista de la URSS, sino también para **analizar algunos de sus orígenes históricos**. Ante todo, se da la interesante en extremo de la **falta de trabajo de formación socialista de las masas** después de la toma del poder, como condición que ha permitido la degeneración burguesa; sus raíces históricas se individualizan en los primeros tiempos, y la política de Jruschef y compañía no constituye sino su corolario y manifestación más importante: « en la URSS, después de establecer relaciones socialistas de producción, no se ha desarrollado seriamente la revolución cultural proletaria. Así la ideología burguesa se ha difundido más y más, corrompiendo los espíritus y disgregando —bien que en forma difícilmente perceptibles— las relaciones socialistas de producción. Después de la muerte de Stalin, el grupo revisionista jruscheviano ha preparado, **de manera aún más flagrante**, a la opinión pública hacia la contrarrevolución » (editorial de **Hongqui**, nº 8, 1966). Se formula así una hipótesis utilizable para una explicación más completa de la actual situación de la URSS, no sólo en términos de la voluntad política del actual grupo dirigente, sino de la situación misma que se ha creado.

Emergen, además, directamente, mediante las críticas a los intelectuales por su comportamiento durante los años 1930 (en particular, las críticas a Ciu Yang), interesantes indicaciones críticas de la política estaliniana de frentes populares, respecto a los que surge con mayor claridad, la originalidad de la « política antifascista » seguida por el Partido Comunista chino en el periodo de la guerra anti-japonesa, en la que la autonomía político-organizativa e ideológica del movimiento revolucionario se salvaguardaba prioritariamente.

La decisión de izquierda

En este cuadro, la insistencia con que se afirma una toma de posiciones **de izquierda**, aceptando incluso « la etiqueta » (sin « enmascararla » con una polémica « centrista » contra « las dos posiciones opuestas »), no es un hecho puramente formal : corresponde a la **adquisición y al desarrollo de elementos teóricos y políticos que han caracterizado a la izquierda en la historia del movimiento comunista internacional**. Pero, respecto a tales, se dan importantes diferencias y pasos adelante. En primer lugar, estas posiciones se afirman ahora con un bagage de **experiencias históricas** mucho mayor : el desarrollo y la victoria de la misma revolución china, la degeneración capitalista de la URSS, el desarrollo y actual contexto de la lucha de clase internacional. En segundo lugar, es la primera vez en que un análisis consciente y esforzado de todos estos problemas, se lleva a cabo por un **partido en el poder** y se intenta llevarla a la **práctica en un país socialista** ; y esto es importante, tanto por el peso más importante que de este modo asumen tales posiciones, como porque éstas se someten así más rigurosamente a la « prueba de los hechos », esto es, al enfrentamiento con problemas que las minorías revolucionarias no han tenido que afrontar, prácticamente, y que un partido en el poder no puede evitar.

Posiciones teóricas y realidad de hecho en la revolución cultural

12. Las posiciones teóricas, rigurosamente revolucionarias, que caracterizan los documentos de orientación de la « revolución cultural socialista », no son, obviamente, suficientes para definir por completo las características de este movimiento, su desenvolvimiento y sus perspectivas futu-

ras. Aquellos indican que nos hallamos ante una **lucha política** de gran envergadura, que comprende a la posición y función del partido, sobre problemas cruciales para las tendencias futuras (de desarrollo o atraso revolucionarios) del movimiento revolucionario chino. Se plantean aquí dos órdenes de interrogantes : —¿ cuáles son los **problemas específicos** sobre los que la revolución cultural se está desarrollando ? es decir, ¿ cuáles son los problemas que, de modo más crucial, abren hoy **alternativas de pronunciamiento político** al movimiento revolucionario chino ?

—¿ cuáles son los **medios de lucha** y cuáles sus consecuencias ?

Con las respuestas a dichos interrogantes se podrá medir la **correspondencia entre afirmaciones teóricas y concreta acción política** del movimiento revolucionario chino. Sin embargo, actualmente es difícil dar una respuesta exhaustiva a tales interrogantes por una serie de motivos (entre los cuales, la escasez de informaciones e indicaciones de las « fuentes públicas » chinas correspondientes). Nos limitaremos, pues, a señalar una serie de elementos que, si no permiten un análisis ni una previsión completos sobre los acontecimientos en curso, se nos antojan suficientes para una primera **toma de posición política**, para evitar actitudes « de espera » o abstracto análisis intelectual, que constituirían una evasión ante problemas políticos de urgencia extrema.

Problemas actuales del movimiento revolucionario chino

13. Los problemas que los dirigentes revolucionarios chinos están afrontando, se pueden centrar en un único aspecto fundamental : « ¿ Qué hacer, en este momento, para ir a fondo en la vía revolucionaria ? » O sea : ¿ Qué consecuencias

comporta la elección de esta vía, en lo económico, en lo diplomático, en lo militar, en el nivel de conciencia de las masas? Resulta claro que se trata de consecuencias de gran envergadura.

En el plano militar, las decisiones revolucionarias pueden arrastrar a China a **formas de conflicto directo con los Estados Unidos** (no sólo en el caso de una intervención directa china en el Vietnam, sino también en el caso de que los Estados Unidos emprendan una forma de « agresión limitada preventiva »).

En el plano de la política internacional, las decisiones revolucionarias pueden comportar la **ruptura con las formas de alianza o de colaboración mantenidas hasta ahora, ya con « burguesías nacionales » de países subdesarrollados, ya con partes del movimiento comunista internacional** no alineadas hasta ahora con la Unión Soviética pero que intentaban mantener una « posición intermedia ».

En el plano económico, las decisiones revolucionarias pueden comportar graves consecuencias, no sólo por los recursos que se dediquen directamente en el fortalecimiento militar de China, no sólo por las destrucciones que pueda ocasionar una agresión (la forma probable de una eventual agresión de Estados Unidos estaría dirigida, precisamente, a la destrucción de « puntos neurálgicos » de la economía), sino también a través del aumento de la ayuda económica y militar a otras fuerzas revolucionarias, y —más en general— atribuyendo prioridad a este tipo de objetivos económicos respecto a los de « aumento del bienestar ».

Aún en lo económico, si éstas son las consecuencias de posibles decisiones revolucionarias internacionales, otras pueden derivarse de **decisiones revolucionarias internas**, por ejemplo, en las formas de gestión de la economía, en la función de los técnicos y especialistas, etc.

Pero quizás son más dramáticos todavía los problemas que estas decisiones pueden comportar en términos de **conciencia política de las masas**: el nivel de conocimientos políticos de las masas, de espíritu de sacrificio y de compromiso de trabajo que se pide a las masas en esta fase de la lucha revolucionaria, es enorme; la posibilidad de utilizar ciertas exigencias elementales, no cualificadas aún políticamente, de mejoramiento del nivel de vida, por ejemplo, se reduce fuertemente, y sólo una **adhesión consciente a los objetivos de la revolución internacional** puede elevar las masas a la altura de las tareas que de ellas se requieren.

Es indudable que son éstos los problemas que los comunistas chinos entienden afrontar conscientemente, y sobre los que se ha desarrollado la lucha política en curso. Serán analizados, en este cuadro, dos aspectos de esta lucha: el **conflicto de posiciones que se ha establecido a nivel de dirección del movimiento**, y la **lucha para llevar a las masas a un nivel más alto de conciencia revolucionaria**.

La revolución cultural y los dirigentes del partido

14. La « revolución cultural » puede tener un alcance doble para sus dirigentes políticos: de un lado, puede representar —según la misma interpretación oficial— el **enfrentamiento entre las diversas posiciones políticas**; del otro, puede representar un **ataque contra los dirigentes que, en el modo de vida y en el estilo de trabajo, muestren comportamientos e intereses típicos de una élite privilegiada**.

Sobre el primer aspecto, las indicaciones que vienen de China son genéricas: no se precisa en qué propuestas políticas y en qué tipos de acción se ha concretado la posición de los que, ocupando posiciones de poder en el partido, han elegido la

« vía capitalista ». Se tienen indicaciones relativamente más numerosas sobre el carácter de la oposición a la línea del partido asumida por ciertos « hechos culturales », y, más en general, sobre algunos aspectos de la política cultural que son condenados ; más tampoco aquí hallamos las críticas y las propuestas políticas específicas a que aquéllos dieron lugar (sino con referencia a hechos pasados, como las críticas al « gran salto adelante »). En fin, polémicas explícitas han tenido lugar, en tiempos recientes, contra la « subordinación de la política a la producción » en la gestión de la economía, y contra la concepción « tecnicista » del ejército y de la guerra ; mas no resulta claro en qué medida estas polémicas pueden estar ligadas al actual enfrentamiento político. Tenemos así una serie de elementos que dan una mayor concreción a los actuales slogans revolucionarios y a los ataques contra los que siguen la vía capitalista, pero no permiten analizar con precisión las decisiones políticas concretas sobre las que, a nivel del grupo dirigente, se ha desarrollado la revolución cultural. El segundo aspecto, el ataque a los « modos de vida privilegiados », parece delinearse concretamente a través de las noticias —aunque que fragmentarias— sobre el modo en que se desenvuelve el movimiento de masas. En efecto, parece que, muy a menudo, los grupos de jóvenes que guían tal movimiento apliquen concretamente las indicaciones teóricas dadas al respecto, tiendan a atacar a aquellos dirigentes que contradicen, en su modo de vida, los principios igualitarios, en la actualidad reafirmados y acentuados, de la línea del Partido Comunista chino. Sobre este aspecto volveremos más adelante, analizando las características del movimiento de masa.

La revolución cultural y las masas

Mucho más clara aparece, en términos generales, la línea de fondo de la « revolución cultural » respecto a las masas. Esta constituye, efectivamente, el intento de hacer operar un « salto cualitativo » a su nivel de conciencia política : los slogans sobre la « prioridad a la política » expresan bastante bien este esfuerzo de hacer que las masas, en todos sus comportamientos, decidan en base a criterios políticos. Estos ya no deben ser algo que sólo los dirigentes utilizan conscientemente y a los que las masas se adaptan (en tanto que sus intereses inmediatos no sean lesionados, salvo negativa a adaptarse cuando las « exigencias políticas » impliquen sacrificios demasiado grandes). Cada componente de las masas debe asimilar ciertos criterios ideológicos y políticos (por cuanto elementales), y utilizarlos activamente ya sea en la normal actividad cotidiana (de trabajo, de vida social y familiar), ya sea en las « circunstancias excepcionales » que de vez en cuando puedan surgir, que pueden requerir un especial esfuerzo de trabajo, determinados sacrificios económicos, la participación en un combate. Sólo en este cuadro se pueden comprender correctamente una serie de métodos actualmente usados y de las « campañas » que se desarrollan. La difusión del « libro de citas de Mao Tse-tung » es un claro ejemplo : desde el punto de vista de la « discusión teórica de alto nivel » puede parecer un hecho puramente propagandístico y un empobrecimiento y deformación del pensamiento de Mao Tse-tung, gracias a su reducción a « slogans » y « sentencias » ; pero desde el punto de vista de hacer penetrar en las masas ciertos criterios políticos elementales, de hacer emerger la dimensión política en cada problema que ellas encuentren en su actividad, este hecho adquiere un signifi-

cado diverso. El análisis de su contenido, de los criterios con que las citas son escogidas y ordenadas, confirma tal significado. Y lo mismo se encuentra en la insistencia en los episodios que muestran «la utilización del pensamiento de Mao Tse-tung» en varios campos, desde la organización de la producción a la de los servicios, al trabajo científico, etc.; también esto corresponde a la exigencia de mostrar cómo algunos criterios políticos fundamentales pueden y deben operar en todos los aspectos de la vida de las masas.

La eficacia e idoneidad de los medios políticos adoptados con tal fin puede y debe ser discutida; mas para que la discusión sea válida es necesario que aquéllos sean referidos a sus fines fundamentales, y no reducidos a hechos del color de una forma cualquiera de «culto a la personalidad». La visión política, de la que estos fines y medios derivan, es fundamentalmente exacta: se ha visto que el nivel de conciencia de las masas, existente hasta ahora, no es ya suficiente para las actuales tareas del movimiento revolucionario. Si un país socialista no quiere desentenderse de la lucha de clase internacional (y preparar así su propia degeneración), las masas de tal país deberán, de un modo u otro, **sostener sacrificios duros**; si se quiere desarrollar una organización productiva, un tipo de tecnología, una gestión de la economía en la que no se reproduzcan las formas capitalistas de subordinación obrera, las masas deberán ser capaces de una **participación activa y continua**, que no esté guiada solamente por limitados intereses corporativos. Lo uno y lo otro requieren la **asimilación y la utilización activa y continua de ciertos principios políticos socialistas**; ya no es suficiente que éstos se transformen **ocasionalmente** en una suerte de guía de las

masas a través de la intervención «movilizante» del partido.

Desde este punto de vista, la visión que orienta la acción actual de los camaradas chinos y los problemas que pone de relieve, son profundamente actuales para la acción misma del movimiento revolucionario en los países occidentales: sobre ello volveremos más adelante.

Los instrumentos de la revolución cultural

15. Una vez esclarecidos estos puntos de referencia, que no deberán ser olvidados, es posible plantear algunos problemas sobre la mayor o menor idoneidad —respecto a los fines— del movimiento que concretamente se está desarrollando. Tres aspectos deberían ser analizados en particular: la **relación entre «directivas desde arriba» y «acción espontánea»**; el **nivel de conocimiento político de esta acción y sus contenidos**; las **repercusiones que esta acción** (directamente realizada sobre todo por una parte, bien que numerosa, de las masas) **puede tener sobre el conjunto de las masas**.

El material sobre el que nos podemos basar es confuso y contradictorio: ya sea por la escasez de informaciones por parte de los chinos, ya sea por las «manipulaciones» de las fuentes de información burguesas o reformistas, ya sea porque probablemente ocurren acontecimientos objetivamente contradictorios en el seno mismo del movimiento (o porque tal vez va más allá de las directivas generales establecidas, o porque —como advierten las mismas fuentes chinas— los grupos de oposición pueden tal vez enmascararse e intentar usarlo para sus fines). A pesar de todo, parecen emerger algunos elementos.

El tipo de indicaciones políticas que se da «desde arriba» al movimiento, se limita a **principios extremadamente generales**; la ausencia de una discusión abierta a nivel

de dirigentes impide especificar ulteriormente y con la mayor exactitud su contenido. Esto tiene consecuencias parcialmente contradictorias. De un lado, obviamente, actúa como **límite respecto al grado de conocimiento político**, particularmente en lo que se refiere a los jóvenes más comprometidos en la acción y a su capacidad de ser una verdadera «vanguardia», esto es, la capacidad de transmitir una orientación al conjunto de las masas. De otro, sin embargo, aumenta ciertos **márgenes de autonomía** en su acción: en efecto, parece claro que, si el movimiento ha partido de una iniciativa de arriba, sus múltiples formas de acción, la elección de los objetivos de la lucha, el tipo de discusión que se da en su seno, nada de ello puede ser puntualmente predeterminado desde arriba; el carácter general de las directivas puede ser así incluso un estímulo para la mayor toma de conciencia, en forma de decisión autónoma sobre los modos en que se debe aplicar la línea general recibida.

Por qué luchan los guardias rojos

Ahora bien, en la medida en que se manifiestan, estas decisiones no son « marginales » o puramente técnicas: se trata de **decidir qué aspectos de la sociedad se quieren atacar con la « crítica revolucionaria »**, qué indicaciones positivas se quieren deducir de las enunciaciones generales y propagar entre la gente. De los muchos acontecimientos, a menudo contradictorios, que se citan sobre la acción de los « guardias rojos », emergen con frecuencia algunas direcciones de acción que tienen un significado político preciso: la **demanda de la abolición de los privilegios de que aún gozan los « excapitalistas »**, la polémica contra los incentivos y contra los valores centrados en el bienestar, el ataque a los modos de vida privilegiados, la polémica contra ciertas características de clase

del pasado y de la tradición china.

Estos hechos ponen de relieve **elementos positivos y problemas por resolver**, unos y otros de enorme alcance.

En primer lugar, precisamente al nivel general y elemental de las indicaciones y de los instrumentos de orientación, puede nacer, por primera vez, una forma de **conciencia socialista de masa**, o sea, la asimilación y la utilización activas por los vastos estratos de las masas de algunos **criterios socialistas fundamentales**: la exigencia de la **lucha contra los aspectos « de seguridad », de « estabilidad burocrática » de la sociedad**, y de **lucha por una tensión revolucionaria constante**. En la medida en que esto acaece, constituye un hecho de alcance histórico: las afirmaciones de los « guardias rojos », a menudo enunciadas, sobre sus tareas entendidas como **« lucha para transformar el pensamiento de las masas »** y no sólo para modificar ciertas condiciones de vida, parecen indicar una conciencia de la naturaleza de esta tarea.

Riesgos y problemas por resolver

Precisamente por el enorme alcance de esta tarea, se plantean frente a ella problemas de gran dificultad, que no parecen estar resueltos:

a) **las repercusiones sobre las masas en su conjunto**. El grado de participación de las masas al movimiento es variable. Todas se hallan implicadas en un cierto tipo de acción (en particular, en la difusión del pensamiento de Mao y en la campaña para « poner la política en primer lugar »), pero la participación en otras formas (manifestaciones de masa, formas de acción violenta, ataques específicos a tal o cual persona o institución) es variable, y se ve a menudo a los « guardias rojos » en primer plano, y a los obreros y campesinos en posición pasiva o, en ocasiones, hostil.

Se plantea, a este respecto, un difícil problema. La « revolución cultural », ya sea en sus « episodios superficiales » a veces contradictorios, ya sea —mucho más— en sus consecuencias más profundas, si se desarrolla a fondo, provoca mutaciones y « crisis » en los modos de vida, costumbres y maneras de pensar, a menudo bastante enraizados en las mismas masas. Es necesario que las masas se constituyan en portadoras activas de estos cambios; pero aparece, al mismo tiempo, el riesgo de que aquéllas se opongan o se adapten a ellos pasivamente; en uno y otro caso no se alcanza el objetivo fundamental de crear más elevado nivel de conciencia revolucionaria.

b) **la relación entre tensión revolucionaria y « funcionamiento de la sociedad ».** Las exigencias de continua transformación, de lucha y discusión constantes, de impedir la cristalización burocrática de grupos e instituciones, entran a menudo en conflicto con las exigencias « de normal y eficaz funcionamiento » de la producción, de la escuela, de la administración. Ciertamente, en momentos de pronunciamiento decisivo, los camaradas chinos dan prioridad al primer tipo de exigencias, y afrontan también las pesadas consecuencias organizativas que pueden traer consigo (por ejemplo, el actual cierre de las escuelas, o —en otros momentos— dificultades en la producción). Pero aquí se manifiestan dos riesgos opuestos. Por una parte, el riesgo de que este tipo de tensiones yendo más allá de ciertos « límites de tolerancia », comprometan demasiado gravemente el funcionamiento de algunos mecanismos económicos y sociales, y provoquen una crisis que terminaría por debilitar las posiciones revolucionarias (no en vano, parece que algunos de los oponentes hayan tomado como pretexto las dificultades inherentes al « gran salto adelante » para atacar la línea de izquierda). Por otra

parte, surge el riesgo contrario de que, acabado el momento de « emergencia », las « exigencias técnicas » vacíen el movimiento, lo mantengan sólo como fachada formal, comprometiendo así sus objetivos, que requieren una acción continua y profunda para poder elevar el nivel de conciencia política y para poder contrarrestar día tras días la formación de grupos privilegiados y de actitudes de tipo capitalista.

Límites en el planteamiento del movimiento

Los límites del planteamiento del movimiento, frente a este tipo de riesgos, parecen hacerse sentir más intensamente. Las indicaciones genéricas pueden ser suficientes para producir un primer desarrollo de conciencia socialista más avanzado en una parte de las masas, pero, probablemente, no son suficientes para que ésta tenga la capacidad de actuar eficazmente en la difusión de dicha conciencia, para superar la pasividad o la hostilidad, para conseguir una transformación del alcance de la que se quiere lograr. Precisamente, desde este punto de vista (más que por una genérica exigencia de « democracia de partido ») pesa la **ausencia de una indicación explícita de las divergencias existentes** a nivel del grupo dirigente y de un **debate abierto** sobre las mismas; lo que dificulta un debate a nivel de masas sobre importantes puntos de referencia y elementos de esclarecimiento. La gran **dependencia del movimiento de la iniciativa de la cabeza** (no tanto en sus contenidos particulares cuanto en su misma existencia y en sus posibilidades de manifestación) lo hace, además, más frágil frente al segundo tipo de riesgos: su futuro desarrollo, sus consecuencias sobre la organización de la sociedad y sobre la política internacional, su permanencia efectiva o su reducción a un hecho formal,

dependen en buena parte de los resultados de conflictos y decisiones, cuyos términos no se han precisado por ahora, y que acontecen en el vértice del partido.

Enseñanzas revolucionarias del movimiento en curso

16. Estos problemas, planteados todavía hoy, impiden formular previsiones concretas sobre la eficacia global y las futuras consecuencias del movimiento, mas no obstaculizan el ver, desde ahora, su carácter profundamente revolucionario: haber puesto en primer lugar el problema de la conciencia revolucionaria de las masas, haber indicado las dimensiones de la lucha de clases en el seno de una sociedad socialista, haber definido el camino hacia el socialismo en los términos de tal lucha y no como pacífico « progreso » y « refuerzo » de una sociedad ya estabilizada, haber escogido el método del conflicto abierto en vez del simple « ajuste burocrático », todos ellos son hechos de gran alcance que la revolución cultural ha planteado ante el movimiento revolucionario internacional.

Y los camaradas chinos se dan perfecta cuenta de la importancia y dificultad de las tareas que se han impuesto :

« De esta lucha depende la cuestión de saber si la dictadura del proletariado y las bases económicas del socialismo podrán o no desarrollarse y consolidarse, si nuestro partido y nuestro Estado degenerarán o no ; de esta lucha dependen el destino de nuestro partido, de nuestro Estado y de la revolución mundial. No podemos en absoluto permanecer indiferentes frente a esta lucha » (editorial de Hongqui, nº 8). « Puesto que las resistencias son bastante fuertes, la lucha podrá tener flujos y reflujo e incluso repetidos reflujo. Estos reflujo no serán nocivos en absoluto. Permitirán al proletariado y a las otras

masas trabajadoras, particularmente a los jóvenes, templarse y extraer las lecciones y experiencias que les ayudarán a comprender que la vía revolucionaria es tortuosa y no sin obstáculos » (« 16 puntos », punto 2).

Importancia de la revolución cultural para el movimiento obrero de occidente

Por qué la revolución cultural es importante para nosotros

17. Estas dos citas definen bien la importancia que la revolución cultural tiene para nosotros, para la lucha revolucionaria en los países capitalistas avanzados. Por una parte, es importante porque de ella depende la línea de lucha de China, que junto con la República Democrática del Vietnam, es el único país que lucha sin equívocos contra el capitalismo mundial³; por ello, toda la perspectiva de lucha revolucionaria internacional se halla implicada en ella. Por otra parte, pone de relieve, tanto para nosotros como para los camaradas chinos, los problemas y las dificultades (las « tortuosidades ») de la vía revolucionaria ; y es posible extraer, como veremos, enseñanzas igualmente válidas para las condiciones en que esta lucha se desenvuelve en otros países, en particular, en aquellos de capitalismo avanzado.

Falsificaciones y formas de desorientación

18. Por esto no se puede rehuir una toma de posición, tanto más necesaria

3. La actual posición política de la República de Cuba, ya libre de equívocos, permite agruparla junto a China y Vietnam en su lucha declarada contra el capitalismo mundial (NDT).

frente a las **falsificaciones** y a la **campaña denigratoria** que el ala reformista del movimiento obrero conduce (que, no casualmente, advierte la importancia internacional del acontecimiento) y frente a la **desorientación** que han sufrido algunos sectores « de izquierda » del movimiento obrero occidental.

Puede ser útil detenerse brevemente en estos aspectos. Su característica común consiste en la **incapacidad** (o en el **rechazo deliberado**) de **individualizar los problemas centrales** que afronta la revolución cultural; de ahí, que todo el juicio político sobre ella resulta distorsionado.

La posición del Partido Comunista italiano

No es preciso alargarse mucho sobre las posiciones asumidas por el movimiento obrero oficial, esto es —en Italia— por el Partido Comunista y, sobre su estela, por los documentos oficiales del PSIUP*. En la raíz de estas posiciones está la **completa adhesión a la política de la URSS** —¡ que remonta a mucho antes de la revolución cultural!— y la consiguiente **completa enajenación frente a los problemas que se desarrollan en la elaboración de una línea revolucionaria internacional**. El intento de profundizar estos problemas y de llegar a una postura revolucionaria, no puede sino aumentar y exasperar las reacciones de los reformistas. Así, muchas de las críticas hechas a la revolución cultural no son más que críticas formuladas desde hace años contra la línea de los camaradas chinos: la crítica al rechazo de la **estrategia de coexistencia pacífica**, la reacción aterrorizada frente a las críticas de la política soviética, y al rechazo de la unidad de acción con ésta, etc.

A éstas se añade ahora la acusación (de molde típicamente estalinista) de « ayudar

objetivamente el ataque imperialista al Vietnam » rechazando la unidad de acción con la URSS; crítica en la que los soviéticos han « tocado el la » en las formas falsificadoras más grotescas, y que es proseguida por los otros partidos comunistas (los franceses a la cabeza, y seguidos muy de cerca por los italianos).

Los aspectos relativamente « nuevos » de las reacciones comunistas respecto a la revolución cultural, tienen dos características.

Por una parte, corresponden a una **deliberada voluntad de falsificación**, y al intento de explotar los aspectos oscuros y contradictorios del movimiento en curso, la desorientación que pueda haber suscitado, para frenar o conjurar el peligro de una creciente adhesión a las posiciones chinas en las filas del movimiento obrero; y a ello apunta el tipo particular de « selección de las noticias » (sean verdaderas o inventadas), con la insistencia sobre episodios de destrucción de obras de arte, de conflictos violentos entre grupos diversos de la población, etc.

Pero, por otra parte, se manifiesta una reacción (si queremos) más « sincera »: es el miedo que la doble naturaleza del Partido Comunista, **liberal-burguesa** y **estalinista** al mismo tiempo, experimenta frente a la revolución cultural. El alma liberal-burguesa deforma totalmente las dimensiones de los problemas en juego, y se ve alcanzada, ante todo, por los ataques contra la tradición cultural china y contra el patrimonio cultural occidental (dos ideales, el tradicional y el occidental, sagrados para toda ideología burguesa); y no siendo capaces de ver la dimensión de clase (por simplista y discutible que sea) de estos ataques, habla de « chovinismo » y de cosas parecidas. Más significativa es, sin embargo, la reacción del « alma estalinista »: ésta se revuelve contra el hecho de que el análisis de la

* Partido Socialista Italiano de Unión Proletaria.

sociedad china, en términos de clase, comprende a las instituciones del partido y del Estado. No es casual que estos aspectos hayan asumido una importancia creciente en las críticas del Partido Comunista italiano: «hace ya meses que la función del partido y del Estado es discutida», proclama horrorizado *Rinascita* del 24 de septiembre de 1966.

Las posiciones de tipo trostkista

Más complejas, y dignas de mayor consideración, son las razones de la incapacidad de comprensión por aquellos sectores de la «izquierda no oficial» que, directa o indirectamente, se vinculan con los movimientos trotskistas.

En la raíz de estas posiciones hay dos graves carencias y ambigüedades, que subsisten en estos sectores de la izquierda:

- a) **rechazar un análisis claro de la naturaleza de clase de la URSS y del proceso de evolución capitalista que se opera en tal país:** la repetición de la fórmula del «Estado obrero degenerado», el rechazo de unir a una interpretación teórica coherente una serie de constataciones y de críticas que también hacen estos grupos, son sus características más evidentes;
- b) **la correspondiente incapacidad de renunciar al mito de la «unidad del campo socialista»**, y de ver su naturaleza oportunista o abstracta (según los contenidos políticos que se den a tal unidad) en la situación actual.

Las consecuencias que se derivan son, precisamente, oportunistas o abstractas, en términos de línea política. Son oportunistas cuando, por ejemplo, tal planteamiento lleva a perpetuar una **táctica «entrista»** de trabajo en el seno de los partidos reformistas, o a recoger, con diferenciaciones ambiguas, consignas y posturas elaboradas en su seno (quizás,

por alguna corriente de «izquierda moderada»). Son abstractas cuando, por ejemplo, después de insistir en la unidad de acción del campo socialista, se pasa a precisar su contenido política de manera que —para ser fieles a algunos principios revolucionarios— resultan completamente irrealizables e inaceptables, dada la actual línea política de la URSS. El común denominador de esta acción —no sólo en el plano internacional— es, así, precisamente, **la propuesta, en el interior del movimiento obrero oficial, de líneas que en su seno son irrealizables**, reduciéndose, así, a una **agitación abstracta**.

En este cuadro, es difícil comprender correctamente el alcance de la línea china (que ahora ya ha despedazado los ambiguos esquemas de la unidad con las fuerzas reformistas) y de los problemas que crea en su seno. De este modo, por ejemplo, elementos teóricamente válidos de crítica a la burocracia y de exigencias de democracia socialista (importante patrimonio de la crítica de Trotski a la URSS) se repiten de manera puramente doctrinal: en vez de advertir el alcance enorme —en términos de democracia socialista— del intento de dar un «salto cualitativo» hacia la conciencia política de las masas y su grado de participación activa, y de haber individualizado este salto como tarea crucial en esta fase de la lucha; dicha tentativa se realizará con medios adecuados o no, se logrará o no, pero es (y se ha visto de qué modo) un problema central en la línea de los camaradas chinos.

Más en general, la ambigüedad de los criterios interpretativos, impide que estos grupos adviertan un hecho muy importante: por primera vez, después del fracaso de la izquierda bolchevique en los años 1920, **existe de nuevo un campo de la izquierda internacional con un peso real en la lucha de clases mundial**. La posibilidad de que una acción se integre autó-

nomamente en tal perspectiva, en las áreas capitalistas avanzadas, es así olvidada, y la ambigua relación con el movimiento obrero reformista permanece.

Indicaciones válidas de la línea china

19. Frente a estas posiciones, es útil recapitular —terminando esta « carta »— las enseñanzas válidas que se pueden deducir de la línea desarrollada por los comunistas chinos en estos años y hasta la actual « revolución cultural socialista ».

I) La correcta formulación teórica y la capacidad de aplicación práctica, de la función y de las tareas que la revolución socialista, en un país subdesarrollado, tiene en el cuadro de la lucha socialista internacional.

II) El análisis excepcionalmente lúcido —que se le une— de los riesgos de degeneración de un país socialista, y el máximo esfuerzo realizado hasta ahora para evitarlos concretamente.

III) La crítica correspondiente a la política interna e internacional de la URSS, y la individualización de las características « burguesas » que está asumiendo la sociedad soviética.

IV) Coherente con todo ello, el rechazo del compromiso y de ambiguas formas de unidad con la URSS, y —consecuentemente— de un trabajo político que sea prisionero de los partidos comunistas con mayoría reformista; por lo tanto, la exigencia del desarrollo internacional de nuevas formas de organización revolucionaria.

V) El haber puesto de relieve la función de las decisiones políticas frente a los problemas internos e internacionales de la acción socialista (rechazando las con-

cepciones deterministas según las que la tecnología, de la producción o de la guerra, implica inevitablemente ciertas soluciones a las que no se puede hacer más que adaptarse).

VI) El haber puesto, de modo correspondiente, en el orden del día, como exigencia esencial de esta fase de la lucha, el « salto cualitativo » en el nivel de conciencia política de las masas, y el haber concentrado el máximo esfuerzo sobre este objetivo.

De todos estos elementos es posible sacar importantes consecuencias para la acción política en los países capitalistas avanzados. El salto de cualidad en la conciencia de las masas, que es necesario en un país socialista si quiere —en el interior y en el exterior— llevar su revolución hasta el fondo, lo es igualmente en los países capitalistas avanzados para que la revolución pueda tener lugar. En uno y otro caso, el nivel de conciencia que se requiere, consiste en la capacidad de individualizar y combatir al capitalismo en todas sus formas, incluso las más avanzadas y más encubiertas; pero, si en un país subdesarrollado la revolución puede tener un éxito inicial (aunque no para consolidarse y desarrollarse ulteriormente) antes de que este nivel se haya alcanzado, en un país capitalista avanzado esto no es posible. El ejemplo de los camaradas chinos, por tanto, nos incita a encontrar métodos de trabajo adecuados a tal fin en las condiciones de capitalismo avanzado.

Para que estas enseñanzas den sus frutos, es preciso evitar algunos riesgos derivados de una eventual interpretación deformada o simplista:

I) una posición de « espera en la liberación por parte de las revoluciones de los pueblos subdesarrollados », cuando en realidad el único modo correcto de sostener estas revoluciones es el de luchar

para crear una perspectiva revolucionaria en los centros del poder imperialista ;

II) una posición que considere ya victoriosos los medios con que los chinos luchan para evitar la degeneración, y que renuncie a todo análisis crítico, reproduciendo así una relación de « Estado-guía » en vez de una relación de internacionalismo proletario en el campo internacional, que hay que contribuir a crear ;

III) una posición que afronte el problema de la organización revolucionaria de las masas con la creación artificial y prematura de « partidos », sin antes haber construido, pacientemente, las raíces y las bases en las masas ; es precisamente el relieve que los chinos han dado al problema de la conciencia política de las masas y al largo y duro trabajo que ello

implica, lo que debería indicar el método justo para proceder en esta vía.

Solidaridad con los compañeros chinos

El compromiso de utilizar autónomamente en nuestras condiciones de lucha, estas indicaciones y estos ejemplos, es el modo más serio que los militantes revolucionarios de los países capitalistas avanzados tienen para construir con los hechos una solidaridad y un vínculo político con la lucha revolucionaria del Partido Comunista chino. La difusión, el esclarecimiento y la interpretación de las posiciones chinas, la abierta afirmación de nuestra solidaridad con estas posiciones frente a los campos reformista y capitalista internacionales constituyen un aspecto de este compromiso.

Política y neocapitalismo

El hecho de escribir con pie forzado, y no sobre un tema de libre elección, tiene una clara ventaja: incita a reflexionar sobre el sentido de los conceptos impuestos, en este caso neocapitalismo y política.

Neocapitalismo...

Desde hace un quinquenio vivimos unos tiempos caracterizados, en definitiva, por una neta euforia de los capitalistas y por la consternación difusa de los socialistas y, sin entrar ahora a discernir la causa del efecto, este fenómeno se da a la vez en el terreno de los hechos y en el de la especulación teórica. En este último plano, lo primero que advertimos es la transformación, en fecha relativamente reciente de la palabra **capitalismo**. ¿Por qué **neocapitalismo**? ¿Esta transformación del término encubre otra realidad más profunda? En todo caso, puede resultar interesante formular a este respecto algunas observaciones.

El término homólogo, que debería ser «neosocialismo», no se emplea por lo que el enfrentamiento es ahora: **neocapitalismo contra socialismo**. En las contadas ocasiones en las que se habla de neosocialismo se suele introducir en la palabra un matiz despectivo, como de producto adulterado. Nadie piensa, en cambio —ya sea amigo o enemigo— que el neocapitalismo constituya un avatar inferior, sino todo lo contrario. De esta confrontación puramente «técnica» de los dos designativos sale, pues, mejor librado «neocapitalismo» con los atributos positivos de novedad y eficiencia mantenida o regenerada¹.

Toda palabra que designa una realidad específica se va enriqueciendo con adjetivos a lo largo del tiempo o en función del espacio. En la primera fase está la palabra aislada (gótico, por ejemplo), más tarde va adquiriendo calificativos (gótico francés, gótico flamígero). Viene más tarde un salto en el vacío y aparece el prefijo (neogótico). Este prefijo es la señal de que se ha cortado la continuidad del proceso.

Estas primeras consideraciones no son ociosas porque nos llevan a la gran cuestión subyacente en todo este capítulo: la continuidad, y no sólo del capitalismo sino también de la revolución que hemos vivido en este

1. En un aspecto formal —pero también importante— es, pues, algo **nuevo** contra algo **viejo**, lo cual constituye una verdadera inversión con respecto a la situación anterior. También en el plano de las expectativas el cambio ha sido radical. Recordemos cómo, hace todavía mucho tiempo, desde el tecnócrata novicio hasta el gran teórico (un Schumpeter, por ejemplo), hasta los más capitalistas consideraban ineluctable el triunfo, a más o menos largo plazo, del socialismo.

siglo. No hay más que dos posibilidades, en efecto : o el neocapitalismo es una nueva « fase superior » del capitalismo como lo era el imperialismo para Lenin o se trata de algo distinto.

Suspendamos el juicio sobre esta disyuntiva porque, ya se trate del mismo fenómeno evolucionado o de otro radicalmente nuevo, las consecuencias prácticas son las mismas. En un punto o en otro se ha roto la continuidad, sin que tal circunstancia haya sido advertida o plenamente percibida por la izquierda. No es una ruptura tajante, no es una solución, es, si se me permite la metáfora química, una ruptura por sublimación, si se me consiente el paralelo marxista, una ruptura cualitativa. El capitalismo imperialista era un capitalismo superior. El neocapitalismo es capitalismo y algo más. Y aquí se desvela con toda evidencia el talón de Aquiles correspondiente de los teóricos anticapitalistas. En la medida en la que el neocapitalismo es capitalismo, sus análisis brillantemente renovados —nadie pone en tela de juicio el esfuerzo de **aggiornamento** de la teoría frente a los nuevos desarrollos de la economía— les confirman en su fe. En la medida en lo que opera esa realidad de orden superior —que, por otra parte, tiene el dinamismo aplastante de todo lo nuevo— esos análisis ignoran el fenómeno o lo adaptan, lo embuten como mejor pueden en el corsé rígido del esquema teórico canónico que más afinidades parece presentar.

Y nos encontramos con una paradoja muy notable : la adhesión a una escuela familia teórica —por muy perfecta, por muy científica que sea— no solamente no resulta más eficaz para aprehender la realidad (en las épocas de transformación radical) sino que, por el contrario, obstaculiza, obnubila, esteriliza la capacidad de percepción.

Veamos un ejemplo, el más importante quizá. Existe hoy una realidad obrera (nivel de aspiraciones, conciencia, acometividad, etc.) que todos conocemos. En vez de contemplarla limpiamente, **como es**, es abordada al amparo de un verdadero cobertizo teórico. Los más toscos se abalanzan sobre ella decididos a que no contradiga ni la letra de unos postulados intocables. Los más sutiles, **ocultando su consternación**, ensanchan el espíritu de los textos, los metaforizan para que sigan siendo aplicables. Tosquedad o sutileza, no deja de ser una tesitura « euclídea » (contrapuesta al talante russelliano o de un Riemann, por ejemplo). Más concretamente, ¿ qué hacen los « abiertos » con los conceptos de **pauperización** y de **clase revolucionaria** enfrentados a la citada realidad de hoy ? La pauperización absoluta no les resulta ya defendible, la relativa les parece vulnerable y entonces se llega a este monumento de talmudismo : « Dado que el obrero siente ahora la apetencia de bienes de consumo duraderos con más fuerza que sus necesidades materiales básicas (alimentación, vivienda, etc.) se puede seguir hablando de pauperismo ». O bien : « Es cierto que la clase trabajadora ha perdido su antiguo vigor. Pero sigue habiendo una conciencia revolucionaria encarnada hoy en los técnicos, en los profesionales que han heredado ese papel de vanguardia ». Todo esto tiene un grave corolario práctico. Se imparte al militante una

instrucción por dos canales, nada mediatizados el uno por el otro. « Los grandes textos conservan toda su vigencia », por un lado. Por el otro, se suministran unas consignas « realistas, adaptadas a la fase actual de la lucha, flexibles », que pueden revestir la forma de un programa mínimo, una profesión de fe en el pluralismo, una alianza con el enemigo tácticamente más cercano, etc. Se crea así en el político un verdadero desdoblamiento de su personalidad militante que, cualquiera que sea su nivel de inserción en el subconsciente, no deja de ser destructor².

¿Es éste realmente el camino justo? ¿Hay razones para sentir cierta euforia?³ ¿No da todo ello una triste impresión de debilidad, de resignación, de haber pasado a la defensiva? A este propósito, quizá valga la pena hacer un breve excursus y volver a los neocapitalistas. Frente a esa mansa esclerosis, ¿cuál es su actitud en el plano teórico? Una actitud ofensiva, de superación, de adaptación. No cabe discutir el progreso del neocapitalismo con respecto al capitalismo incluso en los aspectos más formales. Del despliegue somero de su fuerza a la creación de todo un repertorio de condicionamientos —por citar un ejemplo concreto, todo lo que va del empleo de esquiroles y pistoleros a las « relaciones humanas en la fábrica »—, de un empirismo primario a la justificación teórica y, en particular, su nuevo y más exitoso aspecto: lo que pudiéramos llamar su progresismo semántico. Hoy en día, en efecto, la izquierda padece un anquilosamiento y aun un verdadero conservadurismo de vocabulario; la derecha, en cambio, puede mostrar un cuadro impresionante de hallazgos, de eficacísimas innovaciones. Pensemos en **capitalismo popular, sociedad de consumo, mundo libre, socialización, crepúsculo de las ideologías**, etc. Sí, el conjunto genérico que resumimos en la palabra neocapitalismo es algo más que capitalismo. No es, desde luego, otra cosa, situada al lado o detrás del capitalismo. Es una realidad de plano distinto, en la que el hecho capitalista está subsumido o « en suspensión », sin descomponerse ni negarse. Justamente por esto —y no es paradoja— no tiene sentido recurrir al revisionismo para salir del pozo ciego del análisis teórico actual.

2. Este desdoblamiento tiene un precedente ilustre en la historia del catolicismo. También sus militantes recibían una doble formación: por un lado se les daba el Evangelio y por otro la casuística moral, la consigna de las Bienaventuranzas y a la vez el programa mínimo del « Examen de conciencia antes de la confesión ». Y lo más notable de ambos casos es la separación estanca entre esos dos canales, que se mantenían **deliberadamente** aislados el uno del otro. Por lo que se refiere a la Iglesia, las consecuencias son de todos conocidas...

3. Existe hoy una verdadera euforia de los teóricos marxistas, por ejemplo. Nunca —se nos dice— ha rayado tan alto o ha llegado a abarcar tanto el marxismo. Pero, recurriendo al consabido paralelo, ¿no cabe sentir a la vez cierta alarma? El momento de mayor riqueza y complejidad ¿no es también aquél en el que la teoría deja de engranar directamente sobre la realidad? Las discusiones sutiles entre personas* que ahora privan ¿no recuerdan un poco la porfía entre probabilistas y probabilloristas? Y por último, ¿no debería inquietar el hecho de que ese florecimiento marxista sea, en proporción creciente, obra de filósofos y no de economistas?

* Entre personas, y no entre portavoces. ¿No apunta ya el fenómeno del divismo, característico de todas las situaciones bizantinas? (Ciertamente hace sesenta o setenta años también se trataba de polémicas entre personas pero todas ellas tenían detrás una « representación ».)

El revisionismo sigue siendo un rehusarse a advertir esa realidad distinta, un encerrarse en el mismo armazón mental. Todo afán de revisión es precisamente una afirmación de fe en el sistema. No, no hay nada que revisar. Todo sigue, en efecto, vigente. Pero, de ser una explicación omnicompreensiva, ha pasado a recubrir una sola franja o capa —por muy central o profunda que sea— de la totalidad. ¿No es ésta, por cierto, una constante general? Y no solamente en la vertiente política. ¿Ha dejado de ser cierta (aplicable) la Física anterior? ¿Invalida acaso Einstein a Newton? ¿Y «Libertad, igualdad, fraternidad» es una consigna muerta o está contenida —sin agotarla— en aquella otra de «Proletarios de todos los países, unidos»? (Y ésta a su vez ¿satisface ya las exigencias de hoy y de mañana, desde el punto de vista de la motivación y de la semántica?) En el presente momento inicial, dentro de los límites de este trabajo y por parte de su autor sería prematuro, materialmente imposible y presuntuoso intentar una formulación precisa, adecuada a la tesis anteriormente sustentada. Pero siempre se puede efectuar alguna calicata en la realidad que permita un primer desbroce de los aspectos más previos (a saber, los que se refieren precisamente a la motivación y a la semántica).

En las épocas de crisis el medio más seguro de ver claro consiste, paradójicamente, en sondear los fenómenos aberrantes. En nuestro caso, los nuevos movimientos o tendencias de juventud rebelde que nacen al margen de los canales que venían (merecidamente) arrogándose el monopolio de aglutinamiento y encauzamiento de tales energías. ¿Cuál es la razón de ser de **hippies**, **provos** y **hooligans**?⁴ A su propio estilo, confuso y gangoso, nos dan una clave valiosísima para percibir la inquietud profunda de la época venidera⁵. Estos jóvenes no se rebelan contra la pobreza o la menor disponibilidad de bienes —¡se rebelan, si acaso, contra la abundancia!—, ni siquiera contra la injusticia y por la libertad de los oprimidos y desde luego tampoco por una sociedad sin clases. Estos jóvenes se rebelan, primero, contra una organización exhaustiva de la vida que todo lo ha previsto, que interfiere en todo y por todos quiere velar⁶. Y en segundo lugar, y sobre todo, se rebela contra su impenetrabilidad⁷. La sociedad perfecta de la que son un perfecto producto no les ofrece realmente nada. Les incita simplemente a producir para el consumo, a consumir para la producción⁸, a «estar». No les invita «ser», a **participar**. En Occidente como en Oriente, en los países cristalizados por la abundancia, la inmensa mayoría padece una **privación** real en su condición humana que, por muy sutil que pudiera parecer en épocas anteriores de explotación material directa, no resulta ya tolerable. Y esta rebeldía de mañana inmediato, prefigurada hoy torpemente en los aberrantes, confluye en su raíz más profunda con la rebeldía de ayer, y aun de hoy en amplias zonas del mundo. Sobre este particular los materialistas de todo tipo han sido muy modestos en su evaluación de las motivaciones. La adhesión que suscitan las revoluciones de nuestro siglo en la fase que se solía llamar de «dictadura del proletariado» no se debe a que haya aumentado el nivel de vida —que muchas veces disminuye forzosamente— de las masas

trabajadoras sino a que éstas se sienten por fin **protagonistas**, y no tratadas como objetos (independientemente de ese trato proceda de una minoría explotadora o de un « estado del bienestar »). Y esto nos lleva ya al aspecto semántico, a propósito del cual la izquierda debe hacer el mismo esfuerzo que la derecha ha introducido en su « vocabulario ». No es que, debidamente metaforizadas y puestas al día, no sigan siendo utilizables palabras como explotación, por ejemplo⁹. Pero, por su desgaste, por las connotaciones que han ido adquiriendo y porque la realidad que recubren ha quedado desplazada por otra más abarcante, resulta conveniente y saludable adecuar el instrumento lingüístico a los hechos.

Y en un plano más general, y por todas las razones enumeradas hasta el momento y, sobre todo, porque actúa de pantalla opaca entre nosotros y la vida, ¿no procederá suspender la teoría usual¹⁰, ponerla en hibernación, al menos por un tiempo? No propongo una postura adámica, que siempre

4. Es interesante recordar que no se trata de un fenómeno local (privativo de los países capitalistas) sino general. Tan preocupantes deben ser para la Unión Soviética sus **hooligans** (y en primer término Yevtuchenco y compañía) como los **hippies** para la « Gran Sociedad » estadounidense.

5. No se trata de magnificar su importancia, como se suele hacer a veces sino de destacar su valor instrumental para detectar esa inquietud, que no cabe atribuir a los jóvenes de partido, por mucho mayor que sea la simpatía que nos inspiran.

6. Y en este aspecto manifiestan su carácter regresivo, como en su tiempo Ruskin y todos los « antimaquinistas ».

7. Y en este aspecto ponen de relieve su valor como « signo ».

8. Pero también hay que repensar « producción ». En este sentido podría orientarse quizás otra de esas calicatas. ¿Cuál es el centro de la teoría anticapitalista? Conceptos o realidades como « relaciones de producción », « medios de producción », es decir, en definitiva el esfuerzo de producción que hace el hombre desde el momento de extraer de la tierra las materias primas hasta que se llega al producto terminado. Más concretamente, el esfuerzo de producción tal como era antes de la revolución de la cibernética y de la automatización. ¿Traduce hoy esfuerzo de « producción » (o « trabajo ») lo que traducía ayer? Y sobre todo, ¿lo traducirá en un futuro próximo, al invadir más plenamente los sectores primario y secundario la automatización y la cibernética el terciario? En suma: ¿por qué no va a seguir siendo vigente o defendible « plusvalía »? Pero también: ¿abarcan lo mismo sus presupuestos « trabajo » y « producción »? ¿Y sus complementarios « ocio » y « consumo »?

Producción: se ha calculado que ya hoy bastaría el 2% de la población para producir todo lo que necesita o desea un país. « Ocio »: se va a trabajar sólo 180 de cada 365 días.

9. Conviene matizar a este respecto. No se puede poner en el mismo plano la fuerza significativa de « explotación » y la de « alienación », que tiene una validez persistente. Ni tampoco equiparar « explotación » con engendros de Baja Escolástica tales como « burguesía nacional » que no quiere decir prácticamente nada.

Hay que tener en cuenta la inercia que impulsa a seguir utilizando unas palabras cuando ya han dejado de ceñirse estrictamente a la realidad y sólo la describen metafóricamente. Recordemos las últimas líneas del **Manifiesto**: en 1848 los obreros no llevaban ya cadenas. Y hoy « explotación » dice a la vez demasiado y demasiado poco. (Aunque perduren explotaciones materiales directas y queden todavía esclavos encadenados en la Península Arábiga o en el Sahara.) Pero los nuevos desarrollos y la nueva complejidad desbordan el antiguo vocabulario. La historia del hombre es, en suma, la lucha por ampliar el número de participantes, de protagonistas, y por reducir el ámbito de la privación. (Y no basta con la Seguridad Social desde la cuna hasta la tumba si siguen subsistiendo mecenas y filántropos.)

10. No se trata por supuesto de esa elucubración de « superar el marxismo ».

es presunción: la de Noé, más bien, al desembarcar cuando, después de cuarenta días y cuarenta noches, volvió a contemplar todas las cosas con una mirada nueva, **sin haber dejado de ser él el mismo**. (O, siguiendo con la comparación bíblica, se propone un año sabático para el análisis teórico vigente.)¹¹

...y política

Ninguna táctica puede prosperar si no es la aplicación de una estrategia, y las estrategias no sustentadas en una teoría solamente tienen sentido cuando se posee la fuerza, cuando se está en el poder y no en la lucha por alcanzarlo. En la arena política mundial la bipolaridad ha cedido el paso a una superioridad **in crescendo** de los Estados Unidos. En la arena mundial el socialismo es « la oposición ». Ya hemos visto el pozo ciego en el que se debate su análisis teórico. No obstante, repasaremos —siquiera sea a título de confirmación— su estrategia y su táctica y el instrumento de su acción.

¿ Existe una estrategia socialista ? Descartemos de entrada toda referencia a la Segunda Internacional cuyos dirigentes se sentirían probablemente desconcertados si se les formulara una pregunta al respecto. El bloque soviético tenía una estrategia, la ha tenido durante largos años, indiscutible, eficaz, de gran calidad¹². Hasta hace poco tiempo la iniciativa estaba en sus manos, y toda estrategia supone en definitiva tener la iniciativa y conservarla. En el último quinquenio la situación se ha invertido radicalmente y nos tocado el dudoso privilegio de vivir una de esas crestas que no se repiten en un siglo. Pasado el punto de inflexión —que los historiadores futuros se encargarán de acotar en una fecha o en un hecho concreto—¹³, estamos ahora bajando hacia la hondonada. Hoy en día, la Unión Soviética tiene únicamente la estrategia típica del segundón mundial, y es una estrategia nacional y no ideológica¹⁴. Es la política tradicional de Francia ante la Inglaterra victoriana y, a propósito de los últimos acontecimientos, el paralelo con Fachoda no es ninguna tontería. En cuanto a la China popular, la impresionante capacidad creadora de que da muestras en el plano interior, su admirable inventiva estratégica por lo que al asentamiento nacional de su doctrina se refiere, no tiene equivalente satisfactorio en materia de política exterior. Preciso es reconocer que la única formulación estratégica válida y coherente resulta la dada a conocer últimamente con la firma de Ernesto Guevara.

No pueden sorprender después de esto los repetidos fallos tácticos de los últimos tiempos y los consiguientes triunfos del « neocapitalismo », que han culminado en la derrota árabe y en sus secuelas en las Naciones Unidas, en la insumisión rumana y en el escándalo del Partido Comunista israelí¹⁵.

Si pasamos ahora a analizar el instrumento de la acción, en este caso concreto los partidos, la reflexión se hace más acerba. La gloriosa ejecutoria de los partidos en un pasado dilatado y todavía reciente no

puede hacernos olvidar su situación actual. Precindiendo de su eficacia sindical —que constituye, por cierto, un ejemplo de competencia abusiva— su restante incidencia en la realidad es aproximadamente la misma que la de un cenáculo de intelectuales inquietos¹⁶. Bastará con que meditemos sobre este simple hecho : después de 1949, desde hace casi veinte años, los partidos no han tenido arte ni parte en los movimientos revolucionarios, o simplemente progresistas, que han logrado triunfar. En varias ocasiones, han vivido incluso de espaldas a los mismos¹⁷ o los han snobado. A este dato irrefutable pero poco observado podemos añadir otro más que, en cambio, resulta ya tópico : el desvío ante los partidos de las nuevas generaciones que, en sus elementos más vivos, propenden a crearse sus propios cauces o caen en manos de iluministas y mistagógicos.

¿Qué podemos deducir de todas estas consideraciones ? Dicho con la concisión y consiguiente excesiva simplificación que imponen los límites de este trabajo, se trata de lo siguiente : también en este plano se da una ruptura de la continuidad. La revolución del siglo XX está terminando su carrera. Vivimos las postrimerías de una etapa histórica y los prolegómenos de otra nueva. Todos los síntomas que hemos repasado someramente concuerdan en esta interpretación. Estamos viviendo **entre** dos revoluciones. Estamos viviendo una época 1831-1848¹⁸.

¿Cuáles son las características de estas fases de transición ?

En el plano teórico :

La teoría que informó el movimiento revolucionario anterior es puesta en cuarentena, recusada con desprecio y también con una saña hija de la decepción provocada por la ilusión fideista que en ella se depositó.

La rehabilitación abusiva de las ramas fallidas de la especie. (Es patético y también irritante asistir a estas resurrecciones de la Luxemburgo —« si no la hubieran matado »—, de Trotski, por supuesto —« si hubiera triunfado él en vez de Stalin »—, de Kautski ya, quizá de Bujarin en breve

11. Algún indicio de año sabático ya hay : los últimos acontecimientos chinos, quizá. Y a este respecto cabe fiar en esa cualidad singular del comandante Fidel Castro que más que intuición es un verdadero **instinto** de la historia.

12. No se da a esta descripción un contenido emocional sino técnico. Preciso es compartirla, cualquiera que sea el juicio de valor de cada uno sobre cada hecho concreto.

13. Con el simbolismo al que tan dados son, quizá escojan la muerte de Lumumba o la retirada de los cohetes de Cuba. Por mi parte, preferiría la retractación por Jruschov de su segundo ultimátum sobre Alemania (octubre de 1961).

14. Taschkent podría ser su símbolo.

15. Un partido comunista expulsa a uno de sus miembros porque éste ha atacado la política antisoviética de aquél...

16. Para evitar torcidas acusaciones, conviene recordar que la exaltación máxima de la función del partido se debe al fascismo.

17. Se puede evocar el conocido ejemplo cubano : tres meses antes de la victoria definitiva del comandante Fidel Castro, el partido comunista local iba todavía por lo del « gobierno democrático de coalición ».

18. Hasta en lo más concreto : estamos hoy sometidos a un nuevo **enrichissez-vous...**

y, para que van más allá, de Proudhon, que es el pensador recién descubierto y se empiezan a publicar trabajos encomiásticos sobre Fourier y muy pronto —como parte del repliegue al que aludimos más adelante— se propondrán como modelo los kibbutzim, los falansterios de hoy.¹⁹ La proliferación de utopismos, de los que nunca se sabe muy bien si son progresistas o reaccionarios: no es tanta la distancia que media entre los comuneros y el consumismo.

Y, sobre todo, la aparición de pensadores-precursores²⁰ (los Owen, Saint-Simon, Godwin, etc., del XIX) que intuyen la nueva revolución por venir pero a los que su tiempo no les permite todavía llegar a una formulación científica y eficaz.

En el terreno de los hechos:

Un repudio o un desentenderse de los valores revolucionarios anteriores por parte de las nuevas generaciones²¹. La consiguiente aparición de fenómenos de masa que son puristas o misticoides pero, en todo caso aberrantes (**cátaros, begardos, románticos, ayer, provos, hippies, psicodélicos**, etc., hoy).

La inhibición o el descorazonamiento generalizados: a treinta años de distancia, la pobre reacción que provoca la guerra del Vietnam no sale muy bien librada de la comparación...

El repliegue a una vida privada protegida con hábiles coartadas²² o a actividades minoritarias y « de estudio ».

Y, si todavía no han nacido, muy pronto surgirán las sociedades secretas de nuestro siglo.

Antes de terminar quisiera añadir dos matizaciones para invalidar la posible acusación de pesimismo histórico. La primera es que, cuando se anuncia el final de un ciclo revolucionario, no se niega su vigencia. Hay siempre una diferenciación geoeconómica a este respecto. La revolución del siglo XX sigue siendo vigente, la más vigente, la más eficaz en amplias zonas del mundo, del mismo modo que en el momento de la universalidad máxima de aquélla seguía siendo aplicable en puntos concretos la del siglo XIX. Hay países que llevan un retraso de 1 revolución, otros de 2, y para la Arabia Saudita el Renacimiento constituiría un hecho revolucionario y el régimen esclavista de la Grecia clásica un verdadero progreso para las poblaciones prehistóricas de Nueva Guinea.

La segunda reflexión es que, en la lucha política mundial, las revoluciones no pierden nunca la partida. Aun de aquellas que son rápidamente colonizadas por sus adversarios, como le ocurrió a la del siglo XIX, se puede decir lo que de Grecia, sojuzgada por Roma: vencidas, conquistan a sus vencedores. Mientras agonizan, fecundan el terreno en el que nacerán sus sucesoras inmediatas. En una palabra, si bien afirmamos la ruptura de la continuidad por razones tácticas, en el plano estratégico la revolución es una realidad continua²³. Todo lo demás es negar la historia.

¿Qué podemos hacer, pues?

Como se acaba de decir, vivimos la hora de Blanqui y de Proudhon y ni

Marx redivivo acertaría ahora mismo con la formulación exacta. En el plano de la elaboración teórica yo propongo, por tanto, un proceder eseno —o, si se quiere, babouvista—, un «preparar los caminos». Y, por supuesto, las citadas vacaciones sabáticas de la especulación según la línea habitual. Como requisito para aspirar a aprehender la realidad de hoy y de mañana empezar por la mirada «puesta a cero»²⁴. Esta nueva mirada dará sus frutos en la acción práctica, que debe mantenerse con mayor rigor y entrega aún si cabe. Si lúcido, dos veces activo.

Verano de 1967

19. Algo ya empieza a esbozarse, con las colonias agrícolas de los hippies. Y es otro ejemplo más de ese parecido casi literal con la fase citada del siglo XIX: las fundaciones de Owen en los Estados Unidos, Oneida, etc.

20. Que son muchas veces meros utopistas.

21. O, como alternativa, el afán de superar la «traición» de los partidos volviendo a las fuentes. Y así, después de fracasar con la creación de un Nuevo Partido Comunista Marxista Leninista Auténtico (porque surgen de golpe cinco) se escarba en la historia con pasión de arqueólogo y se exhuma «Liga de los Comunistas» como nombre para la nueva formación.

22. Lectura de Althusser o de Marcuse, cotizaciones de apoyo, lámpara de minero colgada en el bello salón y después de la cena cantos revolucionarios.

23. Esto hay que destacarlo con fuerza. Porque hoy está en boga, especialmente en labios de exrevolucionarios desencantados o impacientes, cierta afirmación que se profiere con tono de superioridad y cientifismo: «La revolución ha dejado de ser posible... que es como decir «se ha acabado la era de los descubrimientos en física o en biología».

24. Esto no es para rasgarse las vestiduras, y menos que nadie los marxistas porque tal fue precisamente la actitud de Marx. En otras palabras, y recurriendo una vez más al paralelo de siempre, tomistas son hoy con igual derecho el Padre Ramírez y Jacques Maritain. Se trata de elegir.

Desde que se escribieron estas líneas ha pasado casi un año y han surgido movimientos estudiantiles que —en Italia y en Alemania, sobre todo— han sacudido la calma aparente de nuestras sociedades «opulentas y sin problemas». Ante estos hechos recientes ¿procederá modificar lo que aquí se dice al hablar de la juventud? ¿Ha desaparecido la realidad hippie fundiéndose en los «europeo-guevarismos»? Todavía es pronto para dar una respuesta concluyente. Pero, aunque tal respuesta fuera afirmativa ¿no seguiría siendo el hippismo el dato nuevo y la prefigura del futuro? Quiero decir: ¿esos movimientos estudiantiles son realmente el prefacio de la revolución próxima o meramente la última manifestación de la revolución que termina? En un sentido, anuncian sin duda el porvenir por cuanto: a) contribuyen a devolver cierta esperanza a los escépticos para los que «la revolución había dejado de ser posible en Europa»; y b) confirman definitivamente la no vigencia de los partidos como encuadramiento y como instrumento (básico). Pero fundamentalmente son —en mi opinión— la postrer secuela de la historia anterior. Fundamentalmente, tienen una componente de senectud: el hecho de limitarse a copiar, a invocar los triunfos ajenos, a

asumir mágicamente la virtud del héroe lejano esperando con ello asumir también su eficacia y su victoria. En otras palabras: son un momento de transición, un «puente» (estimabilísimo, por cierto, y positivo). Cabría recordar quizá el fenómeno homólogo del siglo XIX: en la acción práctica, la agitación a-ideológica contra la Santa Alianza; en la tesitura personal, ... en la tesitura personal, ¿quién no se ha sentido tentado de recurrir al adjetivo romántico para designarles? (Los síntomas que podrían aducirse son muchos: el afán de singularizarse de los demás y de uniformizarse entre sí —el traje que es casi un uniforme—, la exaltación del Inmolado, del Héroe muerto sin triunfo, más que del Héroe eficaz que está venciendo, la obsesión de la pureza —el voto en blanco—, la manía sincretista —esos carteles «Jesús-King-Duschke» o incluso «Lumumba-Kennedy-Duschke»— y muy pronto quizá, como su complemento en arte y en literatura, un Nuevo Sentimentalismo que barrera ese fugaz neoclasicismo que ha sido le Nouveau Roman y enterrará del todo el intelectualismo en pintura.

(Abril de 1968)

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENNAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas

36 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

184 páginas

21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

en prensa

5 rue Aubriot Paris 4

Ayuntamiento de Madrid

León

1789

La histor
comparar
Francesa.
simple re
trancurr
Ya en e
respecto
Revoluc
por su fe
pronto;
esfuerzo
arreglar
pasado
poderosa
contra
evolució
de esta
El prime
energía
tremendi
por com
segundo
la histor
posibilid
ta, el g
victoria
mediant
ásperos
de sus
lidad di
su anta
experier
avanzad
que él
ciones,
roso.
O una
prepará
dividido
lucha, l
mejor p
para la
suficien
luego, i
teóricar
Lo peo
medio;
En el p

1789-1848-1905. Revolución y proletariado*

1789-1848-1905

La historia no se repite. Por mucho que se quiera comparar la revolución rusa con la Gran Revolución Francesa, no por eso se convierte la primera en una simple repetición de la segunda. El siglo XIX no ha transcurrido en vano.

Ya en el año 1848 presenta una gran diferencia respecto al año 1789. En comparación con la Gran Revolución, la prusiana o la austriaca sorprendieron por su falta de brío. Por un lado llegaron demasiado pronto; por otro, demasiado tarde. El gigantesco esfuerzo que necesita la sociedad burguesa para arreglar cuentas radicalmente con los señores del pasado sólo puede ser conseguido, bien mediante la poderosa **unidad de la nación entera** que se subleva contra el despotismo feudal, bien mediante una **evolución acelerada de la lucha de clases** dentro de esta nación en vías de emancipación.

El primer caso se dio entre 1789 y 1793; toda la energía nacional que se había ido acumulando en la tremenda resistencia contra el viejo orden, se volcó por completo en la lucha contra la reacción. En el segundo caso, que hasta ahora no se ha dado en la historia y que consideramos solamente como una posibilidad, se produce, dentro de la nación burguesa, el grado de energía necesario para conseguir la victoria sobre las fuerzas oscuras del pasado, mediante una «desdibujada» **lucha de clases**. Los ásperos conflictos internos que consumen gran parte de sus energías y privan a la burguesía de la posibilidad de desempeñar el papel principal, empujan a su antagonista hacia delante, le dan en un mes la experiencia de décadas, le colocan en el frente más avanzado y le entregan las riendas tendidas, ocasión que él aprovecha para, decididamente y sin vacilaciones, dar a los acontecimientos un ímpetu poderoso.

O una nación que se contrae toda ella como un león preparándose para el salto; o una nación que se ha dividido definitivamente, durante el proceso de la lucha, para dejar en libertad de movimientos a su mejor parte en orden a la realización de la tarea para la cual el todo entero ya no tiene fuerzas suficientes. Estos son dos tipos opuestos que, desde luego, se pueden contraponer en su forma pura sólo teóricamente.

Lo peor es, como en tantos otros casos, un término medio; en este término medio se dio el año 1848. En el periodo heroico de la historia francesa vemos

delante de nosotros una burguesía ilustrada y activa que aún no había descubierto sus propias contradicciones. La historia le había confiado la tarea del mando, en la lucha por el nuevo orden, no sólo en contra de las instituciones anticuadas de Francia sino también en contra de las fuerzas reaccionarias de toda Europa. Como consecuencia la burguesía en todas sus diversas fracciones, se siente conductora de la nación, compromete a las masas en la lucha, les transmite consignas y les señala la táctica de la lucha. La democracia unificó la nación bajo una ideología política. El pueblo —pequeños burgueses, campesinos y obreros— elegían burgueses como diputados y las tareas encargadas a ellos por las masas, estaban escritas en el lenguaje de una burguesía que era consciente de su papel mesiánico. Aunque también durante la revolución misma se destacan claramente antagonismos de clase, el ímpetu, una vez conseguido, de la **lucha revolucionaria** elimina política y consecuentemente los elementos burocráticos de la burguesía. Ninguna capa social es relevada sin haber transmitido antes su energía a las que le suceden. Así, la nación como un todo continúa la lucha por sus objetivos con medios cada vez más potentes y decididos. Cuando la crema de la burguesía adinerada se separa del núcleo del movimiento nacional puesto en marcha y se alía con Luis XVI, vuelven las reivindicaciones de la nación, que a la sazón están ya dirigidas **contra** esta burguesía, hacia el sufragio universal y hacia la república como formas lógicas e inevitables de la democracia.

La Gran Revolución Francesa es, en efecto, una revolución nacional. Incluso más: aquí se manifiesta en su forma clásica la **lucha mundial del orden social burgués** por el dominio, el poder y la victoria indivisa dentro del marco nacional.

Jacobinismo es hoy una injuria en boca de los sabelotodo liberales. El odio burgués contra la revolución, contra las masas, contra la violencia y contra la historia que se hace en la calle, se ha concentrado en un grito de indignación y de angustia: ¡**Jacobinismo**! Nosotros, el ejército mundial del comunismo, históricamente hemos ya arreglado cuentas hace tiempo con el jacobinismo. Todo el movimiento proletario internacional de la actualidad ha nacido y se ha fortalecido en disputa con las tradiciones del jacobinismo. Lo hemos sometido a

* Del libro de León D. Trotski: 1905, de inmediata publicación por Ediciones Ruedo Ibérico.

una crítica teórica, hemos mostrado su estrechez, hemos desenmascarado su contradicción social, su utopismo, su fraseología y hemos roto con sus tradiciones que, durante décadas, pasaban por herencia sagrada de la revolución.

Pero defendemos el jacobinismo contra los ataques, las calumnias y los ultrajes inspidos de que le hace objeto el liberalismo flemático y exangüe. La burguesía ha traicionado ignominiosamente todas las tradiciones de su juventud histórica, sus mercenarios actuales profanan las tumbas de sus antepasados y calumnian los vestigios de sus ideales. El proletariado defiende el honor del pasado revolucionario de la burguesía. El proletariado que, en la práctica, ha roto tan radicalmente con las tradiciones revolucionarias de la burguesía, las protege, como herencia de grandes pasiones, de heroísmo e iniciativa y su corazón late lleno de simpatía hacia los hechos y las palabras de la Convención jacobina.

¿Qué es lo que dio al liberalismo su fuerza atractiva que no fuesen las tradiciones de la Gran Revolución Francesa? ¿En qué otro periodo se elevó la democracia burguesa a tal altura, encendió una llama tal en el corazón del pueblo como lo logró la democracia jacobina, « sans culotte » y terrorista de Robespierre en el año 1793?

¿No era el jacobinismo el que posibilitaba y posibilita todavía al radicalismo burgués francés de los diversos matices a mantener en proscripción hasta hoy en día a una inmensa parte del pueblo, incluso del proletariado —y eso en una época en que el radicalismo burgués en Austria y Alemania nutrió su corta historia de actos inútiles y ridículos?

¿No era la fuerza atractiva del jacobinismo, su ideología política abstracta, su culto por la República Sagrada y sus declamaciones solemnes, de lo que se nutren todavía hoy los radicales y radical-socialistas franceses como Clemenceau, Millerand, Briand, Bourgeois y todos esos políticos, más incapaces todavía de conservar las esencias de la sociedad burguesa que los *junker* de Guillermo II, estúpidos por la gracia de Dios; *junker* a los cuales envidian tan desesperadamente las democracias burguesas de otros países mientras, simultáneamente, denigran la razón y la fuente de su posición política privilegiada —el jacobinismo heroico— con calumnias? Incluso después de haber defraudado muchas esperanzas siguió viviendo como tradición en la conciencia del pueblo; el proletariado habló aún durante mucho tiempo de su futuro en el lenguaje del pasado. En el año 1840, casi medio siglo después del gobierno del « partido de la montaña », ocho años antes de los días de junio de 1848, Heine visitó varios talleres en el suburbio Saint-Marceau y pudo ver lo que leían los obreros, « la parte más fuerte de la clase baja ». « Allí encontré —así informó a un periódico alemán— varias ediciones nuevas de los discursos del viejo Robespierre, también de los

panfletos de Marat por entregas, la historia de la revolución de Cabet, la libélula venenosa de Cormenin, *La doctrina y la conspiración de Babeuf*, Buonarroti —todos ellos escritos que oían como a sangre; [...] Como fruto de esta siembra —profetizó el poeta— amenaza irrumpir, más tarde o más temprano, desde la tierra francesa la república. »¹ En el año 1848, la burguesía era ya incapaz de jugar un papel comparable. No era lo suficientemente dispuesta ni audaz como para asumir la responsabilidad de la eliminación revolucionaria del orden social que se oponía a su dominación. Entretanto, hemos podido llegar a conocer el porqué. Su tarea consistía —más bien de eso se daba ella cuenta claramente— en incluir en el viejo sistema garantías que eran necesarias, no para su dominación política, sino simplemente para un reparto del poder con las fuerzas del pasado. La burguesía había extraído algunas lecciones de la experiencia de la burguesía francesa: estaba corrompida por su traición y amedrentada por sus fracasos. No solamente se guardaba de empujar a las masas al asalto contra el viejo orden sino que buscaba un apoyo en el viejo orden con tal de rechazar las masas que le empujaban hacia adelante.

La burguesía francesa supo hacer grande su revolución. Su conciencia era al mismo tiempo la conciencia de la sociedad entera y nada podía convertirse en institución duradera sin haber sido reconocido antes por esta conciencia como un objetivo suyo, como una tarea suya de carácter político. A menudo adoptó una actitud teatral para esconder ante sí misma la estrechez de su propio mundo burgués; pero ella seguía adelante sin embargo.

La burguesía alemana, en cambio, desde el principio en vez de « hacer » la revolución, se separaba de ella. Su conciencia se rebeló contra las condiciones objetivas de su propia dominación. No se podía llegar a la revolución con ella sino contra ella. En su pensamiento, las instituciones democráticas se presentaban no como un objetivo de su lucha, sino como el peligro para su bienestar.

En el año 1848 se necesitaba de una clase que hubiese sido capaz de tomar en sus manos los acontecimientos prescindiendo de la burguesía e incluso en contradicción con ella, una clase que hubiera estado dispuesta no sólo a empujar a la burguesía hacia adelante con toda su fuerza, sino también a quitar de en medio, en el momento decisivo, su cadáver político.

Ni la pequeña burguesía ni el campesinado eran capaces de hacerlo.

La pequeña burguesía urbana era no sólo hostil al ayer sino también al mañana. Estaba todavía enca-

1. « Lutetia », *Berichte über Politik, Kunst und Volksleben*, Brief vom 30. April 1840, en: H. Heine, *Werke und Briefe*, Berlín 1962, tomo 6, p. 268.]

misada en las circunstancias medievales —pero se veía ya impotente para mantenerse frente a la industria «libre»; todavía configuraba los rasgos de las ciudades— pero ya cedía su influencia en favor de la gran burguesía y de la mediana; ahogada en sus prejuicios, aturdida por el alboroto de los acontecimientos, explotada y explotando ella misma, ávida y desesperada en su codicia, la pequeña burguesía atrasada no podía estar en la cabeza de los acontecimientos mundiales.

Al **campesinado** le faltaba, en una medida aún mayor, una iniciativa política independiente. Desde hacía siglos avasallado, empobrecido y furioso, viendo siempre la encrucijada tanto de la vieja explotación como de la nueva, el campesinado representaba, en un momento determinado, una fuente rica en caótica fuerza revolucionaria. Pero desunido, dispersado, rechazado de las ciudades, los centros nerviosos de la política y de la cultura, apático, limitado en su horizonte a lo que le rodeaba de inmediato e indiferente frente a todo pensamiento urbano, el campesinado no podía tomar importancia como fuerza dirigente. A partir del momento en que le liberaban de la carga de las obligaciones feudales, el campesinado volvía a su inmovilidad y pagaba a la ciudad, quien había luchado por sus derechos, con extrema ingratitud: los campesinos liberados se convirtieron en fanáticos del «orden».

La «**intelligentsia**» democrática, sin un poder de clase, colgaba pronto, como una especie de retaguardia política, a remolque de su hermana mayor, la burguesía liberal; luego, en momentos críticos, se separaba de ella para únicamente dar pruebas de su propia impotencia. Se enredaba en contradicciones insolubles y llevaba consigo esta confusión por todas partes.

El **proletariado** era demasiado débil, se encontraba sin organización, sin experiencia y sin conocimientos. El desarrollo capitalista había progresado lo suficiente como para hacer necesaria la abolición de las viejas condiciones feudales pero no tan suficientemente como para permitir destacarse a la clase obrera —el producto de las nuevas condiciones de producción— como una fuerza política decisiva. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía se había desarrollado demasiado en el marco nacional de Alemania como para que aún le fuera posible a la burguesía figurar intrépidamente con el papel de protagonista nacional; pero no se había desarrollado tanto como para que el proletariado pudiese hacerse cargo él mismo de este papel. Aunque los roces internos de la revolución preparaban al proletariado para la independencia política, también debilitaban, al mismo tiempo, la energía y la unidad de la acción, hacían desfilarse infructuosamente las fuerzas y obligaban a la revolución, después de los primeros éxitos, a

marcar el paso sin moverse del sitio para emprender luego la retirada bajo los golpes de la reacción.

Austria ha sido un ejemplo especialmente claro y trágico de esta inexperiencia y del error que supone no llevar las condiciones políticas a sus últimas consecuencias durante un periodo revolucionario.

El **proletariado** de Viena mostró en 1848 un heroísmo asombroso y una energía inagotable. Una y otra vez se metía de lleno en la lucha empujado por un ronco instinto de clase, sin tener una idea general sobre los objetivos de la misma; saltaba de una consigna a la otra. La dirección del proletariado pasó —asombrosamente— al **estudiantado**, el único **grupo democrático** activo que tenía, gracias a su actividad, una gran influencia sobre las masas y, por consecuencia, también sobre los acontecimientos. Los estudiantes podían, sin duda, luchar valientemente en las barricadas y fraternizar honrosamente con los obreros, pero eran incapaces de señalar la dirección de la revolución, posibilidad que la «dictadura» de la calle había colocado entre sus manos.

El proletariado, desunido, sin experiencia política y sin dirección política independiente, seguía a los estudiantes. En cada momento crítico los obreros ofrecían firmemente a los «señores que trabajan con la cabeza» la ayuda de los «que trabajan con las manos». Ora convocaron los estudiantes a los obreros, ora les cerraron el camino al centro de la ciudad. Otras veces, en virtud de la autoridad política de que se revestía la «legión académica», les prohibían plantear reivindicaciones independientes propias. He aquí la forma clásica de la benévola dictadura revolucionaria sobre el proletariado.

La consecuencia de todo ello fueron los acontecimientos siguientes. Cuando el 26 de mayo todos los obreros vieneses siguieron el llamamiento de los estudiantes y se lanzaron a la acción para impedir que desarmaran a la «legión académica», cuando la población de la capital, levantando barricadas por todas partes, se demostró asombrosamente potente y se apoderó de toda la ciudad, cuando la Viena armada tenía a Austria como respaldo, cuando la monarquía, que se dio a fuga, había perdido todo significado, cuando, a causa de la presión popular, también las últimas tropas fueron mandadas a retirarse de la capital, cuando el poder gubernamental de Austria era un objeto sin dueño, entonces no hubo ninguna fuerza política para hacerse con el timón.

La **burguesía liberal**, conscientemente, no quería encargarse de un poder que había sido tomado de manera tan rapaz; soñaba únicamente con el regreso del emperador, que se había retirado de la huérfana Viena al Tirol.

Los **obreros** eran suficientemente valientes para destruir a la reacción pero no lo bastante organizados y conscientes como para tomar posesión de la herencia de la misma. Existía un movimiento obrero

potente pero no había todavía ninguna verdadera lucha de clase desarrollada en la que el proletariado hubiese podido precisar sus fines políticos. El proletariado, incapaz de tomar el timón por sí mismo, tampoco podía inducir a la democracia burguesa para que realizara este gran acto histórico, ya que la burguesía —como ya tantas otras veces— se escondía en el momento decisivo. Para obligar a este cobarde a cumplir con sus deberes, el proletariado hubiera necesitado, en todo caso, de la misma fuerza y madurez que para la organización de un propio gobierno obrero provisional.

En resumidas cuentas, una situación que un contemporáneo caracterizó muy acertadamente con las palabras siguientes: «En efecto, en Viena se ha edificado la república pero desgraciadamente nadie se ha dado cuenta de ello»... La república, de la que nadie se había enterado, desapareció para mucho tiempo y dejó el camino libre a los Habsburgos... Una ocasión, una vez que se ha desaprovechado no vuelve por segunda vez.

De las experiencias de las revoluciones húngara y alemana, Lassalle sacó la conclusión de que, de allí en adelante, la revolución solamente se podía apoyar en la lucha de clase del proletariado.

Lassalle escribe a Marx en su carta del 24 de octubre de 1849: «Hungria tuvo la oportunidad, más que ningún otro país, de culminar felizmente la lucha. Entre otras causas, porque allí los partidos todavía no habían llegado a una separación y a un aislamiento tan radicales, al fuerte contraste que se da en Europa occidental, y porque allí la revolución aún se encubría bajo la forma de una lucha nacional por la independencia. A pesar de eso, Hungria sucumbió y ello precisamente debido a la traición del partido nacional.»

«Por lo tanto —continúa Lassalle en relación con la historia de Alemania durante los años 1848 y 1849— esto me ha servido de lección definitiva en el sentido de considerar que en Europa ya no puede terminar bien ningún combate que no sea de antemano una pronunciada lucha puramente socialista; que ya no podrá terminar bien ninguna lucha que implique las cuestiones sociales sólo como un elemento obscuro, como un fondo, presentándose por fuera bajo forma de una insurrección nacional o de un republicanismo burgués.»²

No vamos a detenernos en la crítica de estas decisivas conclusiones finales. En todo caso son indudablemente correctas en el sentido de que, ya a mediados del siglo XIX, no se podía resolver la tarea nacional de la emancipación por la presión homogénea y unánime de la nación entera. Sólo la táctica independiente del proletariado, quien sacase las fuerzas para luchar de su situación de clase y solamente de ella, podía garantizar la victoria de la revolución.

La clase obrera rusa del año 1906 no se parece en

absoluto a la clase obrera de Viena de 1848. Y la mejor prueba de ello es la experiencia de los soviets de diputados obreros. Aquí no se trata de organizaciones de conspiradores minuciosamente preparadas, que en un momento de exaltación se hacen con el poder sobre la masa del proletariado. No, aquí se trata de órganos creados metódicamente por esta misma masa en orden a la coordinación de su lucha revolucionaria. Y estos soviets, elegidos por las masas y responsables ante ellas, estas organizaciones incondicionalmente democráticas practican una política de clase decisiva en el sentido del socialismo revolucionario.

Las particularidades sociales de la revolución rusa aparecen especialmente claras en la cuestión de la entrega de armas al pueblo. Una milicia (guardia nacional) fue la primera consigna y la primera adquisición de todas las revoluciones —1789 y 1848— en París, en todos los Estados de Italia, en Viena y en Berlín. En el año 1848, la guardia nacional (es decir, la entrega de armas a los propietarios y a los «intelectuales») fue una consigna de toda la oposición burguesa, incluso de la más moderada, pero su objetivo no era únicamente el de proteger las libertades ganadas o meramente «concedidas» contra los intentos de subversión desde arriba sino también la de preservar la propiedad burguesa de los abusos del proletariado. La demanda de una milicia era, por tanto, una clara exigencia clasista de la burguesía. «Los italianos sabían muy bien —comentó el historiador inglés liberal del acuerdo italiano— que el armamento de la milicia civil haría imposible una subsistencia del despotismo. Además era una garantía para las clases poseedoras contra una posible anarquía y contra cualquier clase de agitación popular.»³ Y la reacción dominante, que en los centros importantes no disponía del poder militar suficiente para poder combatir la «anarquía», es decir, las masas revolucionarias, armaba a la burguesía. El absolutismo permitió, por de pronto, a los burgueses oprimir y pacificar a los obreros. para luego él desarmar y pacificar a los burgueses mismos.

En Rusia, la reivindicación de las milicias no tiene ni el más mínimo apoyo de los partidos burgueses. En el fondo los liberales no pueden menos de comprender su importancia: en este sentido, el absolutismo les ha servido claramente de lección. Pero también se dan cuenta de que es absolutamente imposible componer una milicia sin o contra el proletariado. Los obreros rusos se parecen poco a los obreros de 1848 que llenaron de piedras sus bolsillos y enarbolaban garrotes mientras que los

2. [Cf. Ferdinand Lassalle, *Nachgelassene Briefe und Schriften*, tomo 3, ed. G. Mayer, Stuttgart-Berlin 1922, p. 14.]

3. Bol'ton King, *Istorija ob-edinenija Italii*, Moscú, tomo 1, p. 220.

Y la
a los
ta de
mente
in se
riado
mente
ón de
gidos
orge-
practi-
lo del

rusa
de la
uardia
adquir-
en
y en
decir,
a los
oposi-
ro su
r las
idas»
i sino
sa de
a una
asista
uerdo
haría
demás
contra
e de
, que
poder
guía»,
a la
ronto.
reros.
ueses

tiene
ueses.
com-
bsolu-
Pero
mente
el pro-
a los
s bol-
e los

Schri-
] omo L

74

traficantes, los estudiantes y los abogados llevaban al hombro mosquetes reales y ceñían espadas. Armar la revolución significa en Rusia antes que nada armar a los obreros. Como los liberales lo sabían y lo temían, preferían desistir de crear las milicias. Sin combate, pues, abandonaron estas posiciones al absolutismo igual que el burgués Thiers abandonó París y Francia a Bismarck con el único objeto de no tener que armar a los obreros.

En la colección de artículos **El Estado constitucional**, el manifiesto de la coalición liberaldemócrata, Dzivelegov dice con mucha razón al discutir la posibilidad de un golpe de Estado que «la sociedad misma tiene que demostrar, en el momento decisivo, su disposición a sublevarse para proteger su constitución». Pero como de ahí resulta por sí mismo la exigencia de armar el pueblo, el filósofo liberal

Revolución y proletariado

La revolución es una prueba de fuerza abierta entre las fuerzas sociales en lucha por el poder.

El Estado no tiene fin en sí mismo. Es simplemente un instrumento de trabajo en las manos de la fuerza social dominante. Como cualquier instrumento tiene sus mecanismos motrices, de transmisión y de ejecución. La fuerza motriz es el interés de clase, cuyo mecanismo consiste en la agitación, la prensa, la propaganda de Iglesia, de escuela, de partido; la manifestación callejera, la petición y la sublevación.

El mecanismo de transmisión es la organización legislativa de los intereses de casta, dinastía, capa o clase, bajo el signo de la voluntad divina (absolutismo) o nacional (parlamentarismo). El mecanismo ejecutor finalmente es la Administración, con la policía, los tribunales, las cárceles y el ejército.

El Estado no tiene fin en sí mismo sino que es el más perfecto medio de organización, desorganización y reorganización de las relaciones sociales. Según en qué manos se encuentre, puede ser la palanca para una revolución profunda o el instrumento de una paralización organizada.

Cualquier partido político que merezca ese nombre trabaja para conquistar el poder gubernamental a fin de poner el Estado al servicio de la clase cuyos intereses representa. La socialdemocracia, como partido del proletariado, aspira naturalmente a la dominación política de la clase obrera.

El proletariado crece y se fortalece con el crecimiento del capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es equivalente al desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder ha de pasar a manos de la clase obrera no dependen directamente de la situación de las fuerzas productivas sino de las condiciones de la lucha de clases, de la situación

cree «necesario añadir» que para la defensa contra los golpes de Estado «no es necesario en absoluto que todo el mundo tenga preparadas las armas.»⁴ Lo único necesario es que la sociedad misma esté dispuesta a resistir. Sigue siendo desconocido por qué camino debe hacerlo. Si algo resulta claro de estas evasivas es que, en el corazón de nuestros demócratas, el miedo a la soldadesca de la autocracia ha sido vencido por el miedo al proletariado en armas.

Así la tarea de armar a la revolución recae con todo su peso sobre el proletariado. Y la milicia civil, la reivindicación clasista de la burguesía de 1848, se presenta en Rusia desde el principio como una exigencia de armar al pueblo y sobre todo al proletariado. Con esta cuestión se pone el descubierto todo el destino de la revolución rusa.

internacional y, finalmente, de una serie de elementos subjetivos: tradición, iniciativa, disposición para el combate...

Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista avanzado. En 1871, se hizo cargo conscientemente de la dirección de los asuntos públicos en el París pequeño burgués aunque sólo por un periodo de dos meses; pero ni por una sola hora tomó el poder en los grandes centros capitalistas de Inglaterra o de los Estados Unidos. La idea que la dictadura proletaria depende de alguna forma automáticamente de las fuerzas y medios técnicos de un país es un prejuicio de un materialismo «económico» simplificado hasta el extremo. Un tal concepto no tiene nada en común con el marxismo. En nuestra opinión la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución así **tiene que ser**) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio político.

En el periódico americano **The Tribune** escribió Marx, resumiendo los resultados de la revolución y de la contrarrevolución de 1848-1849: «La clase obrera alemana está, en comparación con la inglesa o la francesa, tan atrasada en su evolución social política como la burguesía alemana en comparación con la burguesía de esos otros países. **De tal amo, tal siervo.** El desarrollo de las condiciones necesarias para la existencia de un proletariado numeroso, fuerte, concentrado e inteligente va mano a mano

4. «Konstitutionnoe gosudarstvo», sbornik statej [El Estado Constitucional] 1ª edición, p. 49.

con el desarrollo de las condiciones necesarias a la existencia de una burguesía numerosa, acomodada, concentrada y poderosa. El movimiento obrero mismo *nunca* es independiente, nunca comporta exclusivamente un carácter político hasta que todas las diferentes partes de la burguesía, sobre todo su parte más progresista, los grandes propietarios de fábricas, no han conquistado el poder político y no han transformado el Estado según sus necesidades. Entonces ha llegado el momento en que el conflicto inevitable entre los señores de las fábricas y los obreros asalariados se aproxima amenazante y ya no puede ser aplazado por más tiempo.⁵ El lector conoce probablemente esta cita ya que, en los últimos tiempos, los marxistas librecos han abusado de ella frecuentemente. Ellos la han puesto de relieve como argumento irrefutable contra la idea del gobierno obrero en Rusia. «De tal amo, tal siervo». Si la burguesía rusa no es lo suficientemente fuerte como para encargarse de la autoridad pública, entonces menos aún se puede hablar de una democracia obrera, es decir del dominio político del proletariado.

El marxismo es sobre todo un método de análisis —no del análisis de textos sino del de las relaciones sociales—. ¿Es justo, en Rusia, que la debilidad del liberalismo capitalista signifique a todo trance la debilidad del movimiento obrero? ¿Es justo, en Rusia, que un movimiento proletario independiente no sea posible antes de que la burguesía haya conquistado la autoridad pública? Basta con plantear estas preguntas para reconocer el desesperado formalismo de pensamiento contenido en el intento de convertir un comentario histórico-relativo de Marx en un teorema secular.

El desarrollo de la industria fabril en Rusia tuvo, en los periodos de prosperidad industrial, un carácter «americano»; pero las dimensiones efectivas de nuestra industria capitalista parecen enanas en comparación con la industria de los Estados Unidos. Cinco millones de personas —el 16,6 % de la población trabajadora— están ocupadas en la industria transformadora de Rusia; el número correspondiente en los Estados Unidos es de seis millones, el 22,2 %. Estas cifras expresan todavía poco comparativamente; sin embargo dan una idea clara si tenemos presente que la población rusa es casi el doble de la americana. Pero a fin de poder figurarse las auténticas dimensiones de la industria en estos dos países hay que señalar que, en América en el año 1900, los talleres, fábricas y grandes empresas artesanales vendían mercancías por un valor de 25 000 millones de rublos, mientras que Rusia, en la misma época, producía en sus fábricas y empresas mercancías por un valor de menos de 2 500 millones de rublos⁶.

El número de proletarios industriales, su grado de concentración, su nivel cultural y su importancia

política dependen, sin duda, del grado de desarrollo de la industria capitalista. Pero esta dependencia no es directa; entre las fuerzas productivas de un país y las fuerzas políticas de sus clases se interponen, en cada momento, diferentes factores sociales y políticos de carácter nacional e internacional que pueden llevar la configuración política correspondiente a unas condiciones económicas en otra dirección e incluso cambiarla por completo. Aunque las fuerzas productivas de la industria en los Estados Unidos son diez veces más grandes que las nuestras, el papel político del proletariado ruso, su influencia en la política internacional, en la política de nuestro país y la posibilidad de tener influencia en la política internacional en un futuro próximo es incomparablemente mayor que el papel y la importancia del proletariado americano.

Kautski, en su trabajo sobre el proletariado americano, recientemente editado, señala que no hay ninguna analogía directa e inmediata entre las fuerzas políticas del proletariado y la burguesía, por un lado, y el grado de desarrollo capitalista, por el otro. «Son sobre todo dos Estados —dice— que se contraponen como dos extremos y de los cuales cada uno contempla el efecto desproporcionadamente fuerte (es decir mayor de lo que corresponde al nivel de su desarrollo) que produce cada uno de estos dos elementos del modo de producción capitalista: **América la clase de los capitalistas, Rusia la de los proletarios.** En América, más que en ningún otro lugar, se puede hablar de la dictadura del capital. El proletariado en lucha, en cambio, no ha obtenido, por ningún concepto, la importancia que en Rusia; y esta importancia tendrá que aumentar, y lo hará, ya que este país tan sólo acaba de comenzar a contemplar luchas de clases y de concederles, en cierto modo, un cierto margen de libertad para su libre desenvolvimiento.» Después de la mención de que Alemania puede estudiar, en cierta medida, su futuro en Rusia, Kautski continúa: «La verdad es que constituye un fenómeno peculiar el que sea precisamente el proletariado ruso quien deba indicarnos nuestro futuro, no en lo que toca a la organización del capital sino en lo que toca a la rebelión de la clase obrera; pues Rusia es el Estado más atrasado entre los grandes Estados del mundo capitalista. Eso parece estar en contradicción con la concepción materialista de la historia, según la cual el desarrollo económico forma la base del político. Sin embargo está solamente en contradicción con aquella especie de concepción materialista de la historia que presentan nuestros adversarios y críticos que entienden por ello un patrón

5. Karl Marks, «Germanija v 1848-50, izd. Alekseevoj, 1905, p. 8 y 9; [cf. «Revolution und Konterrevolution in Deutschland», Marx-Engels-Werke, Berlin 1960, tomo 8, p. 10 f.]

6. D. Mendelev, K poznaniju Rossii, 1906, p. 99.

hecho y no un método de investigación.⁷ Estas líneas hay que recomendarlas especialmente a la atención de aquellos marxistas nacionales que sustituyen el análisis independiente de las relaciones sociales por la interpretación de textos preseleccionados por ellos y aplicables a todos los casos de la vida. ¡Nadie compromete el marxismo tanto como estos marxistas nominales!

Por tanto, siguiendo a Kautski, Rusia está caracterizada en el terreno económico por un nivel relativamente bajo del desarrollo capitalista, y en la esfera política por la falta de importancia de la burguesía capitalista y por el poder del proletariado revolucionario. Esto conduce a que la «lucha por los intereses de toda Rusia corresponde a la única clase fuerte actualmente existente, al proletariado industrial».

«Como consecuencia de esto al proletariado industrial le corresponde una gran importancia política; por lo tanto, su lucha en Rusia por su liberación del pulpo asfixiante del absolutismo ha llegado a ser un duelo entre éste y la clase de obreros industriales, un duelo en el cual el campesinado otorga un apoyo importante pero sin que pueda desempeñar un papel dirigente.»⁸

Todo esto, ¿no nos da derecho de concluir que el «siervo» ruso puede llegar al poder antes que su «amo»?

Hay dos clases de optimismo político. Se puede sobrestimar sus fuerzas y las ventajas de una situación revolucionaria y proponerse tareas cuya realización no está permitida por las correlaciones de fuerzas dadas. Pero a la inversa, también se puede reducir, de una manera optimista, sus objetivos revolucionarios señalándose un límite que inevitablemente sobrepasaremos en virtud de la lógica de la situación.

Se puede restringir el marco de todas las cuestiones relativas a la revolución afirmando que nuestra revolución es, en su finalidad objetiva y, por tanto en sus resultados inevitables, una revolución burguesa; y se puede cerrar los ojos ante el hecho de que la figura principal de esta revolución burguesa es el proletariado que, en el transcurso de la revolución, es llevado al poder.

Alguien puede consolarse pensando que, dentro del marco de una revolución burguesa, la dominación política del proletariado será sólo un episodio pasajero; y se puede dar también olvido del hecho de que el proletariado, una vez en posesión del poder, no lo cederá de nuevo sin una resistencia desesperada, no lo soltará hasta que le sea arrebatado por las armas.

Hay quien puede consolarse con el hecho de que las condiciones sociales de Rusia todavía no están maduras para un orden económico socialista, sin considerar que el proletariado en el poder es empujado inevitablemente, por toda la lógica de su

situación a dirigir estatalmente la economía.

La definición sociológica general de lo que es una revolución burguesa no determina en absoluto las tareas político-tácticas, las contradicciones y los problemas que se presentan en el caso de una revolución burguesa concreta.

En el marco de la revolución burguesa hacia finales del siglo XVIII, cuya tarea objetiva era conseguir el dominio del capital, la dictadura de los *sans culottes* resultaba posible. Esta dictadura no era un episodio meramente pasajero sino que configuró todo el siglo siguiente; y ello pese al hecho de haber fracasado rápidamente a causa del reducido marco de la sociedad burguesa.

En la revolución de comienzos del siglo XX, pese a ser igualmente burguesa en virtud de sus tareas objetivas inmediatas, se bosquejó como perspectiva próxima la inevitabilidad o, por lo menos, la probabilidad del dominio político del proletariado. El propio proletariado se ocupará, con toda seguridad, de que este dominio no llegue a ser un «episodio» meramente pasajero tal como lo pretenden algunos filisteos realistas. Pero ahora podemos ya formular la pregunta: ¿Tiene que fracasar forzosamente la dictadura del proletariado entre los límites que determina la revolución burguesa o puede percibir, en las condiciones dadas de la historia universal, la perspectiva de una victoria después de haber reventado este marco limitado? Aquí surgen algunas cuestiones tácticas: ¿Debemos dirigir la acción conscientemente hacia un gobierno obrero, en la medida en que el desarrollo revolucionario nos acerque a esta etapa o bien tenemos que considerar en dicho momento el poder político como una desgracia que la revolución quiere cargar sobre los obreros, siendo preferible evitarla?

¿No tenemos que darnos por aludidos por las palabras del político «realista» Vollmar sobre los comuneros de 1871 de que, en lugar de tomar el poder les hubiese sido mejor echarse a dormir?

7. K. Kautski, «Amerikanskij i russkij rabocij» [El obrero americano y el ruso], S. Petersburgo, 1906, p. 4 y 5 [cf. K. Kautsky, Der amerikanische Arbeiter, en: Die Neue Zeit, XXIV, 1, Stuttgart 1906, p. 677].

8. D. Mendeleev, «K poznaniju Rossii», 1906, p. 10.

Ignacio Fernández de Castro

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

Sumario

La España de 1800.

I. Revolución burguesa : 1808-1898

1. La muerte del absolutismo : 1808-1833 : La guerra de la Independencia. Las Cortes de Cádiz. Reinado de Fernando VII. **2. Primer asalto al poder : 1833-1840 :** Regencia de María Cristina. Primera guerra carlista. El liberalismo en el poder. El abrazo de Vergara. **3. Segundo periodo de guerra revolucionaria : 1840-1868 :** La regencia de Espartero. Reinado de Isabel II. Los moderados en el poder. La Vicalvarada (bienio progresista). Los moderados otra vez. Vispera de la revolución. **4. El final de la revolución burguesa : 1868-1874 :** La revolución de septiembre. Monarquía sin rey. República federal (Pi y Margall). Pronunciamiento de Pavía y Serrano. **5. La restauración del orden burgués : 1874-1898 :** La restauración monárquica. Alfonso XII. Cánovas y Sagasta. Alfonso XIII ; regencia de María Cristina. Guerra con Norteamérica.

II. Revolución del proletariado : 1898-1939

1. Primera etapa de lucha de clases revolucionaria : 1898-1917 : Pérdida de los restos del imperio colonial. Mayoría de edad de Alfonso XIII. Semana trágica. ¡Maura no! Juntas de Defensa. **2. Segunda etapa de lucha de clases revolucionaria : 1917-1931 :** La crisis social de 1917. La dictadura de Primo de Rivera. La muerte de la monarquía. **3. Periodo revolucionario : 1931-1936 :** Proclamación de la república. Cortes Constituyentes. El bienio negro. El Frente Popular y las elecciones de 1936. Sublevación militar. **4. La revolución proletaria : 1936-1939 :** La revolución contra el fascismo. La república contra la revolución. La república vencida.

III. La dictadura de la burguesía : 1936-1966

1. La « cruzada » de Franco : 1936-1939 : La derecha elige la violencia. La derecha se viste de azul. Serrano Suñer y Franco. Liquidación del enemigo. **2. de la victoria de 1939 a la crisis de 1945 :** La guerra mundial. España opta por la participación en la guerra. Ensayo de institucionalización del Nuevo Estado. España vuelve a la neutralidad. Victoria aliada y sus consecuencias sobre la política española. **3. El régimen franquista en cuarentena : 1946-1950 :** Se plantea la sucesión. Abandono de la legitimidad republicana : pacto de San Juan de Luz. España se convierte en reino. Liquidación del movimiento guerrillero. Franco y Don Juan. Se empieza a romper el aislamiento internacional. **4. De la inflación a la estabilización : 1951-1960 :** Se rompe el bloqueo internacional. Primeros movimientos de masa. La crisis de gobierno de 1951. Hacia la « Reconciliación Nacional ». El pacto de Madrid y el Concordato. La lucha en la Universidad. Crisis política de 1956. Inflación. Gobierno de tecnócratas : el Opus Dei. Las nuevas generaciones. Estabilización. La Iglesia y el régimen franquista. **5. Tres años importantes : 1961-1962-1963 :** La tensión social aumenta con la reactivación económica. Las grandes huelgas de 1962. España pide su adhesión al Mercado Común. La reunión de Munich. Crisis de gobierno. Nuevas huelgas. Hacia el Plan de Desarrollo. **6. España ante el futuro : 1964-1966 :** El Plan de Desarrollo. Crisis del Partido Comunista. Agitación creciente en la Universidad. Crisis del Frente de Liberación Popular. Nuevo gobierno. Peligro de inflación. Reorganización de los Sindicatos Verticales. Tensión entre los católicos catalanes. La Ley de Prensa. Las comisiones obreras. Gibraltar. Subida del salario mínimo. Tensiones políticas en el Movimiento alrededor de la institucionalización. Franco anuncia a las Cortes la nueva Ley Orgánica del Estado y el referéndum. **Panorámica general.** El desarrollo económico. La liberalización política. La oposición política. **Conclusión.**

420 páginas

36,— F

Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid

Luis Maristany

Luis Maristany nació en Barcelona el 12 de octubre de 1937. Licenciado en filología románica por la Universidad de Barcelona (1962), ha sido becario en París (1963) y profesor visitante en la Universidad de Cincinnati (1965-1967). En la actualidad trabaja en una empresa editorial de Barcelona. Esporádicamente ha publicado poemas en revistas; tiene en curso de publicación un ensayo sobre Baroja (en Bulletin of Spanic Studies, de Liverpool) y prepara una selección de escritos —no recogidos todavía en volumen— de Luis Cernuda.

Los poemas que publicamos a continuación son algo más que una simple promesa: revelan el talento seguro de un creador a quien, en adelante, será preciso tener en cuenta. J. Goytisolo.

6 poemas

En París, hará unos cuatro años

Educados, pálidos, intocables,
me miraban muy bien acomodados
en sus recios sillones, con las piernas
correctamente cruzadas y colgantes,
los tres niños.
Escuchaban, por cortesía, o preguntaban,
como los mayores, por España,
sobre el Caudillo o sobre el concordato,
sobre nuestro estado de ánimo, no importa
lo que fuera, porque en sus labios
todo cobraba un aire intrascendente,
como un cultismo más, un simple lujo.
Seda, terciopelo, porcelanas,
flores de cristal, con languidez dispuestas,
alhajaban las consolas... Y mientras,
la muchacha española,
contratada en Wagram, para el servicio
interno de la casa, servía
té con pastas. Gravitaba
el silencio por la estancia en penumbras,
que se posaba
sobre las blancas teclas del piano...

Lo recuerdo muy bien : en los espejos
cuidadosamente esparcidos por la estancia.
Intacta me devuelven, después de cuatro años,
la imagen insidiosa
de tres niños, sentados,
cual tallas marfileñas,
herederos sin duda
de Dios sabe qué encumbrada nobleza.

Insomnio

Estoy cansado, cansado de aguardar
una hora tras otra. La noche me retiene
en su concha vacía, y sólo a fuerza de codos,
de mucha educación, logro al fin imponerme.

Cuando amanece, me desvela cualquier ala
de luz por los postigos. Con un sabor amargo
voy juntando en la calle los primeros colores
mientras descubro la soledad abierta de la noche.

Algunos hombres siguen ahí cual palotes de vino,
sin alivio, y una mirada borrosa de nostalgia.
De dos en dos, muy juntas
haldean varias viejas a su primera misa.

Si el mundo está bien hecho
(que dijo un artesano de la rima),
no lo sé : no he tomado medidas.
Pero en cualquier parada de autobús,

cada uno, con mayor o menor
puntualidad, muy testarudo,
sigue hablando únicamente de su insomnio,
de una noche tapiada entre la noche

de sus cuatro paredes. Es un paso hacia atrás.
El autobús arranca y hace temblar
la paz inexistente. Lejos,
las primeras sirenas convocan al trabajo.

Los hombres de estas calles

Los hombres de estas calles me actualizan
los primeros y fijos recuerdos de la infancia.
Eran años oscuros,

con la bolsa del pan, al mediodía,
y la cartilla del racionamiento en el bolsillo,
la deuda del colmado, permanente,
y el domingo, el periódico, a la vuelta de misa.
Se amontonaban, entonces,
en la negra y clandestina trastienda,
potes de leche, huevos, mantequilla,
jamón serrano y barras de pan blanco...
Mas todo aquello nos estaba vedado.

En el balcón corrido me pasaban las horas :
por los barrotes, asomándome un poco,
cuando los plátanos no estaban aún poblados,
reconocía a los niños de la portera,
jugando con sus compañeros en la calle.
Mis hermanos habían ido a la escuela
y el abuelo soñaba, hasta su muerte,
volver a América, una vez terminara la guerra.

Bienvenida

Todas las almas, más o menos ruines, se asomaron a los ojos.
Ni un solo vetustense allí presente pensaba en Dios en tal instante.
El pobre don Pompeyo, el ateo, ya había muerto.

(Clarín, La Regenta)

Recuerdo (la anécdota figura
en una comedia de Ionesco)
que un siervo o delegado
—vara de mando, imperio de librea—
insólito silencio imponía
a los allí presentes cortesanos :
« el rey está pensando... », « el rey
sigue pensando todavía ».

También en Roma el Papa —oficiosos con él
los cortesanos y parte de la curia—
ha dado oficialmente
mediana rienda suelta al pensamiento.
Si no de par en par,
pontificias ventanas se entreabren
y el aire —instancia en mano—
audiencia solicita para entrar en palacio
(Repican eclesiásticas
las campanas unánimes)

Listas, procesos, documentos, misivas,
telarañas, mandamientos sociales,
vergonzosos recuerdos, protocolos,
intercambio de pliegos, de poder a poder,
doloroso revivir de un pasado
—de anillos, de escándalos y gestos—
mientras arde
o se muerde la lengua Galileo ;
todo se arrastra y olvida,
relegado será
en sótanos oscuros,
inexpugnables secretos vaticanos...

Mira. Llegan ramos de flores

y jefes del estado
en carrozas ornadas de damascos.

El hombre Juan murió...

En New York o en Oriente
mendigos a sueldo ocasional
limpian las calles de papeles y de escombros,
para dar acogida al vicario de Cristo
que abandona su claustro.
(Gacetillas desmienten conatos de protesta)
Su paso limpio, augusto, coronado de vitores ; la paz
es proclamada en los pulpitos,
encumbradas tribunas de la tierra.

Y Pablo escribe y sella

oficios, documentos. Millares de judíos
pueden al fin dormir plácidamente
pues una absolución les ha sido impartida.

Tras tanto error de siglos,
las puertas se entreabren
pero los goznes chirrían y denuncian lo mismo
y la palabra llega triste
y con polvo...

El hombre de la calle
trabaja y muere de sus manos :
algo hay en él perfectamente serio.
Pone la radio, discute o habla, y tibiamente
se entrega a la costumbre.
La guerra sigue ardiendo... Ese frente
asiático... Mujer, ¿ dónde tienes el atlas ?
¡ Oh qué mala formación recibí en el colegio !
Es tarde y algo ha muerto para siempre en nosotros ;
pero los muertos, cautelosos, actúan,
y claman blasfema indiferencia,
tedio, qué mal, qué pobremente compartido.
No. No se olvida el pasado, continúa :

hábitos del vivir que nos ajustan
muy bien los cinturones y las mentes.
¿ Pues qué vamos a dejar a los muchachos ?
¿ Despachos uniformados, pisapapeles entronados
o buscavidas que a codazos
ocupan sillones honorables, políticos,
torvas miradas, nocturnos
luminosos terrones para el sexo,
casas o vagos depósitos de vidas
rutina bienpensante,
humo de fábrica y hospicios
y alguna que otra hora extraordinaria... ?

Tal es, extraordinario,
que al fin la Iglesia admita
el aire de la tierra,
concesión generosa a los humanos.
Sea por éstos bienvenida a la rueda
—en años bien entrado, algo marchito—
de este coloso siglo veinte nuestro.

Malos tiempos para la poesía

Hoy a algunos poetas les diría
que conviene escribir en voz más baja ;

y a muchos otros, si lucen cuello duro,
que han de pagar un plus de vida cara.

En estos tiempos, la poesía
va algo estrecha de hombros :

cuanto se dice es calcomanía,
lírica o social, importa poco.

Unos ascienden a sus olimpos estelares
y llevan una venda en los ojos,

otros no hacen más que hablar a voz en grito
y aún confunden la mano con el codo.

Escrito en una plaza

Es domingo, jornada de precepto, según el calendario.
Desde luego,
tiene poca importancia el año en que vivimos

basta sólo contar nuestra edad con los dedos
y retirarse a un lado.

A estas horas, la plaza
se repuebla
y es un lugar de espera y de refugio.
Hay algunos tenduchos : cacahuets y menta
y palanganas con pipas a que acuden los niños.
Bares con sus terrazas extendidas
—entre un sordo murmullo dominguero—
y parejas
que ocupan tibiamente los ángulos.

(Es inútil.

Habrà que aguardar a que anochezca)
Del césped
unas manchas azules alzan libres su vuelo
en tanto que unos viejos se apiñan en sus círculos.

Un sol tibio

se detiene en los rostros y dibuja unas sombras,
dos a dos, con sus armas a punto,
aureolados de una extraña opinión...

Yo recuento los años, los nuestros, con los dedos,
en esta plaza, donde todos seguimos un poco columpiándonos.

Algunos libros publicados por Editions Ruedo ibérico

Poesía

| | | |
|-----------------|--|---------|
| Carlos Alvarez | Noticias del más acá. Otras noticias | 7,50 F |
| Antología | España canta a Cuba | 7,50 F |
| Antología | Versos para Antonio Machado | |
| Gabriel Celaya | Episodios nacionales | 2,70 F |
| Salvador Espriu | La pell de brau | 16,50 F |
| | Texto bilingüe. (Traducción de J. A. Goytisolo. Notas de María Aurelia Capmany) | |
| Angel González | Grado elemental | |
| Blas de Otero | Que trata de España (edición completa) | 21,— F |

Julio H. Zapata

10 dibujos

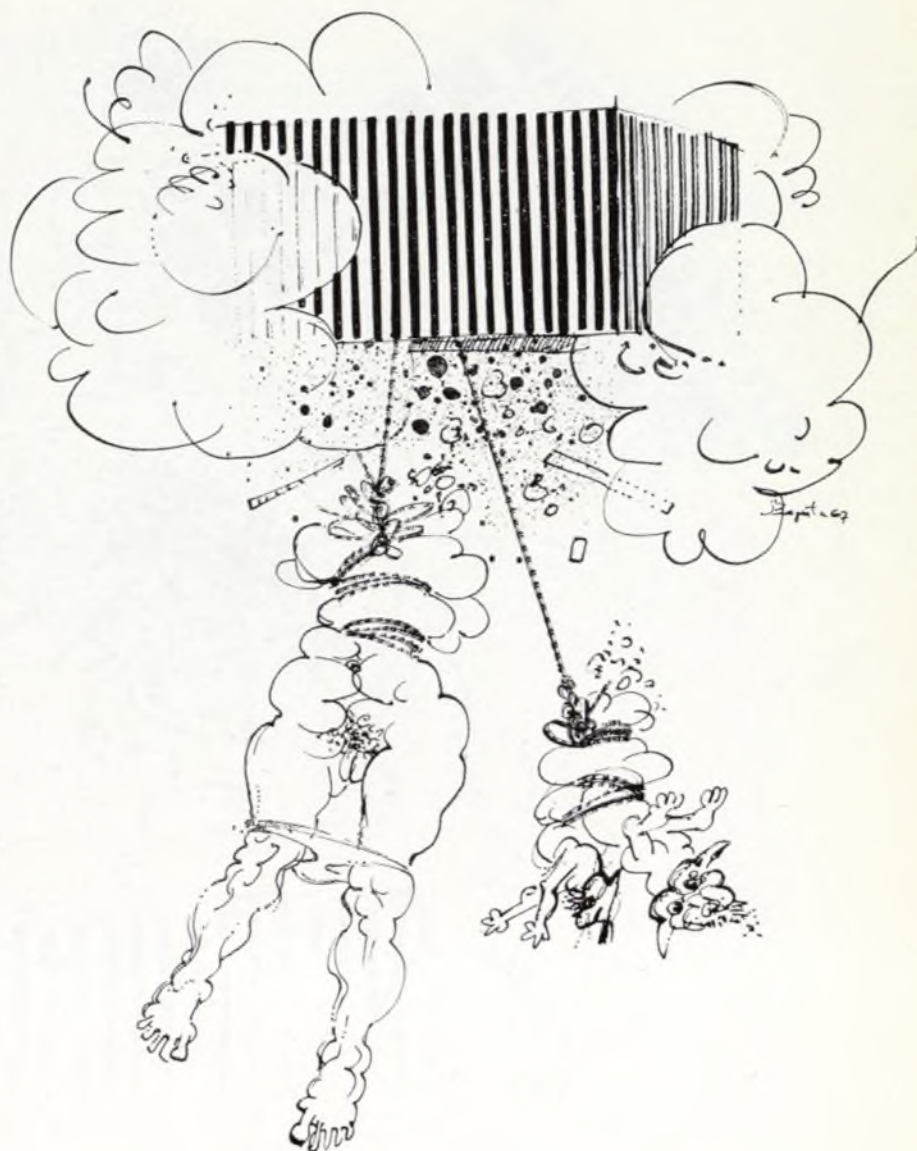
Los dibujos publicados a continuación son del pintor cubano Julio Herrera Zapata, que nació en Madrid en 1932. En 1939, se trasladó al exilio. Estudió en la Universidad de La Habana y en la Parsons School of Design de Nueva York. Ha realizado tres exposiciones individuales de pintura en La Habana y varias exposiciones colectivas en Cuba, Estados Unidos, México, Brasil, Venezuela, Uruguay y Francia. En Cuba trabajó, después de la revolución, como maestro en la Ciudad Escolar « Camilo Cienfuegos », en la Imprenta Nacional, de la que fue uno de los fundadores, y en la Casa de las Américas. Fundó el Taller de Cerámica del Instituto Nacional de la Industria Turística. Actualmente reside en París.







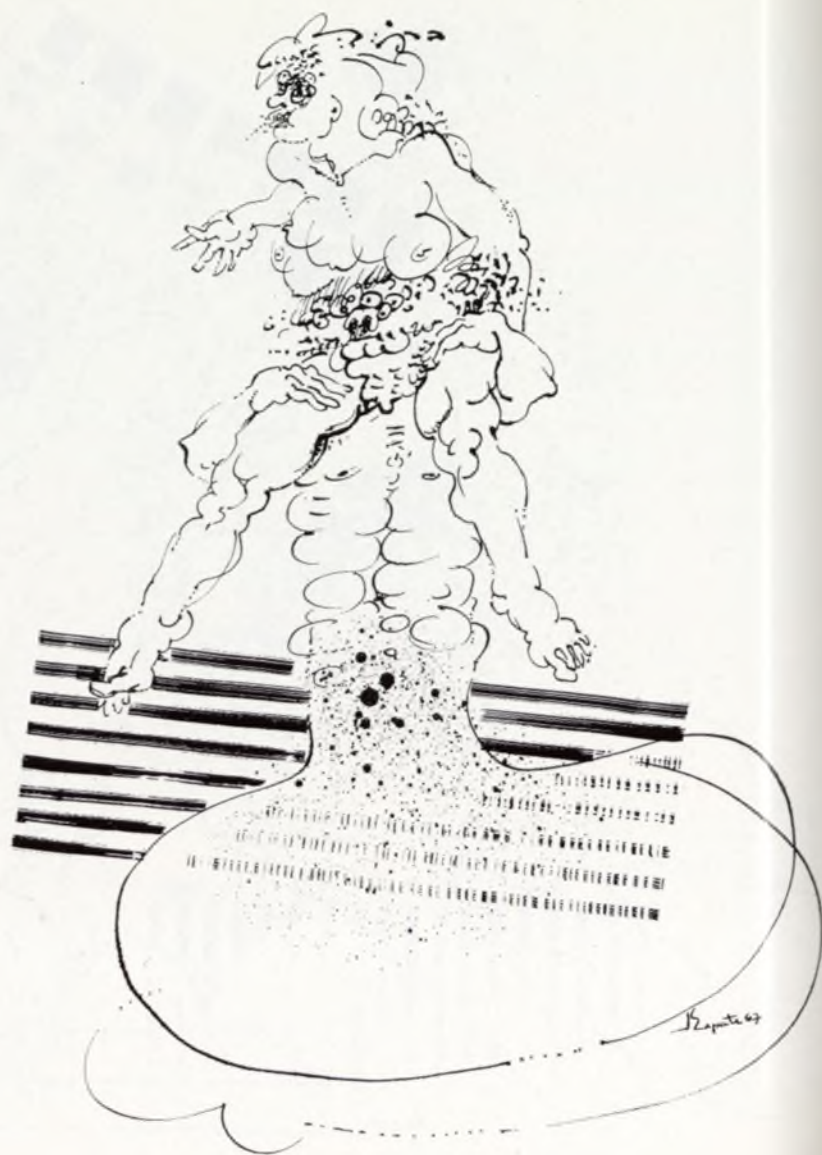








Ayuntamiento de Madrid







En torno al estilo de Juan David García Bacca

La personalidad intelectual de Juan David García Bacca se destaca hoy, en el ámbito de nuestro idioma, como una de las más profundas e interesantes del momento actual. Y acaso no resulte exagerado afirmar que en su obra se encuentran algunas virtudes únicas entre nosotros¹. Por eso cuando se piensa que sus libros son poco menos que desconocidos en su patria, no se puede dejar de recordar aquellas palabras con que alguien llamaba a España, madrastra de sus hijos mejores. Y lo paradójico es que en este caso el perdedor no es García Bacca, sino la propia España, que priva a sus lectores de una de las obras más importantes que hoy se escriben en castellano. Bastaría solamente mencionar algunos títulos como *Filosofía de las ciencias* (México, 1942), *Elementos de geometría de Euclides* (México, 1944), *Antropología filosófica contemporánea* (Caracas, 1957), *Metafísica* (México, 1963), *Introducción literaria a la filosofía* (Caracas, 1964), e *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado* (Mérida, 1967), para comprender lo que ellos representan dentro del escaso panorama que ofrecen nuestras letras en el campo de la investigación filosófica. Su *Metafísica* puede considerarse como uno de los libros más serios, profundos y documentados que en ese sentido se hayan escrito en nuestra lengua. Y una de las cosas que primero nos sorprende al entrar en contacto con esta obra es el alcance y amplitud de la misma, donde se encuentra desarrollado y explorado el tema propuesto en todas sus dimensiones, demostrando un conocimiento de la filosofía que va desde los presocráticos griegos hasta las últimas corrientes de nuestros días. Pero el método seguido por García Bacca en dicho libro no se agota en la simple especulación ontológica, sino que aprovechando los modernos descubrimientos de las ciencias físicas y matemáticas, alcanza una categoría dinámica y real, basada en las leyes objetivas de los fenómenos de la naturaleza. De más estará señalar que se trata de algo poco menos que inconcebible entre nosotros donde aún siguen teniendo vigencia aquellos ensayos que responden a una actitud mental anacrónica con respecto a la realidad histórica de nuestro tiempo. Y este reparo no se limita únicamente al pensamiento,

« Pero en definitiva, todos : maestros de maestros, y maestros nuestros, somos discípulos del pueblo. Maestro tan discreto que no se ha dado nombre propio, y tan eficiente que nos hallamos enseñados sin caer en cuenta de que lo hemos sido por un maestro. »
J.D.G.B.

puede aplicarse con igual o mayor justicia al lenguaje. Pues no pocos escritos reputados entre nosotros como « filosofía », sólo tienen de filosofía la retórica, una retórica importada, semánticamente ajena a nuestra lengua. Por tanto, acaso una de las mayores exigencias hoy, en el campo de la inteligencia, sea filosofar en castellano.

« La filosofía — escribe García Bacca — comienza a libertarse de su función derivada : de la de altavoz del Altavoz, cuando un hombre se decide, o le nace, filosofar en lengua materna... El castellano no ha llegado aún a ser órgano vocal del filosofar ; y débese entre una pretendida función de altavoz de Altavoz — de traductor de Originales —... Anda mediatizado por latín, alemán, francés, inglés... Y todavía nos apuntamos por gran mérito decir *vivencia* por *Erlebnis*, y discutir si *Aufhebung* ha de traducirse por absorción, ascensión, eliminación, sin ponerse, jamás, ante el mundo de las cosas y fenómenos, apegarse a ellos, más que aguja de diafragma a surco de disco, y ver si nos nace palabra castellana nueva o reformamos una ya nuestra — cual el calor y presión de las montañas han reformado carbón en diamante. »²

Y es precisamente la conciencia de esa necesidad la que hoy nos permite ver la obra de García Bacca, como una de sus cualidades más interesantes, el haber logrado filosofar en castellano. Mas esto difícilmente hubiese sido logrado de no poseer el autor esas virtudes que anteriormente hemos mencionado, y que a continuación trataremos de señalar.

El conocimiento que de las lenguas clásicas posee el profesor García Bacca, no solamente le es útil para sus investigaciones filosóficas, sino que apli-

1. El presente escrito no intenta estudiar el pensamiento filosófico de Juan David García Bacca aunque en algún momento tenga que soslayarlo, sino que, como su título indica, se refiere a ciertas cualidades estilísticas de ese autor. Por tanto no debe sorprendernos que a lo largo de estas líneas se citen con frecuencia algunos ensayos de García Bacca, publicados en varias revistas hispanoamericanas, y no aquellas obras suyas esencialmente filosóficas.

2. « Filosofía y Lengua » (Papel Literario de *El Nacional*, Caracas, 1966).

cado al castellano, le permite sacar el máximo provecho a las palabras en su alcance semántico y etimológico. Y más, tratándose de un espíritu cuya simpatía hacia las disciplinas señaladas, no le impide sentir un profundo amor por la música y la poesía. Tal vez por eso sus escritos participan de ese **tono poético** donde la profundidad y la armonía, constituyen para el lector un doble goce: estético e intelectual. Ya hemos dicho que probablemente los ensayos de García Bacca no tengan equivalente hoy, dentro del género, en castellano. Y ello no solamente por la penetración crítica y filosófica de su pensamiento, o por su contenido, sino, de manera muy especial, por la originalidad estilística del autor, heredero de nuestra mejor tradición literaria. Pues el tono sentencioso y proverbial de sus ideas se expresa con una agudeza y un donaire, que sólo tiene equivalente en el lenguaje vivo del pueblo. Y es precisamente en la sabiduría y en el lenguaje del pueblo, donde este autor parece hallar una de las fuentes más importantes de nuestra cultura. (Verdad que algunas de las sentencias y aforismos más interesantes del idioma se encuentran en nuestros refraneros populares.) Y como confirmación de lo que acabamos de decir vamos a transcribir algunas frases, o giros, empleados por este autor, que además de constituir un ejemplo de agudeza e ingenio, llevan consigo la gracia y la sal del pueblo que las creó: «**Eso es hacer historia. Lo demás son cuentos.**» «**Eso de pasarse de listo le puede suceder a cualquiera, al más pintado.**» «**La frase se las trae.**» «**Gente de malas pulgas somos...**» «**¡Mal año para la epoque fenomenológica!**» «**Que sí, en realidad de verdad, y no de mentirijillas, o de pico a fuera...**» «**Lo he descubierto más tarde, bastante más tarde, casi al peinar canas.**» Mas dichas frases no son aprovechadas como adornos dentro de un lenguaje más o menos elaborado, sino que fundiéndose con su propio estilo, fluyen con la gracia y la frescura del lenguaje hablado.

Este amor e interés de García Bacca hacia la sabiduría del pueblo (no en vano es Antonio Machado uno de sus maestros preferidos) ha sido sin duda la razón fundamental de su interés por filosofar en castellano. Y filosofar en castellano es filosofar con el lenguaje del pueblo, que no es —por suerte— el lenguaje sofisticado y empalagoso de tantos escritores nuestros³.

Mas escribir para el pueblo no es tarea fácil, aunque lo parezca. En filosofía, en literatura, en poesía, si se pretende escribir para el pueblo no basta con seguir una tendencia determinada, por muy justa y bien intencionada que ésta sea. La filosofía, la literatura, la poesía, para poder cumplir una función positiva, tienen que vibrar a tono con el pueblo. Porque «voces da el individuo, y aun a veces grandes voces. Pero la voz del individuo, en cuanto

tal, es voz en desierto. A su voz y a sus voces no responde nadie, ni habla a nadie. A la voz individual le falta el **tono**. Es decir: **estar a tono con el pueblo**. En un concierto la voz individual dice algo bajo la condición básica de que lo diga a **tono** con el tono general. Lo primero que hace falta, para que la **palabra** individual ascienda a la categoría de **voz** es que se ponga a **tono** con el pueblo, que es colectividad viviente de cultura enraizada en la tierra [...]. Un pueblo es una colectividad de hombres que han conseguido poblar todo, hasta la tierra —sus ríos, montañas, cuevas, bosques, picos, árboles...—, de leyendas, historias, mitos, apariciones, fantasmas, poemas, música, religión... Todo a un **tono**. Ese tono único es el que hará que las voces individuales suenen concertadas. [Mas.] para oír la voz del pueblo hay que tener buen oído. Y ponerse a tono con él en todo lo que uno diga sobre cualquier materia que fuere, es preciso vibrar a su tono. Si el poeta [el escritor, decimos nosotros] no está a tono con el pueblo su voz no resona. Será voz del que clama en desierto, hablará para oírse; narcisismo verbal, ridículo e infecundo. propio, decía Machado, [refiriéndose aquí a ciertos poetas] de **señoritos que componen versos**.»⁴ Escribir a tono con el pueblo, de los grandes problemas que rodean al hombre, es sin duda la más urgente y responsable de las tareas que hoy se presentan al escritor contemporáneo. Y escribir a tono con el pueblo no es —como ya quedó dicho— ni narcisismo verbal ni degradación del lenguaje. Escribir a tono con el pueblo es, por ejemplo, lo siguiente:

«Si Cristo, parecidamente, no viene prestamente al mundo actual a predicar el orgullo, el sentimiento de dignidad, a los pobres, se hallará con que otros —socialistas y comunistas— han realizado ya lo que debió hacer su Iglesia hace diecinueve siglos al predicar el orgullo a los humildes, dignificar al pobre destruyendo la pobreza, y no canonizarla cual virtud social y triste ocasión de hacer tristes méritos ante el Cielo. Tal misión la han emprendido y comenzado a realizar desde hace siglo y medio los socialistas; y ahora se pasa la Iglesia el tiempo pidiendo a Dios que le devuelva los pobres —que fue incapaz de hacerlos suyos— para hacerlos dignos, e imitando a los socialistas con partidos socialcristianos, con encíclicas inspiradas, por reacción, en el **Manifiesto comunista**, y predicando, circunspectamente, humildad a los poderosos. Mas si Cristo, en persona, no viene presto al mundo actual, el socialismo —bajo una u otra forma, comunista o no— se habrá llevado no sólo las primicias y albricias —se las ganó ya— sino la posibilidad misma de entrar en la contienda de amor a la humanidad.

La **Alianza para el Progreso** es otra forma de lo mismo: Viendo Dios que los cristianos ricos —que

deben estar atesorando el 999 por mil de todas las riquezas de la humanidad— no habían hecho con su riqueza lo que debían por amor a sus hermanos pobres y por dignidad hacia el hombre, entregó Dios a los socialistas la empresa y misión de dignificar al pobre —prácticamente a la humanidad entera. Ahora se pasan algunos ricos el tiempo montando **Alianza para el Progreso**, e imitando el programa de los socialistas, y pidiendo a Dios, un poco avergonzados, les devuelva la empresa y misión de dignificar al hermano pobre, que lo son casi todos los hombres del mundo...

No es Cristo quien ha vuelto al mundo a predicar el orgullo a los humildes y a restaurar la dignidad de los hombres. Fue Marx.

A la filosofía moderna le va a pasar lo mismo: Viendo Dios que los filósofos no habían hecho de la filosofía sino campo de disquisiciones sobre ser y no ser, principio y causa, sustancia y accidente, sujeto y objeto, potencia y acto, esencia y existencia... se decidió Dios a darla, hace cosa de un siglo, a la izquierda hegeliana, al materialismo dialéctico, quien hizo lo que se debía hacer en filosofía: entregarla al pueblo, a la humanidad, es decir, a los pobres, a sus problemas de vida o muerte, trabajo y tierra, clase y lucha, victoria sobre enajenamiento y despojo, objetivación y cosificación, economía y sociología. Y ahora se pasan la vida fenomenólogos, historicistas y existencialistas no precisamente rogando a Dios —en quien no suelen creer o, al menos, creen que Dios hace oídos sordos a tales ruegos, tardíos e insinceros—, sino tratando, un poco vergonzantemente, de incardinar a sus sistemas la problemática —ferozmente real e indigestible para sus tragaderas— de tierra, trabajo, capital; alienación, cosificación; humanismo... con vagas, no comprometedoras y bizqueantes sociologías.

La economía clásica [...] encontró por bondad de la historia y a tiempo, su filósofo: Marx.

No sé si [...] los filósofos actuales [perderemos] la vergüenza —disimulada bajo mil formas— de dedicarnos a estudiar marxismo y economía moderna —al modo que algunos hemos perdido la vergüenza de filosofar sobre matemáticas y física.

Pero si no llegáramos a perderla, no nos extrañe, ni tomemos a mal, que la historia nos deje de lado en capillitas, cenáculos, sacristías y nichos, al derredor de profetas del ser, de sintactiqueros de palabras, o de directores de orquesta con partitura de los tiempos del canto gregoriano.⁵

Tal vez el lector haya encontrado en estas líneas, del propio García Bacca, las cualidades que, probablemente sin lograrlo, hemos tratado de señalar.

Mas estas cualidades, no parecen haber sido reconocidas por sus paisanos, especialmente por cierta crítica sectaria y convencional («bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos») donde, como

afirmaba Valente: el elogio, por prodigalidad necia, halago interesado o miedo hirsuto, ha dejado de tener significación crítica o moral de índole alguna. Entre tanto (y en oposición al lenguaje erudito-pedantesco de «bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos»), el estilo de García Bacca entronca con los veneros más profundos y originales del idioma —Machado, Cervantes, Gracián— en busca del manantial auténticamente popular, sin mixtificaciones, ni academicismos, logrando así una de las cosas más difíciles para todo verdadero escritor: escribir para el pueblo.

Y ya lo decía su maestro Juan de Mairena, cargándolo una vez más a la cuenta de Abel Martín: **Escribir para el pueblo [...]** ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer [...]. Siempre que advirtáis un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprendido del pueblo.

3. Esta afirmación puede resultar chocante y desmesurada, convencidos como estamos de que la filosofía es fruto casi exclusivo de cierta «intelligentia» europea. Sin embargo —y en lo que a España se refiere— acaso no esté de más recordar un comentario de Luis Cernuda, referente a Antonio Machado, que pudiera ser eleccionador a este respecto:

«Machado, que tenía astucia avizora, nos dejó en sus comentarios en prosa bastante que meditar acerca de temas variados: literarios, filosóficos, políticos, enfocados por él con una novedad y una significancia a las que sólo recientemente ha sido posible hacer justicia. Quien esto escribe recuerda que, al aparecer en revista los primeros comentarios de Abel Martín y las primeras notas de Juan de Mairena, allá por 1925, oyó decir a aquel pobre Benjamín Jarnés, en la tertulia de la *Revista de Occidente*: «¿Para qué publica Machado esas notas en prosa, que no tienen interés ninguno?» En dichas notas hacía entonces Machado, sin que nadie se apercebiera, el comentario más agudo de la época; si las comparamos con los libros en que Ortega y Gasset, por las mismas fechas, pretendía diagnosticar el presente y vislumbrar el futuro inmediato, se comprenderá cuál de los dos veía mejor y más claro.» (*Estudios sobre poesía española contemporánea*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1957.)

Lo dicho por Cernuda demuestra claramente como tras las palabras sencillas y humildes de Machado se encuentra un pensamiento filosófico mucho más profundo e interesante que el de tantos «pretendidos» y «pretenciosos» filósofos. En este sentido puede verse el último libro de García Bacca: *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado*.

4. «Comentarios a La esencia de la poesía de Heidegger» (*Revista Nacional de Cultura*. Caracas, 1956).

5. «Filosofía y Economía» (*La Gaceta*. Fondo de Cultura. México, 1962).

Daniel Artigues

el opus dei en españa

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universal antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra: 1. José María Escrivá de Balaguer; 2. La Universidad española en 1926-1930; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas; 5. La «vida oculta» del Opus Dei (1928-1936); 6. El Padre Escrivá y el grupo durante la guerra civil (1936-1939). II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior: 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos: 1. Los Institutos Seculares: su naturaleza exacta; 2. El Opus Dei, Instituto Secular: a) Organización general; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra; g) Secreto y discreción en el Opus Dei; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites; i) La rama femenina del Opus Dei; j) Opus Dei, clero y Acción Católica; k) La permanente «crisis del Estatuto» del Opus Dei; el Opus Dei y Vaticano II. IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La «Tercera Fuerza»: 1. A la búsqueda de una ideología. La «minoría activa» de 1948 (1947-1951); 2. El Ministerio de julio de 1951. La «Tercera Fuerza» (1951-1955); 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

184 páginas



Editions Ruedo ibérico

Ayuntamiento de Madrid

M. I.

La de
aun e
gobier
país,
Estado
prensa
conse
hecho
está
econó
esa s
homb
tenga
lara l
los ti
régim
o aqu
cracie
cambi
interi
contr
con
hacer
que s
homb
confr
inteli
A, qu
decir
mism
Baste
tos:
estuc
Cultu
inten
infor
a las
es e
ción
orde
del
rígid
legic
cont
ense
sabl
para

La democratización de la enseñanza en España

Cifras

La democracia en la enseñanza no se ha alcanzado aun en los países de la órbita occidental que se gobiernan en régimen de democracia política. Nuestro país, que no disfruta de las condiciones de un Estado democrático —partidos políticos, libertad de prensa, libertad de asociación— malamente iba a conseguir la democracia en la enseñanza, pues es un hecho que la enseñanza que se imparte en un país está íntimamente vinculada a los planteamientos económicos, sociales y políticos que predominan en esa sociedad. La enseñanza tiene como finalidad el hombre, y según el concepto que del hombre se tenga y de su función en la sociedad, así se orientará la educación del mismo. Es cierto que desde los tiempos en que se decía que España tendría un régimen totalitario a semejanza de Alemania e Italia o aquellos otros en que se difundió lo de «democracia orgánica», ha pasado bastante tiempo y han cambiado tan sustancialmente las condiciones del interior e internacionales que a los hombres que controlan la actual política no se les ocurre aparecer con el lenguaje fascista de los años cuarenta y hacen manifestaciones públicas de democratismo, que si bien no engañan a nadie, sirven para que los hombres de la dictadura puedan emplear en las confrontaciones internacionales palabras que sean inteligibles por sus interlocutores.

A quienes sigan la política española, no hace falta decirles que el régimen sigue identificado consigo mismo, en otras palabras, sigue siendo dictatorial. Basta abrir los periódicos en estos mismos momentos: encarcelamientos de líderes obreros y de estudiantes despidos, cierre de Facultades y Centros Culturales, multas y cierre de los periódicos que intentan cumplir objetivamente con el deber de informar, secuestros de libros, etc. Esto sin referirnos a las causas que motivan todos estos hechos, que es el mantenimiento, por todos los medios, de situaciones injustas y de privilegio. Así, mientras en el orden político la represión es la forma de actuar del gobierno, en el orden social se mantiene la más rígida estratificación con predominio de los privilegios de carácter hereditario y económico. En este contexto social, hablar de la democratización de la enseñanza, como repetidamente hacen los responsables del Ministerio de Educación y Ciencia, nos parece una falacia y un sarcasmo.

Si venimos al nivel específico de la enseñanza, nos encontramos con que el tanto por ciento de la renta nacional dedicado en España a la educación, es el 2,46; Francia y Gran Bretaña dedican el 5,4 %, e Italia el 5,6 %. En cuanto al gasto público por habitante y año, es en España de 11,21 dólares (antes de la devaluación). En Francia 92, en Gran Bretaña 81,7 y en Italia, 56¹. Consecuencia de estas bajas inversiones en la enseñanza es la lamentable situación en que nos encontramos.

—Un millón de analfabetos² con uno de los índices de analfabetismo más altos de Europa, 8,9 %, sólo superado por Grecia, Portugal y Turquía.

—Un millón de niños sin escolarizar³ entre los seis y catorce años. Sólo en Madrid, se da la cifra de cuarenta mil niños sin escuela. Repitiéndose el mismo fenómeno en las ciudades que han recibido la emigración de los medios rurales, la Comisaría de Desarrollo reconocía que faltaban 27 000 escuelas. El Plan de Desarrollo 1964-1967, programó 14 000 escuelas y sólo construyó 9 000, lo que representa un 35 % menos⁴.

1. Sexta Conferencia de Ministros de Educación. Estrasburgo, enero de 1967.

2. Cifra empleada recientemente por el procurador Fernández Cantos en un informe dirigido al gobierno. El 8,9 % está tomado de la última publicación del Ministerio de Educación y Ciencia: **Datos y cifras de la Enseñanza en España, 1967**, tomo I.

3. Tena Artigas, director general de enseñanza primaria, en declaraciones del 3 de marzo último, reconocía que en el curso 1964-1965 había 600 000 niños entre 6 y 14 años sin escolarizar. En esa misma entrevista se daba el dato de que cada año se incrementa el número de alumnos que se incorporan a la escuela, con respecto al año anterior, en 82 000 alumnos. Haciendo cálculos obtenemos una cifra de más de 200 000 alumnos sin escolarizar. **Nuevo Diario** recogía, en un editorial del 21 de marzo, que según fuentes oficiales más de 850 000 niños entre 6 y 13 años estaban sin escolarizar y según el mismo editorial el departamento de estadística de DATA eran cerca de un millón. Fernández Cantos, en el informe de que hemos hablado, daba la cifra de más de un millón.

4. Del informe de Fernández Cantos.

—En la Universidad y en las Escuelas Técnicas Superiores, hay en la actualidad 120 000 alumnos, cifra que representa la cuarta parte de los existentes en Italia (413 000) o en Francia (550 000). En una época en que la especialización es una necesidad para el desarrollo, nos encontramos en nuestro país con una población activa con titulación superior y media: en los servicios del 2,4 %, y en la industria la misma cifra 2,4 % entre media y superior⁵. Estas cifras se hacen más hirientes en el sector agrario donde los índices son 0,12 % para la enseñanza superior; 0,25, para media; 0,05, con capacitación profesional; 84,50, con enseñanza primaria y 15 % sin estudios. Los últimos datos referidos a la población activa agraria, 4 800 000 personas⁶.

Enseñanza media

1. **Alumnos.** Contrándonos en la enseñanza media, en el curso 1966-1967, el número de alumnos ha sido de 824 289, de los cuales correspondían 178 353 a la enseñanza oficial, 284 633 a la libre, y 361 843 a la colegiada⁷. De estos datos hemos de destacar que numéricamente, la enseñanza oficial no cubre ni la cuarta parte de la población escolar.

La cifra de 284 000 alumnos libres en enseñanza media, pone de manifiesto la insuficiencia de nuestras estructuras educativas, pues ni el Estado, con sus actuales planteamientos, y menos las empresas privadas, con su afán de lucro, cubren las necesidades actuales. Eso sin contar que cada día existe un mayor deseo por parte de las familias de dar estudios a sus hijos, con lo que el débil incremento de centros sigue siendo insuficiente, hasta tal punto, que la Agencia Cifra ha difundido la siguiente noticia en enero de 1968: «No podrán matricularse ni examinarse como alumnos libres en los Institutos Nacionales de Enseñanza Media San Isidro, Cardenal Cisneros, y Lope de Vega, alumnos nuevos, es decir, los que no estuvieran matriculados en el curso 1966-1967 [...] La medida ha sido adoptada ante la concentración de alumnos libres, la falta de profesorado y personal auxiliar e incluso la inexistencia de locales donde celebrar los exámenes.»

La enseñanza privada está en su gran mayoría controlada por los religiosos, como lo prueba el hecho de que los 361 843 alumnos de enseñanza colegiada, según datos del Ministerio de Educación y Ciencia de 1967 (que son los últimos), la Iglesia absorbiese 281 014 alumnos dejando a los demás Colegios privados la cifra de 80 829 alumnos.

Como fácilmente se comprueba, los religiosos controlan un número de alumnos superior al que tienen la Enseñanza Estatal y la Enseñanza privada no religiosa, juntos.

El dato de 824 289 alumnos en el bachillerato, no nos especifica con claridad el clasismo de este grado de enseñanza, hay que estudiar a través de la categoría profesional de los padres, la distribución del alumnado: sólo el 3,73 % de los alumnos, son hijos de peones y el 8,07 de obreros especializados, lo que nos da un total de 11,70 % de hijos de obreros en la enseñanza media, mientras el 82,80 % de los alumnos, son hijos de clases medias y acomodadas. Este clasismo en la totalidad de los centros, se acentúa cuando es referido a los centros de la Iglesia, en los que el 11,70 % se convierte en 7,49 para hijos de obreros, entre peones y especializados, y el número de alumnos procedentes de familias burguesas, pasa del 82,80 al 87,52 %⁸. Ante datos como éstos, no tienen ninguna validez las declaraciones y preambulos a las Leyes y Decretos, como el Decreto del 17 de enero de 1963, regulador de las Secciones Filiales y de los estudios nocturnos y que proponía a aquéllas «como medio de penetración y de transformación de las zonas extremas de las capitales» y de los estudios nocturnos «como cauce para llevar la enseñanza media a la población trabajadora».

Hay que agregar que los estudios del bachillerato nocturno han funcionado con una ordenación discriminadora en tanto no se cursaba en ellos las mismas asignaturas que en el bachillerato general y además, a los trabajadores se les impedía e impide prácticamente, seguir el bachillerato superior, pues en todo el país, sólo dos Institutos tienen su nocturno bachillerato superior.

Este sentido discriminatorio y clasista de la enseñanza media, no se ha visto disminuido últimamente, como lo demuestra la orden que regula el acceso a tercer curso de bachillerato desde la enseñanza primaria (Boletín Oficial del 3 de octubre de 1967). Se establece en esa Orden Ministerial, que aquellos alumnos que estén en posesión del certificado de estudios primarios, conseguido después de ocho años de escolaridad y aprovechamiento suficiente, o sea, con 14 años, y quieran pasar al bachillerato, habrán de someterse a una prueba de tres grupos de materias y una vez superada, se incorporarán a tercero de bachillerato perdiendo, por tanto, nada menos que dos cursos. O sea, que a la gran mayoría de los españoles que no puedan pagar las cuotas de los Colegios privados y a los que no se facilita la posibilidad de estudiar en un Centro Estatal, se les pone una criba más en su acceso a la cultura.

5. Plan Regional del Mediterráneo, OCDE.

6. Anlló: El campo español.

7. Datos y cifras de la Enseñanza en España, 1967. Ministerio de Educación y Ciencia, tomo I.

8. Datos del Instituto de la Juventud. Publicados por Pueblo.

Centros

En una reciente publicación del Ministerio de Educación y Ciencia sobre datos y cifras de la enseñanza en España 1967 y de la que estamos tomando gran parte de la información numérica, distribuye hasta el 31 de mayo de 1967 los centros en funcionamiento de la siguiente manera: Oficiales, 549, de los que 221 son Institutos; 173, Secciones Delegadas; 171, Secciones Filiales y 4 Centros de Patronato. La enseñanza privada, disponía en esa fecha de 2032 centros. En esta última estadística no se especifica cuantos son de la Iglesia y cuantos de la enseñanza privada no religiosa, pero datos más antiguos del curso 1964-1965 del INE, demuestran que la Iglesia regentaba más de la mitad del total de centros del país en enseñanza media, y en estos últimos años esa tendencia se ha incrementado en cuanto que las Secciones Filiales del INST—171— que hemos considerado como centros oficiales, tienen en la mayoría de los casos como entidades colaboradoras de ordenes religiosas, aunque tanto los gastos de construcción como los de sostenimiento corran a cargo del Estado.

Refiriéndonos a la localización de los centros y volviendo a los datos de 1964-1965 publicados en 1966 por el INE, Madrid disponía de 355 centros, Barcelona de 224 y mientras existen provincias como Soria, con 6, Segovia con 8, Teruel con 5, Cuenca con 7, datos que ponen de manifiesto la discriminación regional existente.

Profesorado

El profesorado oficial era en el curso 1966-1967, los colegios privados y de la Iglesia, utilizaban los servicios de 22 251 profesores, de los cuales sólo eran licenciados en Ciencias y Letras 11 217, encubriéndose la estadística públicamente bajo la ambigua palabra de «otros» nada menos que a 11 000 religiosos y religiosas a los cuales se les ha equiparado por arte del legislador (artículo 34 de la Ley del 26 de febrero de 1953) a titulados superiores en los siguientes términos: una vez cubierta la plantilla mínima a base de licenciados en Ciencias o Letras, los centros de educación media no estatal, podrán completar sus cuadros de profesores titulares con otros licenciados en cualquier Facultad Universitaria, Arquitectos o Ingenieros y bachilleres eclesiásticos en Teología, en Filosofía o en Letras por Facultades canónicamente erigidas. En el mismo apartado, párrafo II, sigue «el profesor auxiliar, deberá tener [...] estudios completos de la carrera sacerdotal cursados en Seminarios Diocesanos o equivalentes, en Casas Religiosas de formación o aquellos otros que sean autorizados por Decreto».

Los religiosos siguieron su enseñanza rutinaria en sus propios Colegios sin tomarse la molestia de titularse en las Universidades. El Decreto complementario llegó el 7 de septiembre de 1960. En el artículo 4º, apartado f), especificaba: podrán profesar en las asignaturas de Ciencias [...] en los centros de la Iglesia, en los grados elemental y superior, los que obtengan el diploma de auxiliar mediante un examen de aptitud con pruebas iguales a las de ingreso en el Cuerpo de profesores adjuntos numerarios de Institutos. Sólo podrán presentarse a estas pruebas: 1) Los poseedores de grados mayores en Ciencias Eclesiásticas; 2) Los bachilleres eclesiásticos en Teología, Filosofía o Letras por Facultad canónicamente erigida; 3) Los que hayan hecho los estudios completos en la carrera sacerdotal; 4) Los que hayan obtenido declaración de equivalencia conforme al artículo 5º de este Decreto, que dice: «Los miembros de ordenes, congregaciones e institutos que cuenten con licencia del Ordinario o Superior Provincial».

O sea, que con un certificado del Superior Provincial y un examen ante un tribunal mediatizado, cualquier bachiller en Teología tenía y tiene el sagrado derecho en enseñar Matemáticas, Física, Química y Ciencias Naturales en cualquier curso de enseñanza media incluido el preuniversitario. Pero el artículo 6º del Decreto del 7 de septiembre de 1960, dice que podrán continuar el ejercicio docente aquellos que no teniendo alguna de las titulaciones expresadas, viniera ejerciendo la enseñanza desde fecha anterior a la promulgación de la Ley de 1953 y lo acrediten mediante certificación del Ordinario o Superior Provincial. Estos señores habían de someterse a una prueba en la cual ellos elegían la lección a exponer; con igual derecho podrían elegir los curanderos «examen» sobre un tema elegido previamente para que les titulasen como médicos.

De esta manera, sino con el beneplácito, si con la claudicación de la gran mayoría del profesorado oficial, han ido cubriendo el profesorado los colegios religiosos que agrupados desde el 24 de diciembre de 1957 en la Federación Española de Religiosos de la Enseñanza (FERE) representan la organización más fuerte en la enseñanza media, siendo por tanto la que impone sus planteamientos aunque sea contra toda justicia.

Profesorado seglar

No podemos entrar aquí a tratar la falta de representatividad de las organizaciones de los profesionales no religiosos de la enseñanza media: licenciados en Ciencias y Letras. Diremos solamente que, a través del Sindicato Nacional de Enseñanza, creado el 23 de abril de 1964 y que inició sus actividades

en la primavera de 1965, han de resolverse los problemas de tipo laboral. Sabido es, que en el sindicalismo vertical de las tres vertientes —línea política de mando, Sección Económica y Sección Social— esta última es la que lleva la peor parte, pues a los puestos ejecutivos y decisorios no llegan los hombres que combaten en la base, y las decisiones que tomaron los jerarcas, son de obstrucción a las reivindicaciones que la base plantea, como lo prueba la actitud mantenida por la línea política de mando del sindicato en el convenio colectivo promovido por la Sección Social del mismo.

Los representantes gubernamentales

Aceptan los planteamientos de la Sección Económica que no responden a otros intereses que a los designados por la FERE. Ultimamente en Madrid, se ha intentado la creación de un frente de empresarios seculares, pero su espíritu individualista y pequeño burgués, no puede dar réplica exacta a una organización que como la FERE lleva varios años de funcionamiento y mantiene en Madrid unas oficinas (Claudio Coello, 32) y unos representantes para presionar sobre los distintos organismos oficiales. En cuanto a los colegios profesionales, dejando de lado que en la actual situación histórica, su estructura asociativa está desfasada, pues responden a la época liberal, diremos que existe un Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias en cada Distrito Universitario y luego un Consejo Nacional de Colegios. En el pleno del Consejo Nacional de Colegios, existen 13 cargos por designación y 12 como representantes de los Colegios de Distrito. En la Comisión Permanente del Consejo Nacional, los designados son 9, y los elegidos por los Colegios de Distrito sólo son cuatro. Pero estos cuatro representantes de las Juntas de Distrito, también están faltos de representatividad. Primero, porque se exigen cinco años de colegiación para presentarse a cualquier puesto de la Junta de Gobierno de Distrito, si exceptuamos el puesto de Decano para cuyo cargo se exigen 10 años de colegiación. Esta norma es de fecha 6 de marzo de 1965 y fue dictada primero para impedir el acceso de los núcleos de profesores más jóvenes y combativos a los puestos decisorios, y segundo, porque una vez constituidas las listas de candidatos, éstas han de ser presentadas al Ministerio de Educación y Ciencia, con lo cual quedan excluidas aquellas personas que no aceptan los planteamientos del régimen.

Existe otra asociación que cae dentro de la Secretaría del Movimiento que es el Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media (SEPEM) entre

cuyas funciones, según dice el artículo 57, apartado d) de la Ley del 26 de febrero de 1953, está la de: «Difundir el espíritu del Movimiento entre el profesorado de enseñanza media». De esta asociación, se puede decir sin exagerar, que sólo existe sobre el papel.

Consecuencias inmediatas de este asociacionismo burocrático y desmedulado, son los insuficientes salarios que padecen estos profesionales que oscilan desde las 5 700 pesetas al mes, seis horas de clases diarias y las 8 820 pesetas según la categoría del colegio donde se trabaja; un horario excesivo, seis horas diarias, que agota al profesorado e impide la preparación de las clases y actualización de conocimientos; estos problemas se acentúan cuando el profesor se ve obligado a incrementar su horario con clases particulares para cubrir sus necesidades familiares. La falta de estabilidad en el empleo, pues además de las condiciones de despido generales ya injustas, se establece en el artículo 15 de la Reglamentación Laboral del 9 de septiembre de 1961, otras causas específicas que sitúan a los profesores en permanente interinidad aunque sean profesionales responsables. La ausencia de la voz de los profesores en las reformas de la enseñanza que son dictadas desde arriba, de forma que no vinculan a quienes tienen que ponerlas en práctica, quedando reducidas en el mejor de los casos a bellas frases que no pasan del papel en que se escribieron. Situaciones como las apuntadas no creemos que tengan solución dentro de las actuales estructuras. Por otra parte, los profesionales de este sector, por su origen y educación burguesa, viven ideológicamente en la ambigüedad o el vacío. Lo que mueve a la esperanza en este sector es la incorporación al mismo de las promociones jóvenes con una conciencia clara de su posición en la sociedad.

Subvención a la enseñanza no estatal

En el momento presente, dos organizaciones distintas, la FERE y el Sindicato Vertical, piden, para conseguir la democratización de la enseñanza media, que el Estado, de su presupuesto, subvencione a la enseñanza privada.

En las conclusiones del décimo Congreso Nacional de la FERE, celebrado en Madrid del 27 al 30 de diciembre de 1967, se decía: «Para una democratización integral, es necesario salvar la libertad del padre de familia para que elija, conforme al derecho natural, el centro que prefiera para educar a sus hijos.

Esto no se podrá conseguir mientras el presupuesto nacional de enseñanza no sea repartido como lo exige la justicia distributiva proporcional y equi-

apartado
á la de
el profe-
ociación
ite sobre

icionismo
eficientes
e oscilan
de clase
goria de
ivo, sea
mpide la
conoci-
ando el
rario con
esidades
leo, pues
arales y
la Regla-
de 1961,
rofesores
esionales
profesores
que son
nculan a
quedando
is frases
in. Situ-
e tengan
Por otra
su origen
te en la
esperanza
o de las
ra de su

anza

s distin-
en, para
a media.
cione a

Nacional
al 30 de
amocrati-
rtad del
derecho
r a sus

l presu-
do como
y equi-

102

tativamente entre los centros estatales o no estatales.»

En la conclusión tercera, se continúa: «Debe ser salvada la libertad de la iniciativa privada, ya que esta goza de un derecho primario para ello, manteniéndose el Estado en su papel subsidiario y supletorio y excluyendo todo aquello que directa o indirectamente conduzca al monopolio docente.»

En Sindicato Vertical de Enseñanza, ha elaborado un informe donde se llega a conclusiones y en el que tomando como modelo el sistema de subvenciones franceses, inapropiado a nuestra realidad, se dice de la subvención de la enseñanza privada «que facilita la integración social el hacer efectivo el principio de la libertad de enseñanza y la democratización de ésta».

Los dos organismos son coincidentes en cuanto que fundan su argumentación en el principio de la libertad de enseñanza y en tanto que apelan a la subvención a la enseñanza privada como medio para democratizarla. Esta identidad de opiniones, tiene su causa en la presencia de los miembros de la FERE en la Sección Económica del Sindicato, a cuya Sección hace el juego la línea política de mando. Por otra parte, los niveles nacionales y provinciales de la Sección Social están faltos de representatividad y sin ninguna comunicación con la base, por lo cual podemos decir que las declaraciones oficiales del Sindicato no representan la opinión de los sindicados.

Nuestro planteamiento del tema es el siguiente: 1) La historia reciente, y un poco más lejana, muestra a la Iglesia española en contra de las escuelas no confesionales. En la actualidad, cuando la FERE habla de libertad de enseñanza, no está pidiendo que se dejen abrir colegios de otras confesiones religiosas y que se puedan fundar colegios laicos. No pide tampoco la FERE, porque no lo practica de hecho en ninguno de sus colegios, la libertad de conciencia y de cátedra. La libertad de que ellos hablan, no respeta a quienes no coinciden con sus planteamientos.

2) La FERE habla de justicia distributiva, pero como hemos visto, la Iglesia dispone el mayor número de colegios del país, lo cual quiere decir que la Iglesia se llevaría la mayoría del dinero repartido. Como por otra parte, según hemos dicho, en los colegios que la Iglesia tiene en la enseñanza media sólo un 7,49 % son hijos de obreros, mientras el 87,52 procede de las clases medias y burguesas, creemos que al subvencionar dichos colegios se iría claramente contra esa justicia distributiva. Por otra parte, puesto que a esos colegios asisten solamente aquellos que puedan pagarlos, no creemos que el Estado debe subvencionar dichos centros.

3) Nadie que viva en España puede dudar de los privilegios que la Iglesia detenta en todos los órdenes y concretamente en la enseñanza; citaremos

algunos: a) La obligatoriedad de estudiar la religión católica como asignatura en todos los niveles de enseñanza; b) El artículo 2º de la Ley del 26 de febrero de 1953 sobre ordenación de la enseñanza media, dice: «La enseñanza media, se ajustará a las normas del dogma y de la moral católicas y a los principios fundamentales del Movimiento Nacional»; c) El que se incluyan en esa misma Ley de 1953 muchos artículos que han tenido que ser previamente aceptados por la Santa Sede; d) Los Decretos sobre el profesorado que hemos citado anteriormente; e) En el plano económico, los colegios de la Iglesia se benefician de exenciones fiscales según establece el artículo 20 del Concordato de 1953: «Gozarán de exención de impuestos y contribuciones de índole estatal o local [...] los colegios u otros centros de enseñanza dependientes de la jerarquía eclesiástica que tengan la condición de beneficiarios»; f) Hay otros colegios que pueden beneficiarse de una reducción de los impuestos, cuando son declarados de «interés social»; g) Préstamos en efectivo, reciben los religiosos, como ayudas al estudio, y como préstamos a la construcción, ampliación y renovación de edificios. Créditos importantes han sido concedidos por el Instituto de Crédito para la construcción nacional.

Pues bien, desde esta plataforma privilegiada y excluyente, la FERE le pide al Estado participar en sus presupuestos.

4) Nosotros consideramos que la enseñanza es un servicio público que no puede estar sometido al capricho de iniciativas privadas. Sentado este principio, creemos que el Estado debe dedicar de manera urgente, su presupuesto, incrementado de forma considerable, a la creación de centros docentes donde ese millón de niños y jóvenes españoles sin escolarizar tengan cabida. Cuando esto esté resuelto, cuando se hayan multiplicado las escuelas maternas, que es un tema ni planteado siquiera, cuando el acceso a cualquier nivel de enseñanza se produzca según las capacidades personales y no según el origen social, cuando el Estado pague con mínimo decoro a los maestros que profesen en las escuelas públicas, entonces, y no antes, podía pensarse en subvencionar a los colegios privados que quedasen y con las consiguientes contraprestaciones. Todo lo demás es desconocer la realidad en que nos movemos, llevando la conclusión a personas faltas de información. Porque si planteamos la cuestión desde el punto de vista económico, sólo la escolarización de los niños entre 6 y 14 años, para realizarse completamente, requeriría la cifra de 31 791 millones de pesetas para 1968, incrementándose hasta 38 024 para 1971². Debemos recordar, que el presupuesto total para 1967 del Ministerio de Educación y Ciencia, ha sido de 23 586 millones, habiendo descendido el tanto por ciento del presupuesto general dedicado

a educación del 12,75 % para 1966, al 11,54 % para el año 1967¹⁰, y si el presupuesto que se discute en las Cortes es aprobado, ese tanto por ciento quedará reducido al 10,38, lo cual creemos que demuestra que con los actuales distribuciones presupuestarias, el Estado no atiende las necesidades que en enseñanza tiene el país, y por tanto, mientras el Estado no facilite de hecho la escolaridad de todos los niños españoles entre los 6 y los 14 años, ni una sola peseta debe ser distraída en subvenciones.

Hemos intentado hasta aquí poner de manifiesto el clasismo de nuestra enseñanza media refiriéndonos al origen social de los alumnos. Hemos hablado del profesorado, llegando a la conclusión de que existe una clara discriminación en beneficio de los miembros de la FERE. También hemos hecho una alusión a las distintas posibilidades de estudio según la localización geográfica de los centros, máxima concentración de los mismos en las ciudades y dentro de ellas en los barrios de clases medias y burguesas e insuficiencia de centros en las zonas suburbanas y rurales. Por último, hemos expresado desde nuestro punto de vista, lo injusto que sería que el Estado subvencionase en estos momentos a la enseñanza privada.

Pero la visión de la educación media que intentamos dar, quedaría incompleta si no nos refiriésemos a otros aspectos, aunque sea de pasada, que nos darán desde otros ángulos los planteamientos antidemocráticos de nuestra enseñanza media.

1) La separación de sexos en las aulas, establecida por el artículo 5º de la Ley del 26 de febrero de 1953, es incompatible con la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer y establece el alejamiento entre la escuela, por una parte, y la familia y la calle, por otra, donde niños y niñas conviven conjuntamente. Este planteamiento puede llevar a represiones de tipo freudiano de trascendencia en el futuro adulto. Estableciendo la coeducación desde los primeros años escolares, niños y niñas se comportan debidamente sin perturbaciones desagradables. Existe además, el problema de las enseñanzas del hogar que orientan a las mujeres a trabajos serviles y domésticos, discriminatorios en suma.

2) Creemos contrario a los derechos humanos y al espíritu conciliar, el que se imparta obligatoriamente y como asignatura la enseñanza de la religión católica. Habría que dejar libre opción a las enseñanzas religiosas e introducir en los centros donde existan alumnos de otras confesiones, profesores de las mismas.

3) Consideramos que va contra las recomendaciones de la Unesco sobre la enseñanza de las lenguas vernáculas, el que no se enseñen el gallego, el vasco y el catalán. Ello pone en peligro la existencia de esas lenguas y la cultura de que son vehículo.

Pero los aspectos antidemocráticos y negativos de nuestra enseñanza media, no terminan en esto. En nuestra enseñanza se prescinde de la realidad física del niño y del adolescente, basando la valoración del hecho humano en conceptos metafísicos. Pocos de nuestros profesionales de la enseñanza, conocen la constitución, funcionamiento y condicionamientos de los cerebros de los alumnos, pocos respetan la personalidad de los mismos, es decir, el derecho a interpretar y modificar el mundo según el grado de integración y desarrollo de sus niveles neurofuncionales, o sea, se prescinde de las bases fisiológicas del aprendizaje.

En nuestras aulas, en general, predomina el concepto jerárquico donde el saber se imparte el forma oral, *ex cathedra*, por el profesor sin participación activa de los alumnos.

Si hiciésemos un análisis de los programas, comprobaríamos que están excesivamente recargados. La visión que dan de la historia es reaccionaria, contabilizando batallas y fechas, reseñando personajes, no movimientos sociales e institucionales. Según este sistema, nuestros niños pueden conocer los nombres de los faraones del antiguo Egipto y no saber lo que representa el movimiento sindical en la era industrial o lo que ha representado la revolución rusa de 1917 o el tercer mundo. La enseñanza de la filosofía, es un conjunto de afirmaciones dogmáticas, cuya comprensión está fuera del alcance de los alumnos, en vez de presentarles una problemática más en contacto su realidad. El estudio de las asignaturas de ciencias debía estar fundamentado en la experimentación, en la búsqueda de los alumnos, como establecen los estudios realizados en este sentido en la OCDE, pero en nuestros colegios, los laboratorios parece que sólo cumplen una exclusiva finalidad: que los vea la Inspección.

Se admite generalmente que una vida mental despierta y expansiva, tiene su base en la extensión y profundización de los contactos con el ámbito físico y con el contorno social. Tenemos que reconocer que nuestra escuela, nuestros institutos y colegios, viven marginados de las realidades sociales que les circundan y esto es grave, porque entendemos que es necesario una doble ósmosis del medio a la escuela para vivificar la enseñanza y de la escuela al medio que la rodea como núcleo de irradiación cultural y de transformación social. En nuestros centros de educación media, los alumnos no tienen representantes elegidos por ellos mismos, no se les educa en la crítica y el diálogo, no se les enseña a trabajar en grupo; en definitiva, no se les enseña activamente la democracia.

9. De las declaraciones de Tena Artigas a La Vanguardia, 3 de marzo de 1968.

10. Datos y cifras de la Enseñanza en España, 1967.

Horizonte español 1966

Primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico

Sumario

Tomo I

1. Esteban Pinilla de las Heras. España : una sociedad de diacronías.
2. C.E.Q. García. De la autarquía económica al Plan de Desarrollo.
3. Equipo de jóvenes economistas. Las 100 familias españolas.
4. Pedro Marcos Santibáñez. La familia « F ».
5. Xavier Flores. La propiedad rural en España.
6. Macrino Suárez. Problemas de la agricultura española.
7. Vicente Girbau. La entrevista de Hendaya.
8. Felipe Miera. La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América.
9. Ignacio Fernández de Castro. La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias.
10. P.B. Significación religiosa, económica y política del Opus Dei.
11. Luis Ramírez. Visión actual de la guerra civil (encuesta).

Tomo II

12. Enrique Fuentes. La oposición antifranquista de 1939 a 1955.
13. Xavier Flores. El exilio y España.
14. Jorge Semprún. La oposición política en España : 1956-1966.
15. Fernando Claudín. Dos concepciones de « la vía española al socialismo ».
16. Martín Zugasti. El problema nacional vasco.
17. Santiago Fernández. El movimiento nacional en Galicia.
18. Joan Roig. Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña.
19. Antonio Linares. Las ideologías y el sistema de enseñanza en España.
20. Antoliano Peña. Veinticinco años de luchas estudiantiles.
21. Angel Bernal. Las paradojas del movimiento universitario.
22. Antoliano Peña. Las Hermandades de Labradores y su mundo.
23. Iñaki Goitia. El orden laboral y las Magistraturas del Trabajo.
24. Jordi Blanc. Las huelgas en el movimiento obrero español.
25. Ramón Bulnes. Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración.
26. Blai Serratés. Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español.
27. Raúl Torras. Problemas de la entrada de España en el Mercado Común.
28. Angel Villanueva. Causas y estructura de la emigración exterior.
29. Ramón Aboy. Españoles en Alemania.
30. Juan Claridad. Nueva realidad : nueva prensa.

Ilustraciones de Cattolica, Genovés, César, Ges, Rojo y Vázquez de Sola.

Tomo I : 288 páginas, 6 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 21,— F

Tomo II : 436 páginas, 10 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 30,— F

Los dos tomos

51,— F

Editions Ruedo ibérico

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta : Cuaderno ordinario 7,— F ; cuadernos atrasados 14,— F

| Condiciones de suscripción : | 6 cuadernos ordinarios | 6 cuadernos ordinarios y suplemento anual * |
|-----------------------------------|------------------------|---|
| Francia | 30,— F | 50,— F |
| América latina (correo ordinario) | 7,— \$ US | 12,— \$ US |
| América latina (correo aéreo) | 16,— \$ US | 24,— \$ US |
| Otros países (correo ordinario) | 7,— \$ US | 12,— \$ US |

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es Horizonte español 1966, tomo I : 288 p., 6 planchas fuera de texto ; tomo II : 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes : 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba : una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pidase catálogo.

Ediciones Ruedo ibérico

Juan Goytisolo

El furgón de cola

Indice : El furgón de cola. La actualidad de Larra. Escribir en España. Los escritores frente al toro de la censura. La literatura perseguida por la política. Literatura y eutanasia. Estebanillo González, hombre de buen humor. La herencia del noventa y ocho o la literatura considerada como una promoción social. Cernuda y la crítica literaria española. Homenaje a Cernuda. Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva. Menéndez Pidal y el Padre Las Casas. Examen de conciencia. Tierras del Sur.

216 páginas

18 F

Ramón
La escasez
mal crónico
partir de la
Las posibilida
mente digna
una buena p
de su bajis
la construcc
destruccione
la penuria ex
en los años
alquileres y
empeoraron
la oferta de
demanda cre
El desarrollo
grandes moy
pales núcle
centrar las
zonas en d
falta de vivi
la época de
gran escala
tantas otras
de trabajo
rural. Al mi
rablemente
solamente a
media baja.
Entre los fa
presionando
dades dest
tradicionales
aumento p
siguientes :
A. EL GRA
ACUMU
La insufici
construidas
nuevas nec
mento acum
La escasez
esta cifra,
a principio
Numerosos
organismos

Política económica y el problema la vivienda en España

La escasez de viviendas constituye en España un mal crónico que se agravó considerablemente a partir de la guerra civil 1936-1939.

Las posibilidades de habitar una vivienda mínimamente digna habían sido siempre muy escasas para una buena parte de la clase obrera, habida cuenta de su bajísimo nivel de ingresos. La paralización de la construcción durante el período de lucha, las destrucciones sufridas por el patrimonio inmobiliario, la penuria extrema de materiales para la construcción en los años de postguerra, la congelación de los alquileres y las dificultades económicas generales, empeoraron en grado sumo la situación al mantener la oferta de nuevas viviendas muy por debajo de la demanda creciente.

El desarrollo industrial de los años cincuenta originó grandes movimientos de población hacia los principales núcleos industriales con el resultado de concentrar las nuevas necesidades en unas cuantas zonas en donde los problemas planteados por la falta de viviendas llegaron a situaciones límites. Fue la época del barraquismo y de los realquilados en gran escala en Barcelona, en Madrid, en Bilbao, y en tantas otras ciudades cuyas fábricas ofrecían puestos de trabajo más o menos seguros a la población rural. Al mismo tiempo el problema amplió considerablemente su área social de influencia afectando no solamente a la clase obrera sino también a la clase media baja.

Entre los factores que provocaron, y continúan aún presionando, el espectacular aumento de las necesidades destacan junto a los que se pueden llamar tradicionales —crecimiento natural de la población, aumento paulatino del nivel de vida, etc.— los siguientes:

A. EL GRAN DEFICIT DE VIVIENDAS ACUMULADO

La insuficiencia del número de nuevas viviendas construidas anualmente para hacer frente a las nuevas necesidades provoca lógicamente el incremento acumulativo de una demanda insatisfecha.

La escasez de datos impide un cálculo preciso de esta cifra. La cantidad reconocida oficialmente era a principios de 1961 de un millón de viviendas. Numerosos autores —Tamames, Cotorruelo, etc.— y organismos oficiales como la Delegación de Barce-

lona del Ministerio de la Vivienda o la Organización Sindical de Barcelona, reconocen la escasa fiabilidad de las estadísticas oficiales al respecto. Agustín Cotorruelo estimó, para 1950, basándose en los datos del censo de la vivienda de aquel año, un déficit de 2 200 000 viviendas para toda España.

Aparte del Ministerio de la Vivienda, nadie cree que el ritmo anual de construcción de viviendas en los últimos 15 años haya superado las nuevas necesidades. Por lo tanto el déficit no puede haber disminuido.

B. LA ESCASA REPOSICION DEL PATRIMONIO INMOBILIARIO

La mayor parte del déficit no es carencial sino que está integrado por viviendas antiguas que no reúnen las condiciones mínimas de habitabilidad. Estas subían a 1 500 000 en 1950 según la Fiscalía de la Vivienda.

La apremiante necesidad de taponar cuando menos el déficit carencial obligó a descuidar totalmente la reposición, con lo cual el número de viviendas insalubres en lugar de disminuir tiene tendencia a aumentar.

El Plan Nacional de la Vivienda 1961-1976 señalaba que el ritmo deseable de reposición durante el período de vigencia del Plan era de 110 000 viviendas anuales, pero el ritmo posible era tan sólo de 56 942. Como el Plan prevé un ritmo progresivo, en los primeros seis años —1961-1966— el número programado anualmente no llegaba ni a la mitad.

C. PEQUEÑA DIMENSION DE LAS VIVIENDAS

La mayor parte de las viviendas construidas después de la guerra civil tienen unas dimensiones netamente insuficientes.

Como ejemplo basta consignar que el 64,7 % de las viviendas programadas en el Plan Nacional 1961-1976 eran de 45 a 53 m² útiles, el 27,8 % eran de 63 a 72 m² y el 7,5 % de 80 a 104 m².

Comparando la estructura según número de habitaciones de las viviendas que integraban el patrimonio inmobiliario entre 1950 y 1960 se comprueba la disminución porcentual de las viviendas más grandes.

D. MOVIMIENTOS MIGRATORIOS

Los movimientos internos de población originados en el éxodo rural hacia las zonas industriales durante los últimos 20 años no tienen común medida en toda la historia del Estado español.

Su influencia sobre la agravación del problema de la vivienda ha sido decisiva e indudablemente es el factor más importante de cuantos puedan considerarse. Un ejemplo claro de las necesidades creadas por este reasentamiento de la población, al mismo tiempo que de la imprevisión de los servicios oficiales, lo da el hecho de que mientras el Plan Nacional 1961-1966 preveía que 1 005 200 personas resultarían desplazadas en los 16 años de duración del Plan, solamente en el primer quinquenio 1961-1965 el movimiento migratorio interno registrado fue de 1 915 600 personas.

El éxodo rural crea nuevas necesidades en las zonas industriales al mismo tiempo que desocupa viviendas en los pueblos de origen, pero estas viviendas, disponibles en efecto, tan sólo sirven para enmascarar el problema dado que, contabilizadas dentro del patrimonio inmobiliario nacional, generalmente permanecen desocupadas ya que la demanda en estas zonas es baja debido a la emigración.

LA DEMANDA DE VIVIENDAS

Si bien es cierto que las necesidades de viviendas son grandes en España existen una serie de factores que impiden que todas estas necesidades se traduzca en demanda solvente. Estos factores mantienen a la demanda real por debajo de la demanda potencial. Dos son los obstáculos principales que se oponen a que se restablezca el equilibrio; por un lado el elevado precio de las viviendas y por el otro el bajo nivel de ingresos de grandes sectores de la población en especial de los que constituyen la corriente migratoria.

Las causas de los altos precios —sean de compra, sean de alquiler— que alcanzan las nuevas viviendas, son variadas. A la baja productividad de la industria de la construcción debida al pequeño tamaño de la mayoría de empresas, la escasa racionalización tanto de los elementos utilizados como de las técnicas empleadas, etc., se unen el coste de los solares, excesivamente hinchado por la desenfrenada especulación del suelo urbano y los grandes márgenes de beneficio. Los solares urbanos dejados prácticamente al libre juego de la oferta y la demanda, alcanzan precios de escándalo en las ciudades sometidas a un fuerte proceso de incremento demográfico. Estos precios no tan sólo encarecen las nuevas construcciones sino que además conducen a un aprovechamiento intensivo de los solares no dejando ni espacios verdes, ni zonas para aparcamiento, ni zonas para construcciones sociales (escuelas, centros

culturales, etc.) y a un irracional crecimiento de las ciudades, planteando graves problemas para los servicios públicos (agua, electricidad, teléfonos, alcantarillado, transportes, etc.), con una elevación considerable de los costes sociales.

El hecho de que sea la iniciativa privada la que asuma la mayor parte del peso de la construcción de nuevas viviendas trae como consecuencia que a los elevados costes de construcción se unan unos márgenes de beneficio realmente usurarios, posibles gracias a la extrema necesidad de viviendas existente. Así se da el caso de que mientras la demanda de viviendas de lujo o semilujo está ampliamente satisfecha haya una escasez angustiosa de viviendas modestas. La oferta de estas últimas además de insuficiente se caracteriza por un minúsculo tamaño (45 a 60 m²), la calidad infima de la construcción (en Barcelona se llega a construir con un coste de 2 000-2 500 ptas/m², mientras que el coste mínimo con una calidad aceptable oscila de 4 000 a 4 500 ptas/m² y su localización en zonas suburbanas con una urbanización incipiente —cuando no inexistente— carencia total de servicios sociales y largos desplazamientos (tanto en Madrid como en Barcelona, son normales los trayectos de una hora a hora y media para llegar al trabajo).

Los ingresos de numerosas familias obreras y aun de buena parte de las pertenecientes a la clase media baja no son suficientes para alcanzar los elevados alquileres o los precios de venta de la mayor parte de las viviendas que se ofrecen al mercado. En las viviendas de alquiler son corrientes las mensualidades de 3 000 pesetas más entradas de 150 a 200 000 pesetas —eso en las viviendas llamadas modestas.

La dificultad en afrontar estos dispendios obliga a numerosos compradores o arrendatarios a recurrir al procedimiento de los realquilados para redondear los ingresos.

LA OFERTA DE VIVIENDAS

Ante el cúmulo de necesidades mal reflejadas por la demanda actual, la oferta de nuevas viviendas, a pesar de aumentar de año en año, se demuestra claramente insuficiente. Insuficiencia no tan sólo cualitativa sino además poco acorde con la localización geográfica de las necesidades y con su estructura (dimensiones y posibilidades de pago). Las causas de esta insuficiencia son muy numerosas. En la base hay que citar la política económica general y la política de la vivienda en concreto seguidas por el gobierno español desde la guerra civil. Aunque la intervención del Estado en materia de vivienda tiene ya una larga historia, fue a partir de 1939 cuando se intensificó ante la gravedad de la situación hasta llegar, en 1957, a crearse el Ministerio de la Vivienda.

La política de desarrollo industrial practicada en España a partir de los años cuarenta intensificó la polarización de la actividad industrial en dos grandes núcleos —las provincias de Barcelona y de Vizcaya— con antigua tradición y otro —Madrid— mucho más reciente y prosperando al amparo del favor estatal. Estas tres zonas se convirtieron por este hecho en los grandes polos de atracción de la mano de obra. Entre 1940 y 1960 el saldo migratorio favorable a estas tres provincias fue de 1,4 millones de personas, casi el 90 % del saldo total de las provincias que experimentaron saldos positivos. Entre 1960 y 1965, las tres provincias citadas recibieron unas 740 000 personas procedentes del resto de España, o sea, el 59 % del total del movimiento migratorio interno. A pesar del fabuloso crecimiento en números absolutos, el ritmo de polarización disminuyó bastante en este último quinquenio.

La completa ausencia de una programación tanto nacional como regional del desarrollo español, basado en la iniciativa privada y el intervencionismo estatal, originó en consecuencia unas migraciones internas de población totalmente imprevisibles sobre todo en su magnitud. La política de la vivienda completamente descoordinada de la política económica general se limitaba a sancionar una realidad existente —el déficit creciente de viviendas— y a procurar estimular la oferta en general.

LA POLÍTICA ESTATAL DE LA VIVIENDA

De hecho no puede hablarse, en el estricto sentido de la palabra, de la existencia ni de una política económica general, ni de una política de la vivienda

en concreto. El conjunto de medidas adoptadas por el gobierno durante los años cuarenta y cincuenta constituyen un heterogéneo muestrario de tendencias, intereses y preocupaciones coyunturales con escasa, y a veces nula, coordinación entre los diferentes sectores de actividad económica. A partir, más o menos, de 1960 se ha pretendido elaborar una política económica coherente con unos objetivos definidos y unos medios orquestados para alcanzarlos. En realidad el cambio ha sido tan sólo formal; los diferentes grupos de intereses que se reparten o alternan en el poder son demasiado antitéticos como para que la orientación de la economía española sea clara y precisa. El equilibrio relativo de poderes da como resultado la solución de compromiso y el respeto de las posiciones adquiridas.

Si se acuerda llamar política de la vivienda a las medidas contenidas en el conjunto de disposiciones elaboradas por el Estado español a lo largo de 28 años de actividad, se pueden extraer una serie de constantes que más o menos han caracterizado a esta política. Las más importantes son las siguientes:

A. PRIORIDAD ABSOLUTA A LA INICIATIVA PRIVADA

El Estado ha declarado explícitamente que su misión en el terreno de la vivienda es la de fomentar la iniciativa privada a la cual corresponde la resolución del problema.

Esta orientación está claramente indicada en las cifras de los resultados de los cinco años del Plan Nacional de 1961-1976.

Viviendas construidas según grupos de promoción

| | 1961 | 1962 | 1963 | 1964 | 1965 |
|-------------------|---------|---------|---------|---------|---------|
| Oficial | 50 585 | 21 986 | 29 446 | 21 818 | 18 599 |
| Privada protegida | 83 891 | 125 847 | 158 439 | 209 387 | 222 194 |
| Privada libre | 13 544 | 14 612 | 18 812 | 25 689 | 42 492 |
| Total | 148 020 | 162 445 | 206 697 | 256 894 | 283 285 |

Fuente: Instituto Nacional de la Vivienda (INV). Memoria 1965.

La aplicación práctica de este principio ha hecho que la mayor parte de la ayuda estatal se encauzara hacia las subvenciones, préstamos, desgravaciones fiscales, etc., o sea estímulos a la inversión privada. La acción total directa se encauzó a través del Instituto Nacional de la Vivienda. Las inversiones efectuadas en los cinco primeros años del Plan permiten hacerse una idea del peso relativo de las diferentes fuentes.

Las inversiones privadas superan ampliamente las cantidades programadas en el Plan Nacional, el

superávit del crédito es mucho menor y la financiación a cargo del INV ve reducidas sus cifras muy por debajo de las programadas.

B. SUBSIDIARIEDAD A OTRAS POLÍTICAS

La política de la vivienda fue desde un principio, y a pesar de las declaraciones rimbombantes, subordinada a la consecución de otros objetivos.

En primer lugar la vivienda, como tantas otras necesidades no menos importantes —escuelas, hospitales, carreteras, etc.— fue sacrificada en gran parte a una

Inversiones efectuadas (en millones de pesetas de cada año)

| Año | Inversión privada | | Inversión pública (INV) | Total |
|------|-------------------|------------------------|-------------------------|--------|
| | Prom. part. | Crédito complementario | | |
| 1961 | 10 271 | 3 178 | 6 551 | 20 000 |
| 1962 | 15 571 | 3 482 | 6 947 | 26 000 |
| 1963 | 18 596 | 5 085 | 8 104 | 31 784 |
| 1964 | 24 310 | 6 230 | 9 977 | 40 516 |
| 1965 | 34 243 | 7 469 | 9 037 | 50 749 |

Fuente: INV. Memoria 1965.

Inversión prevista y realizada (en millones de pesetas de cada año)

| | INVERSION | | CREDITO | | PRIVADA | | TOTAL | |
|------|-----------|-------|----------|-------|----------|--------|----------|--------|
| | Prevista | Real | Prevista | Real | Prevista | Real | Prevista | Real |
| 1962 | 9 001 | 6 620 | 3 625 | 3 318 | 9 134 | 14 838 | 22 359 | 24 776 |
| 1963 | 10 308 | 7 407 | 3 897 | 4 648 | 9 767 | 16 996 | 23 973 | 29 051 |
| 1964 | 11 061 | 8 865 | 4 189 | 5 532 | 10 442 | 29 285 | 25 692 | 43 682 |
| 1965 | 11 915 | 7 071 | 4 516 | 5 841 | 11 224 | 26 778 | 27 655 | 39 690 |

Fuente: INV. Memorias 1964-1965.

industrialización cuya finalidad principal fue y sigue siendo la producción de bienes de consumo duradero —coches, electrodomésticos, televisores, etc. Es evidente que ante la imposibilidad, sobre todo en una economía capitalista, de satisfacer todas las necesidades, se escogió una opción bien clara. Al inclinarse por el tipo de sociedad de consumo —que aquí no es ni mucho menos de masas como en otros países más desarrollados—, se condenó al subconsumo de los bienes y servicios que constituyen el llamado capital social. Las razones que influyeron en esta decisión son obvias: la posibilidad de que el capital privado obtuviera grandes beneficios con este tipo de producciones y el hecho de que la escasez de viviendas en particular y de capital social en general afecta, a corto plazo y hasta un cierto nivel de desarrollo, muchísimo menos a la clase burguesa que a la clase obrera. La situación española es tanto más extremada cuanto que aquí la clase obrera está prácticamente amordazada e imposibilitada para ejercer cualquier tipo de presión en defensa de sus intereses.

En segundo lugar la política de la vivienda ha estado siempre subordinada a una política de estabilidad monetaria. Cada vez que la inflación amenazaba con destruir el siempre precario equilibrio financiero, entre las medidas tomadas para normalizar la situación figuraba la contención del gasto público en viviendas, la restricción de créditos a la construcción, la limitación del número de licencias, etc.

C. AUSENCIA DE UNA POLITICA GENERAL DE ORDENACION TERRITORIAL

El problema de la vivienda está íntimamente imbricado con la ordenación del suelo, el urbanismo y la ordenación territorial.

Los programas de construcción de viviendas precisan para su planteamiento y realización la previa elaboración de planes de ordenación territorial y de urbanismo que permitan la correcta localización de las nuevas construcciones. Al mismo tiempo sólo una ordenación del suelo puede evitar los movimientos especulativos que se producen cuando la demanda de terrenos urbanizados se eleva mucho.

En España la ordenación territorial no existe. La Ley del Suelo de 1956 hablaba de redactar un plan nacional de urbanismo (de hecho un plan de ordenación territorial); el Plan de la Vivienda de 1961-1976 citaba la extrema necesidad de un plan de tal tipo, y en el mismo sentido se manifestaba el Plan de Desarrollo 1964-1967, pero en 1967 se sigue sin la menor noticia de que se haya hecho algo en tal sentido.

De planes de urbanismo provinciales, comarcales o municipales existen, en cambio, grandes cantidades. Su operatividad es nula. Dado que está regulada por la ley su existencia, se limitan a ser meros trámites administrativos para conseguir los oportunos permisos de urbanización y construcción; pero su incidencia sobre los complejos problemas que de

hecho crea la localización de nuevas industrias, o zonas turísticas o de vivienda, es completamente despreciable.

La existencia de una serie de disposiciones sobre el régimen del suelo no ha tenido la menor virtualidad en el sentido de frenar la carrera especulativa, sobre todo de los solares urbanos.

La creación en 1957, y dentro del Ministerio de la Vivienda, de una Dirección General de Urbanismo, y en 1959 de la Gerencia de Urbanización como organismo autónomo dentro del mismo ministerio, no aportó ninguna mejora sensible a la situación a pesar de los buenos propósitos que figuran en las leyes que les crearon.

La inoperatividad de los poderes públicos en este campo concreto se explica contemplando el saneado negocio que realizan principalmente las grandes compañías inmobiliarias en manos de la alta burguesía especulando con las urbanizaciones turísticas y los polígonos de viviendas.

D. ESCASA ACCION SOBRE LA PRODUCTIVIDAD DE LA INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCION

El coste de las viviendas depende directamente de la productividad de la industria de la construcción. En este sentido, los esfuerzos de los poderes públicos por aumentar esta productividad pueden considerarse paralelos a los realizados para disminuir el precio de los solares —otro elemento determinante— o sea, prácticamente inexistentes.

Entre las empresas dedicadas a la construcción de viviendas existe una inmensa mayoría cuya reducida dimensión les impide utilizar mano de obra especializada, maquinaria adecuada, técnicas modernas y una conveniente racionalización de los sistemas de producción. Los elementos prefabricados son escasamente utilizados. Otro inconveniente importante es la escasa normalización de los materiales de la construcción.

En ciertos sectores, como en el de material sanitario, existe un claro monopolio de producción.

A pesar del reconocimiento de una amplia problemática en estos y otros aspectos de la industria de la construcción, la acción del Estado para, cuando menos, encauzar su solución, ha sido prácticamente nula.

E. FALTA DE ESTIMULOS OPERATIVOS AL PEQUEÑO AHORRO PRIVADO

El gran problema para el obrero o el empleado medio que quiere construirse su vivienda es la capitalización de la cantidad necesaria para constituirse en promotor.

Al bajo nivel de sus ingresos se une por un lado el elevado coste de una vivienda, y por otro las continuas incitaciones y facilidades dadas para la

compra de bienes de consumo duraderos que se llevan sus escasos ahorros. En otras circunstancias las cuentas ahorro-vivienda, recientemente instituidas, podrían ayudar a resolver el problema, pero en las actuales es de prever que su papel se desviará de su finalidad primera.

En las ciudades, donde el precio de los solares convierte en prohibitivos los edificios de una o pocas viviendas, la única solución existente son las cooperativas. Por una serie de razones de tipo eminentemente práctico —escaso poder económico, poca dedicación de sus miembros, pequeña capacidad empresarial, etc.— las cooperativas no han podido aprovechar gran parte de las oportunidades que la legislación sobre viviendas con ayuda estatal les ofrecía.

Los Patronatos Municipales de la Vivienda, instituciones aparentemente idóneas para promover la construcción de viviendas para la clase obrera y media baja, no han dado el resultado que de su gestión podía esperarse, debido por una parte a la parquedad de sus recursos financieros y por otra a su falta de acometividad.

El resultado ha sido que el gran beneficiario de las ayudas y ventajas concedidas por el Estado ha sido el capital privado a través de las empresas inmobiliarias, que disponiendo de recursos financieros iniciales, de una organización adecuada y de relaciones personales con la Administración, se han dedicado al saneado negocio de la venta de pisos.

F. FALTA DE COORDINACION entre las diversas medidas y desproporción en los fines propuestos y los medios dispuestos para alcanzarlos, junto con una falta de instrumentalización de las soluciones apuntadas.

Las consecuencias de todo ello han sido: la ineficacia —total o parcial— de gran número de medidas contenidas en la legislación vigente, medidas que a la larga se han vuelto en contra de los mismos a los que se pretendía proteger (como la congelación de los alquileres); aparición de contradicciones como la de que, dada la regresividad del sistema fiscal español, buena parte de los gastos de la política de la vivienda ha sido financiada por los mismos a los que se pretendía ayudar; desviación parcial de gran número de medidas de su finalidad primera: la construcción de viviendas modestas, etc.

CONCLUSIONES

En resumen el examen conjunto de las necesidades de viviendas, de la política seguida por el Estado español para resolver el problema y de los resultados alcanzados, pone de relieve las contradicciones existentes en un sistema económico y político incapaz de resolver los problemas que su misma dinámica interna le plantea.

El predominio de la iniciativa privada y el afán de lucro como motores básicos de la actividad económica, son incompatibles con un desarrollo económico fuerte y equilibrado y, por lo tanto, con la plena satisfacción de las necesidades sociales, entre ellas la vivienda.

La solución del problema de la vivienda tan sólo puede venir a través de una economía socialista. En efecto, sólo una economía en donde el interés colectivo prevalezca sobre el interés individual y que disponga al mismo tiempo de la capacidad efectiva de planificar las actividades económicas presentes y futuras, puede pretender buscar una equilibrada satisfacción de las necesidades individuales y sociales, consiguiendo a la vez una adecuada distribución de los recursos disponibles.

Las líneas de actuación en materia de vivienda que a continuación se indican sólo encontrarían su máxima efectividad en el marco de una economía con propiedad colectiva de los medios de producción y con una planificación compulsiva del quehacer económico.

—En primer lugar la política de la vivienda debe formar un todo armónico con la política económica general. Dentro de la planificación económica del desarrollo, un Plan Nacional de Ordenación Territorial debería dar lugar a un Plan Nacional de Urbanismo y éste a un Plan Nacional de la Vivienda.

De esta forma, por su imbricación dentro de una planificación general del desarrollo económico, la planificación de la vivienda podría, en buena ley, tener en cuenta la situación presente y, sobre todo, las necesidades futuras convenientemente cuantificadas y localizadas, además de los medios tanto humanos, como físicos y financieros, disponibles a todos los niveles para resolverlas, consiguiendo así el necesario equilibrio no tan sólo entre necesidades, objetivos y medios —o sea un equilibrio interno en el plan de la vivienda— sino el mucho más difícil equilibrio entre las necesidades generales del sistema y los medios disponibles totales.

Toda la planificación debería regionalizarse como única solución para evitar los inconvenientes derivados de la disparidad de situaciones en las distintas regiones españolas. En el caso concreto de la vivienda debería llegarse hasta el nivel de planes municipales.

Otra característica esencial de la planificación de la vivienda debe ser la existencia a cada nivel de organismos encargados y responsables de su realización teórica y práctica.

—En segundo lugar corresponde a los poderes públicos cargar con la responsabilidad directa de la

realización de los planes de construcción de viviendas. Esto supone: a) la impulsión de organismos —preferentemente a nivel municipal— dedicados a la urbanización de terrenos y la construcción de viviendas; b) el ofrecer a las cooperativas y a las sociedades de construcción de viviendas sin ánimo de lucro, toda una posible serie de ventajas preferentes —subvenciones, créditos, exenciones fiscales, etc.— respecto a los promotores privados orientados a la construcción de viviendas destinadas a la venta o al alquiler. Al mismo tiempo deberían disfrutar de ventajas referentes a la simplificación de trámites administrativos y disponer de asesoramiento y ayudas técnicas por parte de los organismos oficiales.

—En tercer lugar la política debería incidir fuertemente en la disminución de los costes de las viviendas. Varias son las líneas de actuación en este sentido, por ejemplo:

a. Socialización del suelo urbano para evitar la especulación de los solares y el aumento especulativo de sus precios;

b. Reestructuración de la industria de la construcción fomentando la concentración de las empresas y la mecanización y racionalización de las actividades de éstas;

c. Normalización de todos los materiales empleados en la construcción;

d. Extensión de la investigación.

—En cuarto y último lugar debería potenciarse al máximo el ahorro-vivienda, cuando menos mientras durara la situación de penuria extrema de viviendas. En este aspecto la política de la vivienda debería preocuparse de: a) Estimular y amparar este tipo de ahorro; b) Instrumentalizar su aplicación, sobre todo la del ahorro familiar.

Es evidente que en lo referente a allegar fondos para la financiación de los planes de viviendas, coordinación con la política financiera general debe ser completa. De no ser así la dedicación a vivienda de los fondos provenientes de las Cajas de Ahorro, de las entidades públicas y privadas seguras, etc., junto con las detracciones de ahorro privado que pudieran realizar las cooperativas, Sociedades de Construcción, las Sociedades de Crédito Cooperativo, los Bancos Hipotecarios, etc., podrían comprometer la financiación del desarrollo de otros sectores de la economía.

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia

por varios autores

2,—

Trayectoria ideológica de la revolución mexicana

por Jesús Silva Herzog

1,20

La reforma agraria en México

por Emilio Romero Espinosa

1,20

El drama de la América latina. El caso de México

por Fernando Carmona

2,50

Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución

por Fedro Guillén

0,80

El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson

por Alonso Aguilar Monteverde

1,—

Historia de la expropiación de la empresas petroleras

por Jesús Silva Herzog

1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

Ayuntamiento de Madrid

En el sumario de este fascículo :

**Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo • Quaderni Rossi :
La revolución cultural socialista en China • Julio Cerón :
Política y neocapitalismo •• León Trotsky : 1789 - 1848 -
1905. Revolución y proletariado ••• Luis Maristany :
6 poemas ••• Florentino Martino : En torno al estilo de
Juan García Bacca ••• M.P.E. : La democratización de
la enseñanza en España ••• Ramón Serra : Política
económica y el problema de la vivienda en España ••••
Dibujos de Julio H. Zapata**

En los próximos números :

**Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis
de la pequeña propiedad**

**Gerardo Núñez : España : también colonia de los trusts
europeos**

Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista

Ramón Bulnes : Comisiones obreras : los problemas de fondo

Andrés Vidal : Peligros y posibilidades de las Comisiones

Miguel Parra : Sindicato y política de rentas

Sergio León : Los últimos traidores

Jean Becarud : La acción política de Gil Robles (1931-1936)

**Clara Barrondo, José Campillo, Francisco Ramón Carmona,
Ignacio Fernández de Castro e Iñigo : La emigración y Europa**

Prix : 7 F